

Bianca

Deseo ardiente

Sandra Field

Deseo ardiente

Sandra Field

42° Mult. Matrimonio forzoso



Bianca

Deseo ardiente

Sandra Field

Deseo Ardiente (2008)
Título Original: The millionaire's Pregnant Wife (2006)
Serie: 42° Mult. Matrimonio Forzoso
Editorial: Harlequin Ibérica, S.A.
Sello / Colección: Bianca 1860
Género: Contemporánea
Protagonistas: Luke Griffin y Kelsey North

Argumento:

¿Aquel matrimonio sería alguna vez algo más que pasión y deseo?

Después de cuidar de sus hermanos pequeños durante años, Kelsey North había conseguido por fin la libertad… y tenía intención de disfrutarla. Por eso cuando el millonario Luke Griffin, un hombre tan guapo como peligroso, le ofreció un viaje a las Bahamas en el que haría realidad todas sus fantasías, Kelsey aceptó…

Se suponía que aquello no sería más que una breve aventura, pero la pasión dio lugar a un embarazo. Luke creía que sólo había una solución… ¡el matrimonio!

Capítulo 1

Si iba a tener que soportar el hecho de heredar una mansión que había odiado nada más verla, prefería hacerlo solo.

Si iba a tener que examinar todas las cajas que había en una de las habitaciones de la mansión en busca de información sobre una madre hacia la que, para decirlo con educación, tenía sentimientos encontrados, sin ninguna duda preferiría hacerlo solo. Pero Luke Griffin no tenía todo el tiempo del mundo. Tenía un imperio financiero que mantener en pie.

Necesitaba ayuda.

Y aquello no era su manera normal de actuar; siempre hacía todo él solo.

Ojeó de nuevo las Páginas Amarillas hasta que encontró la empresa que le había parecido de ayuda. Organizamos tu casa. Con ese nombre seguramente serían capaces de ayudarlo con las cajas… ¿o no? Claro que la otra opción que tema era tirarlas a la basura.

Pero aquellas cajas eran su única oportunidad de encontrar algo de su pasado. Marcó el número de teléfono y esperó a que contestaran.

—Dígame.

Era una voz de mujer. Una voz sugerente, casi incitante.

—¿Es la empresa Organizamos tu casa? —preguntó Luke.

—Tiene el número correcto —dijo la mujer—. Pero la empresa ya no existe… lo siento.

En realidad la mujer no parecía sentirlo. Lo que parecía era estar alegre.

—Mi nombre es Luke Griffin —dijo él—. Me estoy hospedando temporalmente en la residencia Griffin y, por lo menos, tengo tres días de trabajo para usted.

—Lo siento, señor Griffin… como ya le he dicho, la empresa se ha disuelto. La semana pasada.

—¿Qué suelen cobrar normalmente por hora? —preguntó él implacablemente.

—Eso no es…

—Simplemente responda a la pregunta. Y quizá me podría decir su nombre.

—Soy Kelsey North. Y cobrábamos cuarenta dólares por hora —

contestó ella con el enfado reflejado en la voz.

—Le pagaré doscientos cincuenta la hora. Multiplíquelo por tres días… estoy seguro de que puede hacer la cuenta.

En ese momento se creó un tenso silencio.

—¿Qué clase de trabajo es del que está hablando?

—Mi abuela, Sylvia Griffin, me ha dejado algunos documentos que son de interés personal. Desafortunadamente se encuentran entre sus documentos financieros. Hay muchas cajas y, cada una de ellas, debe ser revisada hoja por hoja. Yo soy un hombre muy ocupado y tengo que regresar a Manhattan. No puedo hacer esto yo solo.

—Ya veo —dijo Kelsey North—. Deme su número de teléfono y lo telefonearé esta tarde.

Luke le dio su número.

—Espero tener noticias suyas —dijo con mucha labia—. Adiós, señorita North.

La mujer al otro lado del teléfono colgó de una manera muy poco profesional. Si cuando le telefoneara aquella tarde le decía que no, él iba a tener problemas.

Le ofrecería pagarle quinientos la hora. Cínicamente pensó que eso la convencería.

Kelsey se quedó mirando el teléfono como si Luke Griffin estuviera de pie sobre él. Pensó que era un caradura, una persona muy arrogante.

Su empresa ya no existía. Había terminado. ¡Ya estaba libre… libre!

Volvió a sentarse a la mesa donde estaba trabajando en su lista, una lista que estaba escribiendo con rotulador rojo de todas las cosas que quería hacer en aquel momento. Su vida había vuelto a ser para ella misma.

Iba a asistir a clases de arte, a viajar, a pintar una obra maestra, a pintarse las uñas de los pies de color morado. Iba a practicar sexo apasionado.

Frunció el ceño y tachó la palabra apasionado… cualquier tipo de sexo estaría bien. Entonces borró practicar sexo y escribió tener una aventura. Sonaba más romántico, con más clase. Sobre todo si tenía una aventura con alguien alto, moreno y guapo, con alguien que la tratara como si fuera una pieza de porcelana china y que le llevara el desayuno a la cama.

Ninguno de los hombres con los que había salido durante los

últimos años había sido alto, ni moreno, ni guapo; en Hadley, el pueblo donde vivía, no había mucho donde elegir. Suspiró y añadió vacaciones a su lista.

Pero se dijo a sí misma que hasta que no vendiera la casa no podría irse de vacaciones. Se había gastado casi todos sus ahorros al pagar la matrícula en la Escuela de Arte de Manhattan.

Doscientos cincuenta dólares la hora por tres días. Seiscientos dólares.

Sí, podía hacer las cuentas.

Pensó que aquel hombre estaba sobornándola. El famoso, e infame, Luke Griffin pensaba que podía comprarla.

Bueno, pero en realidad… así era.

Pensó que si tuviera seiscientos dólares podría pagar sus primeros dos semestres y todavía le sobraría un poco de dinero para poder hacer un viaje. A algún lugar del sur donde hiciera calor.

Luke Griffin era millonario… o por lo menos eso decía Alice de la oficina de correos.

Pero organizar los documentos de una mujer fallecida no aparecía en su lista. Aunque eso no importaba. Iba a ir a la residencia Griffin e iba a trabajar duramente durante tres días. Entonces aceptaría el dinero y se marcharía. Rápidamente, antes de cambiar de idea, agarró el teléfono y marcó el número de la residencia Griffin.

—Luke Griffin al habla.

—Soy Kelsey North. ¿A qué hora quiere que comience a trabajar?

La seductora voz de ella reflejaba lo irritada que estaba.

—Mañana por la mañana a las ocho y media —contestó él—. No puedo encontrar más que excrementos de ratón en la despensa, así que si necesita cafeína para despejarse por la mañana, será mejor que traiga la suya. Vístase con ropa vieja… hace meses que la casa no ha sido limpiada. Mañana nos veremos, señorita North.

Entonces colgó el teléfono con delicadeza. Pensó que ella era una de las tantas mujeres que podía ser comprada y se preguntó si su aspecto físico estaría en concordancia con su voz.

Kelsey se vistió cuidadosamente a la mañana siguiente. Agarró una mezcla de café, unas bolsas de té y salió de su casa. Tardó diez minutos en llegar a la residencia Griffin, minutos durante los cuales tuvo tiempo para pensar.

Desde el fallecimiento de Sylvia Griffin, hacía sólo unos días, los

rumores se habían apoderado de Hadley. Unos decían que el nieto de Sylvia, Luke, no había obtenido ni un céntimo de su testamento. Otros decían que había heredado todo y otros que estaba en Hong Kong…

Sólo había consenso en una cosa. Las mujeres caían rendidas a sus pies y las amantes que había tenido eran famosas por su belleza, elegancia y riqueza.

Él no se había molestado en acudir al entierro de su abuela. Había llegado al pueblo el día anterior, un día después del funeral. Por lo que ella sabía, él nunca había ido a visitar a Sylvia cuando ésta estaba viva… había estado demasiado ocupado amasando su fortuna y acostándose con cada belleza que se encontraba…

Cuando llegó a la residencia Griffin, se bajó del coche y llamó al timbre.

Sintiendo cómo le latía el corazón más deprisa de lo normal, oyó pisadas acercándose hacia la puerta. Entonces ésta se abrió y ella se quedó boquiabierta.

Luke Griffin estaba allí de pie, vestido con pantalones vaqueros y con una camiseta de algodón blanca que le marcaba cada músculo de su pecho. Era un hombre muy fuerte. Miró para arriba y se percató de que también era muy alto y de que tenía el pelo tan oscuro como la noche.

Era muy guapo. Tenía los ojos de un color azul intenso y las pestañas muy negras. Su nariz y su boca eran muy masculinas y provocaron que ella se sintiera débil con sólo mirarlo.

—Soy Luke Griffin —dijo él, mesándose el pelo y ahogando un bostezo—. Lo siento, acabo de despertarme. El desfase horario… para mí es como si fueran las tres de la madrugada.

—Usted me dijo que viniera a las ocho y media —dijo ella con la tensión reflejada en la voz.

—Sí —dijo él, sonriendo—. Lo que demuestra las estúpidas decisiones que tomo cuando estoy atontado. Pase y le enseñaré lo que quiero que haga —entonces miró el paquete que llevaba ella—. No me diga que eso es café… ¿café de verdad?

—Colombiano.

—Es usted una joya —dijo Luke con fervor. La guió dentro de la casa y cerró la puerta tras ellos.

La tenía agarrada por el codo y Kelsey estaba demasiado cerca de su

musculoso pecho, por lo que pudo percibir su fragancia masculina… la fragancia de un hombre que se acaba de levantar de la cama…

No pudo evitar pensar en sexo desenfrenado.

—¿Hay algún problema? —preguntó él.

—¡No! Claro que no —espetó ella, pensado que quizá él durmiera desnudo.

Luke volvió a sonreír de nuevo y ella se quedó aturdida ante la belleza de su sonrisa.

—Ya sé que usted está aquí para revisar los documentos de mi abuela, pero si pudiera hacer una taza de café decente en ese horror de cocina, le estaría agradecido eternamente.

Kelsey pensó que era encantador… aunque le habían advertido, indirectamente, de que él podía engatusar a cualquiera.

—Lo intentaré —dijo.

—Me voy a dar una ducha. Prometo que estaré completamente despierto cuando baje de nuevo, señorita North.

—Kelsey, llámeme Kelsey.

—Entonces tú llámame Luke —dijo él, asintiendo con la cabeza hacia su izquierda—. Las cajas están en la tercera habitación del pasillo.

—Está bien.

Con la boca seca, ella observó cómo él subía las escaleras y se tuvo que decir a sí misma que tenía que centrarse en lo que había ido a hacer allí.

Pero se preguntó cómo iba a resistir tres días sin saltar sobre él.

Como atontada, se dirigió hacia el pasillo para encontrar la cocina. Cuando por fin la encontró, se olvidó de Luke Griffin durante un momento debido a la impresión que le causó que una mujer que había sido muy rica hubiera vivido entre tanta miseria.

Pensó que si Luke hubiera ido a visitar a su abuela podía haber contratado un ama de llaves. Se preguntó cómo podía haber ignorado a la solitaria anciana de una manera tan deplorable.

Era imperdonable.

Conteniendo su enfado, enchufó una cafetera que encontró en la cocina y se dirigió hacia la habitación en la que se encontraban los documentos.

Descubrió muchas cajas, muchísimas. Le llevaría horas ver el contenido de todas y se preguntó si Luke Griffin se había vuelto loco.

Mordiéndose el labio inferior, regresó a la cocina y lavó dos tazas.

Luke se puso un jersey azul oscuro, hurgó en su maleta para encontrar un par de calcetines y deseó poder adaptarse a la hora del este para así sentirse despierto.

El aspecto físico de Kelsey North no estaba a la altura de la sexy voz que tenía.

Encontró un par de calcetines negros y se sentó en la cama para ponérselos. Kelsey no tenía estilo alguno para vestir; llevaba un conjunto de chaqueta y falda de un triste color marrón que le quedaba grande y además unas gafas con montura de carey.

No comprendía por qué una mujer como ella, una mujer joven con una voz tan sexy, elegía sacar lo peor de sí misma. Las gafas eran terribles… y el conjunto de chaqueta y falda era peor todavía. Era espantoso.

Incluso su pintalabios era de un poco favorecedor tono rosado.

Mientras se peinaba, pensó que el color del pelo de ella no estaba mal, era como un castaño rojizo. Pero ningún hombre podría apreciarlo ya que lo llevaba muy repeinado y en una coleta. Y tuvo que admitir que tenía unos tobillos bastante atractivos.

Irónicamente pensó que se había percatado de todos los detalles…

Se puso un par de zapatos, bajó a la planta de abajo y se dirigió a la cocina.

—Café —dijo al llegar y olerlo—. ¿Te casarás conmigo?

—Será mejor que primero lo pruebes —dijo Kelsey, parpadeando.

—No tengo que hacerlo. Dime la fecha.

—El matrimonio no está en mi lista —dijo ella sinceramente.

—¿Lista? Ah, claro. Organizamos tu casa… debes ser una creadora de listas. ¿Las organizas alfabéticamente? —dijo él, sirviéndose una taza de café. Entonces se echó un poco de crema y bebió—. Puedes clasificar esto bajo la C de cielo.

—Te clasificaré a ti bajo la E de encanto —dijo ella con más aspereza de la que pretendía.

—¿Por qué me da la impresión de que eso no ha sido un cumplido?

—Porque no lo es. Uno no se debe fiar del encanto —Kelsey se sirvió su propio café—. He abierto un par de cajas. ¿Qué es exactamente lo que esperas encontrar?

Tomándose su tiempo, Luke la miró de arriba abajo.

—N de negocios…

—Por doscientos cincuenta dólares la hora, éste es un negocio estupendo —dijo ella.

—Tu lengua no va en concordancia con tu ropa —dijo él—. Eres claramente inteligente… ¿por qué te vistes de esa manera?

Kelsey se ruborizó y por primera vez él se percató de sus delicadas mejillas.

—La manera en la que me visto no es de tu incumbencia.

—No exijo que todas las mujeres de mi vida sean guapas, ni siquiera bonitas —dijo Luke pensativamente—. Pero sí que exijo que tengan carácter… que tengan confianza en sí mismas para vestir como una mujer hermosa.

—¿*Todas* las mujeres? —repitió Kelsey irónicamente—. Estoy segura de que te acosan.

—El dinero es un afrodisíaco muy poderoso.

—El dinero es la razón por la que estoy aquí —dijo ella resueltamente—. ¿Me podrías por favor decir qué es lo que estamos buscando en todas esas cajas?

Luke deseó conocer la respuesta a esa pregunta… debía haberla anticipado.

—Mi madre era la hija de Sylvia Griffin —dijo de manera cortante —. Lo que estamos buscando es cualquier tipo de información sobre Rosemary Griffin. Debes separar cualquier papel en el que se la mencione sin leerlo.

—No tienes por qué insultar.

—Simplemente estoy dejando claro las condiciones del trabajo.

Kelsey pensó que debía abandonar. En aquel mismo momento. Pero claro, por seiscientos dólares podía soportar un insulto.

—Muy bien —dijo con una educación exagerada—. Si me disculpas, voy a comenzar.

Mientras Luke la observaba salir de la cocina, ni siquiera pudo ver cómo se movían sus caderas bajo aquella falda tan poco sexy. Pero tuvo que reconocer que sus tobillos eran muy estilizados.

Suspirando impaciente, se terminó de beber su café y se volvió a llenar la taza. Se dijo a sí mismo que debía haber pensado bien lo que estaba haciendo ya que había invitado a una completa extraña a buscar documentos relacionados con su madre. ¿Cómo iba ella a saber que versaban sobre su madre sin siquiera poder leerlos parcialmente?

Esbozando una mueca, se sirvió crema en el café y salió de la cocina. Kelsey ya estaba sentada a una mesa que había al lado de la ventana y tenía muchos documentos delante de sí. El acercó otra mesa y comenzó a examinar documentos a su vez. Durante tres horas ambos estuvieron trabajando en silencio.

Kelsey fue la primera que paró. Se levantó y estiró el cuello para aliviar la tensión, tensión que tenía más que ver con haber estado sentada tan cerca de Luke Griffin que con el trabajo en sí.

—No he encontrado nada —dijo—. ¿Tú?

—Inventarios de muebles, certificados de existencias y una lista de una tienda de comestibles.

Kelsey miró el montón de cajas que todavía les quedaba por examinar.

—Es mucho trabajo.

A Luke no le estaba divirtiendo aquella búsqueda. Se levantó.

—Te pagaré el doble —dijo.

—No lo harás —contestó Kelsey, levantando la barbilla.

—Cuando hago una oferta así, la mayoría de la gente me da las gracias efusivamente.

—Yo no soy la mayoría de la gente.

—Pero yo te puedo pagar lo que quiera.

—Está bien. Donaré el resto del dinero a un refugio para perros. O a una fundación que ayude a ancianas que viven solas y cuyos nietos ni siquiera se molestan en visitarlas.

Luke se acercó a ella, sus ojos reflejaron el pánico que sintió.

—Hasta que hace tres días, mientras estaba en Hong Kong, me llegó el mensaje de que había fallecido, yo no sabía que tenía ninguna abuela —dijo él—. Así que no me eches la culpa de nada… porque no la tengo.

—¿No lo sabías? —repitió ella tontamente.

—Efectivamente.

—Por eso nunca la visitaste… y te llegó demasiado tarde el mensaje de su fallecimiento como para haber asistido al funeral —dijo Kelsey, creyendo en la sinceridad de él.

—El día que fue enterrada yo estaba en Camboya.

—¿Por qué no te habló tu madre de ella?

Luke hizo un gesto de dolor. Kelsey había formulado en alto la pregunta que le había estado atormentando durante los días

anteriores.

—Simplemente supongo que mi madre dejó esta casa antes de que yo naciera. No me digas que no se ha cotilleado en el pueblo desde que Sylvia ha muerto… seguro que podrás saber más detalles.

—Todo lo que he oído es que tu madre se marchó de casa cuando tenía diecisiete años.

—¿Estaba embarazada? —no pudo evitar preguntar él.

—La gente decía que sí, pero sólo eran especulaciones.

—Hagamos un descanso para comer —dijo Luke, irritado—. Vuelve dentro de una hora.

Kelsey salió de la habitación y decidió llevarse a casa un par de cajas para seguir trabajando. Cuanto antes terminara aquel trabajo, mejor. Luke Griffin no sólo era guapo y sexy, sino que también era peligroso.

Capítulo 2

Al día siguiente, una vez que comenzó a anochecer, Luke y Kelsey llevaron un par de cajas al coche de ella. Hacía mucho frío ya que estaban en pleno mes de enero y todo estaba nevado. Una vez metieron las cajas en el coche, él le abrió la puerta del conductor a ella.

—Gracias —dijo Kelsey, montándose en el automóvil.

Al quitarse un poco de nieve de los zapatos, se le subió la falda inadvertidamente y se ruborizó. Luke tuvo que admitir que tenía unas piernas admirables y contempló la posibilidad de quitarle las gafas, pero mantuvo las manos quietas.

—Mañana nos vemos —dijo.

Kelsey murmuró algo, arrancó el coche y se marchó. Él pensó que si había comenzado a tener fantasías sexuales con la anticuada y sin gracia señorita North, había llegado el momento de regresar a la ciudad. Quizá debía llevarse las cajas a su ático y analizar su contenido en los ratos libres. Si regresaba a Manhattan podría cenar en Cisco's con alguien como Clarisse o Lindsay.

Ninguna de ellas tenía mal genio. No como Kelsey.

Regresó a las escaleras de entrada de la casa. Hasta aquel momento, Kelsey había encontrado el certificado de nacimiento de Rosemary Griffin y él la factura de la lujosa clínica en la que había nacido su madre. Pero eso era todo.

Había aprendido que Kelsey, aunque obtuviera el primer puesto en la lista de las mujeres peor vestidas de América, sabía cómo trabajar.

Pero era poco comunicativa. Lo único que sabía de ella era que había vivido toda su vida en Hadley. Y se había enterado porque se lo había preguntado.

Entró en la casa y se forzó en mirar una caja más. Pero repentinamente no pudo soportar estar a solas en casa de su abuela, una casa que ocultaba demasiados secretos…

Subió a la planta de arriba y se cambió de ropa. Se puso un jersey limpio, unos pantalones vaqueros y agarró las llaves de su coche.

Tres cuartos de hora después, Luke salió del automóvil. Llevaba consigo una bolsa de papel marrón. La pequeña casa de Kelsey estaba rodeada de matorrales con lilas y tejos. Se acercó a la puerta y llamó al timbre.

Oyó una canción de Janis Joplin. Volvió a llamar, pero entonces agarró el picaporte y se dio cuenta de que la puerta no estaba cerrada con llave. La canción estaba terminando cuando abrió la puerta y entró. Las bisagras hicieron mucho ruido.

Una mujer bajó corriendo por las escaleras. Cuando lo vio, se detuvo en seco. Tenía el pelo rizado y unos brillantes ojos color marrón, así como una esbelta cintura y unas piernas que parecían no terminar nunca. Iba vestida con unos pantalones vaqueros ajustados y una camisa color naranja que le marcaba los pechos. Se percató de que llevaba las uñas de los pies pintadas de morado.

Boquiabierto, vio que tenía la boca… tenía los labios pintados de naranja, unos labios carnosos…

La lujuria se apoderó de él, que habló con torpeza.

—Oh… estaba buscando a Kelsey North, pero debo haberme equivocado de dirección. Siento haberla molestado…

—Muy gracioso —dijo la mujer con una sexy voz.

—¿*Kelsey*?

—¿Quién creías que era?

—Yo… hum… Te has cambiado de ropa —dijo él.

Kelsey se puso las manos en las caderas.

—No quiero más cajas y, si te has perdido, te puedo indicar la dirección que quieras —dijo fríamente.

Luke pensó que ella olía muy bien. Tragó saliva con fuerza.

—¿Has cenado? —preguntó.

—No, he estado mirando las cajas que me traje a casa.

—Bien —dijo él, señalando la bolsa que llevaba consigo—. He traído comida del restaurante que hay a diez minutos de aquí.

—¿Has traído comida? ¿Para comer aquí?

—Sí —contestó él, sonriendo—. No podía soportar estar una noche más a solas en aquella casa.

—¿Me estoy perdiendo algo? —Preguntó Kelsey con cuidado—. Quizá sea de Hadley, pero pensaba que era la costumbre preguntarle a una mujer si quiere cenar contigo, no simplemente asumirlo.

—Si te hubiera telefoneado, ¿habrías dicho que sí?

—No, desde luego que no.

—A mí no me gusta que me rechacen —dijo Luke, sonriendo de nuevo—. Simplemente vine.

—Apuesto a que nadie te ha rechazado desde hace años.

—No desde que gané mi primer millón de dólares.

—Pobre hombre rico —dijo ella.

—Ese soy yo. ¿Qué ibas a cenar?

—Huevos revueltos.

—Yo te puedo ofrecer sopa de verduras, capón relleno de arroz salvaje y mousse de moras. Todo acompañado de un buen Merlot.

A Kelsey se le estaba haciendo la boca agua.

—No te puedo invitar a entrar… porque ya lo has hecho. El comedor está por aquí —le indicó—. Iré por un par de manteles de la cocina.

Luke anduvo por el estrecho pasillo hasta llegar a una pequeña habitación donde había una gastada mesa de roble, cuatro sillas y una antigua estantería. Pudo ver también un salón contiguo muy desordenado, con cajas de almacenar, ropa, libros… Vio ropa de hombre, indumentaria de fútbol y jockey. Se preguntó qué ocurría.

Parecía como si ella acabara de echar a su marido de casa y estuviera empaquetando sus cosas.

Pero no llevaba puesto anillo de casada…

Entonces Kelsey entró en el comedor y puso sobre la mesa dos manteles y un plato con mantequilla.

—Los cubiertos están en el cajón —dijo—. Voy a traer los vasos de vino.

El dejó la bolsa de comida sobre la mesa. Abrió el cajón y vio que había tenedores, cucharas y cuchillos todos revueltos. Se percató de que eran de plata de ley y de que necesitaban sacarles brillo. Al regresar Kelsey con vasos y un sacacorchos, se dirigió a ella.

—¿Pasas tanto tiempo organizando las cosas de los demás que no tienes tiempo para organizar las tuyas?

—He tenido otras cosas en mi mente. Voy por cucharas de servir.

Al pasar ella por su lado, pudo ver cómo la luz le daba en el pelo y lo teñía de reflejos cobrizos. Se fijó en la manera en la que sus caderas se contoneaban y se marcaban bajo el pantalón.

—¿Por qué te vistes con ese traje marrón? —se oyó diciendo—. En mi opinión, deberías tirarlo.

—Abre la bolsa, Luke. Comamos.

—Ya comprendo tu manera de pensar… de una bolsa a otra —dijo él.

Kelsey esbozó una leve sonrisa cuando se sentó a la mesa.

—El traje era de mi madre —dijo rápidamente—. Mmm… la sopa huele estupendamente.
—Échale un poco de yogur. ¿Siempre llevas ese traje al trabajo?
—Sólo cuando voy a tratar con hombres solteros que tienen mala reputación.
—¿Así que además de los de mi madre también ha habido cotilleos sobre mí en el pueblo?
—No son cotilleos infundados… en tu caso —dijo Kelsey tras probar un poco de sopa.
—Me gustan las mujeres, ¿y qué?
—En plural.
—Una por una —dijo él con más agresividad de la que quería.
—¿Eres fiel a cada una de ellas?
—¿Hay algún problema con eso?

Al encogerse de hombros ella, Luke se fijó en su clavícula. Quería besarla en aquella parte de su cuerpo para descubrir si su piel era tan suave como parecía. Quería oler su pelo y acariciarle la garganta.

Maldijo y se dijo a sí mismo que tenía que acostarse con alguien como Clarisse o Lindsay. Tenía que practicar sexo apasionado sin sentimientos de por medio. Pero durante el año anterior había ido enfriando su relación con aquellas dos mujeres. Se había aburrido de ellas.

Aunque siempre podía encontrar otra persona.

—La fidelidad a cada una de ellas debe ser muy conveniente —dijo Kelsey—. Para ti.
—Las mujeres con las que salgo siempre saben lo que hay ya que yo se lo dejo bastante claro. Si no les gustan las reglas, no tienen que jugar.
—¡Qué sofisticado! —dijo ella con la voz crispada—. ¿Por qué no cambiamos de tema? Odiaría que una conversación sobre tu capacidad sexual me arruinara esta deliciosa sopa.

Luke se percató de que Kelsey estaba ruborizada y de que tenía una boca muy bonita…

—¿Qué te vas a poner para trabajar mañana, Kelsey? Ahora que te he descubierto.
—Supongo que pantalones vaqueros. ¿Qué estabas haciendo en Hong Kong la semana pasada?

Agradablemente, Luke comenzó a hablar sobre sus últimos

negocios inmobiliarios en los países de la costa del Pacífico. No le dio muchos detalles de su viaje a Camboya.

Cuando ella se levantó para retirar los platos de sopa y para llevar más platos de la cocina, Luke se levantó a su vez de la silla para acercarse a ver un cuadro que había colgado en la pared. Era un cuadro bastante impresionante. Trató de leer quién lo firmaba, pero no fue capaz. Era pintura abstracta. Entonces oyó cómo Kelsey regresaba.

—¿Quién pintó este cuadro?

—Yo —contestó ella a regañadientes.

—*¿Tú?*

—La cena se está enfriando —dijo ella, levantando las cejas.

—¿Lo has pintado hace poco? —insistió él. —Hace seis meses.

Luke parecía tener cada vez más razones para pensar que ella había estado casada.

—¿Tienes más cuadros?

Kelsey tenía una habitación repleta de ellos en la planta de arriba.

—Algunos. Oh, mira, espárragos. Me encantan. Y el arroz salvaje parece delicioso.

Disfrutaron de una agradable conversación sobre la última visita al Guggenheim que había hecho Luke. Al terminarse la mousse, Kelsey se echó para atrás en la silla.

—Ha sido una cena estupenda… el restaurante abrió el verano pasado y nunca he comido en él. Gracias, Luke —dijo, mirándolo directamente a los ojos.

—De nada —dijo él—. ¿Puedo ver más cuadros que hayas pintado tú?

—En el salón hay tres más —dijo ella de mala gana—. Prepararé café.

El se acercó entonces a ver los cuadros, que reflejaban mucho talento. Volvió a sentir la emoción que siempre sentía ante algo genuinamente creativo.

Por error, tiró al suelo un montón de libros y le llamó la atención la firma de alguien en ellos.

Dwayne North.

Seguro que era el marido de Kelsey y la razón por la que ésta pintaba aquellos cuadros.

Sin pararse a pesar, se dirigió a la cocina.

—¿Y tu marido?
—¿Marido? —dijo ella sin comprender—. ¿Qué marido?
—Tu marido. El propietario de la indumentaria deportiva.
Kelsey se rió en alto.
—No tengo, ni he tenido nunca, marido. Tampoco he tenido novio ni amante.
—¿Cuántos años tienes? —preguntó él, frunciendo el ceño.
—Veintiocho.
—Entonces el tipo a quien pertenece la ropa deportiva y los libros de química no puede ser tu hijo.
—¡No me digas! Eres bueno con las matemáticas… debe ser útil para mantener la cuenta de todas las mujeres que has tenido.
Luke no estaba acostumbrado a que se rieran de él.
—Deberías hacer algo con tu arte… ¿a qué estás esperando? No me puedo creer que pases el tiempo limpiando los armarios de la gente rica cuando tienes tanto talento.
Ella levantó levemente la barbilla.
—No comprendo por qué mis cuadros son asunto tuyo.
—Me irrita ver un trabajo como ése colgado aquí, donde sólo tú puedes verlo.
—Si es así como te irritas, odiaría verte enfadado. El café está preparado. Puedes bebértelo ahora o llevártelo contigo.
—¿Cuál es la historia, Kelsey? ¿De quién son la ropa deportiva y los libros?
Luke la acababa de invitar a una de las mejores cenas de su vida y ella no tenía ninguna razón para no decírselo.
—Son de mi hermano Dwayne. Está en el primer año de universidad. Tiene veintiún años.
—¡Qué tonto he sido! No se me pasó por la cabeza que pudieras tener un hermano.
—Tengo más hermanos. Glen tiene veinte años y estudia Informática. La ropa de jockey es suya. Kirk tiene dieciocho y ha comenzado a estudiar Ingeniería Forestal hace una semana —entonces miró a Luke—. Yo los crié. Soy experta en psicología para quinceañeros y en hamburguesas. No tuve tiempo de ir a la escuela de arte cada mañana una vez les dejaba en el autobús del colegio… estaba demasiado ocupada manteniendo la casa.
—¿Todos vivieron aquí contigo? —preguntó Luke.

—Así es. Fue muy difícil, pero ahora los tres se han ido.

Lo más irónico de todo aquello era que, aunque había estado contando los días para ser libre, los echaba de menos.

—¿Y tus padres?

—Ambos murieron en un accidente de tren cuando yo tenía dieciocho años —contestó ella con la voz quebradiza—. No teníamos más parientes y tuve que ser yo quien criara a mis hermanos.

—¿Así que ésta era la casa de tus padres?

—En aquel momento pareció que lo más conveniente era mantener las cosas lo más normales posibles —entonces añadió un poco enfadada—. Ahora ya sabes por qué mis cuadros están colgados en mi casa.

—Sacrificaste diez años de tu vida por tus hermanos, ¿no es así? —dijo Luke con hostilidad.

—¡No fue un sacrificio! Bueno, en realidad no. Además de que… ¿qué otra cosa podía hacer?

—Muchas otras cosas. Yo hubiera pensado… te podías haber marchado.

—Mis hermanos y yo acabábamos de perder a nuestros padres —dijo Kelsey lacónicamente—. No me lo habría perdonado a mí misma si les hubiera abandonado.

Luke trató de controlar las emociones que se apoderaron de su pecho; desconcierto, furia y dolor. Su madre no se había comportado como lo había hecho Kelsey. Él había pasado los primeros ocho años de su vida viendo cómo se rompían las promesas que le había hecho.

—¿Y cómo puede ser que los tres chicos estén en la universidad y tú estés todavía en casa?

—Dame tiempo… Kirk se marchó la semana pasada —contestó ella—. Como puedes ver, el primer paso es limpiar la casa. Después la pondré a la venta.

Luke miró a su alrededor y se percató del mal estado en el que se encontraba la casa. No iba a sacar mucho dinero por ella.

—¿Y después qué?

—Te alegrará saber que voy a ir a una escuela de arte. La pagaré con el dinero que obtenga de la venta de la casa… más lo que me vas a pagar tú.

—¿Así que por eso fue que cambiaste de idea sobre trabajar para mí?

—*Sentido y Sensibilidad*, de Jane Austen. La versión moderna.
—Mi oferta de pagarte el doble todavía sigue en pie —dijo Luke.
—No acepto caridad.
—Míralo como un apoyo al arte —dijo él, sonriendo.
—¿Sabes lo que me fastidia de ti? Primero me enfureces y luego me haces reír.
Luke pensó que lo que le asustaba de ella era que no se estaba aburriendo en su compañía…
—¿Encontraste algo en las cajas que trajiste contigo?
—¡Oh… me olvidé! Sí, lo hice. Un sobre con fotografías. ¿Qué hice con él?
A Luke le dio un vuelco el corazón; no tenía ninguna fotografía de su madre.
Entonces Kelsey rebuscó entre algunos papeles que había en la mesita del teléfono y le dio un gastado sobre marrón.
—Estaba abierto. Tuve que mirar dentro para ver si había algo de interés.
Él odió el hecho de que ella hubiera visto primero las fotografías. Sin poder evitarlo, sacó una del sobre. En ella se veía a una preciosa niña pequeña bajo un manzano. Era su madre.
Kelsey se apresuró a servir café, pero algo en el silencio que se apoderó de la sala le hizo levantar la mirada. Luke estaba allí de pie, aturdido y mirando la fotografía que sujetaba en sus manos. Ella sintió tanta compasión que le impresionó.
—Me tengo que marchar —dijo él, metiendo de nuevo la fotografía en el sobre.
—¿Y tu café?
—No me lo voy a tomar… voy a regresar y a mirar un par de cajas más.
—Luke —dijo ella con cuidado—. Me gustaría que me dijeras por qué esta búsqueda es tan importante para ti… por qué me estás pagando tanto dinero para averiguar un poco de información sobre tu madre.
Él agarró con fuerza el sobre.
—¡No tienes por qué saber la razón! Simplemente entrégame lo que encuentres sobre ella y mantén la boca cerrada en el pueblo.
Kelsey se ruborizó.
—Yo no participo en el cotilleo local.

Luke debería haberse disculpado. Pero no lo hizo. En vez de ello tiró el sobre a la mesa y se acercó a ella. La abrazó, puso la boca sobre la suya y le mordisqueó el labio inferior.

Capítulo 3

Durante dos segundos Kelsey se quedó paralizada en brazos de Luke, que la estaba abrazando con fuerza. Tenía las manos en el pecho de él y pudo sentir lo fuerte que era.

Nunca la habían besado de aquella manera, con tal intensidad, con tanta necesidad y deseo. Lo abrazó por el cuello y, cuando él le acarició con la lengua el labio inferior, abrió la boca y deseó que la saboreara, que la invadiera.

Luke bajó las manos, le acarició las caderas y la apretó contra su miembro endurecido. Como el fuego, el deseo le recorrió las venas a Kelsey, que sintió las rodillas débiles y se aferró a él. Lo besó apasionadamente y le acarició la lengua con la suya. Deseó que aquel beso durara para siempre.

Pero entonces él la apartó de sí tan bruscamente que ella tropezó. Se golpeó la cadera en la mesa.

—Olvídate de que he hecho eso… no volverá a ocurrir. Te veré mañana a las ocho y media.

Con la imagen de la impresionada cara de ella grabada en su mente, Luke se marchó de la casa como si le persiguieran los demonios. Se preguntó qué le había poseído para haberla besado de aquella manera.

No la necesitaba. No necesitaba a nadie. Nunca lo había hecho.

El aire de la calle era frío, pero pensó que era eso lo que necesitaba, necesitaba perspectiva.

Acababa de romper dos de sus reglas esenciales; nunca tener algo con un empleado y nunca realizar el primer movimiento sin primero explicar cómo funcionaba el juego. Pero haber besado a Kelsey North no había sido un juego. Desde el momento en que sus labios habían encontrado los de ella, se había sentido envuelto por aquella mujer. Absorbido por ella. Desesperado por ella…

Gracias a Dios que había encontrado la entereza para dejar de besarla.

Su coche estaba aparcado bajo unos árboles y cuando se acercó a abrirlo oyó unas pisadas tras de él.

—Te has olvidado las fotografías —dijo Kelsey.

Al mirarla, vio que tenía el pelo alborotado y pudo observar cómo se le marcaban sus endurecidos pezones. Se dijo a sí mismo que no

iba a besarla de nuevo y agarró el sobre con la punta de los dedos.

—Gracias.

Ella se echó entonces para atrás y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Yo no soy una de tus sofisticadas mujeres de Manhattan, Luke. No juegues conmigo de esa manera… besándome como si fuera la única mujer en el mundo y después apartándome de ti como si te diera asco.

—¿Como si me dieras asco? —Dijo él, riéndose sin diversión—. Si no me hubiera apartado de ti, ahora mismo estaríamos haciendo el amor en el suelo de tu cocina.

Kelsey dio otro paso hacia atrás.

—¿Se supone que debo creer eso?

—Sabes que te deseaba.

—Nunca he conocido a nadie como tú. No sé qué creer —dijo ella, estremeciéndose.

El sentimiento de culpa se apoderó de Luke.

—Entra en tu casa… tienes frío. Mañana nos vemos.

Emitiendo un pequeño sonido de angustia, Kelsey se dio la vuelta y corrió hacia su casa. Una vez entró, dio un portazo.

Luke se montó en su coche y regresó a la residencia Griffin. Al acercarse a la mansión y ver el lúgubre aspecto que ésta tenía, se planteó si podía culpar a su madre por haber escapado de allí y se preguntó si el contenido de las cajas le llevarían a comprenderla.

Aparcó el coche y entró en la casa. Se dirigió a la habitación donde había estado trabajando con Kelsey y depositó las fotografías sobre la mesa. Eran todas imágenes de Rosemary de niña. Parecía una pequeña feliz y despreocupada. Pero él no podía recordarla feliz…

Aquella noche, Luke examinó cuatro cajas más con la recompensa de encontrar algunos de los informes del colegio de Rosemary. En ellos se repetía una y otra vez que la pequeña no se estaba quieta y que creaba problemas. Eran casi las tres de la madrugada cuando finalmente subió a la planta de arriba, completamente exhausto. Pero cuando se tumbó en la cama no fue Rosemary la que le mantuvo despierto y con los ojos abiertos. Fue Kelsey.

Recordaba demasiado bien cómo ella había respondido ante su beso.

Pensó que nunca iba a quedarse dormido, pero finalmente el cansancio se apoderó de él. Soñó con la enigmática mujer que había

sido su madre…

Después, mucho después, volvió a tener otro sueño. Uno en el que Kelsey estaba desnuda en un campo de flores y le tendía los brazos. Era preciosa.

Aunque le tentó hacerlo, Kelsey no se puso el traje marrón a la mañana siguiente. Pero eligió unos pantalones vaqueros anchos y un jersey grande de lana verde.

Si Luke Griffin se acercaba lo más mínimo a ella, le daría una bofetada y se marcharía.

Cuando llegó a la mansión, se encontró con que la puerta estaba cerrada con llave.

El día anterior, Luke no había echado la llave para que así ella pudiera entrar. Sin ánimos para sutilezas, llamó con fuerza al timbre. Una, dos, tres veces. Pero no obtuvo respuesta. El coche de él, un elegante Mercedes, estaba aparcado en el garaje, por lo que sabía que estaba en casa.

Se preguntó si no habría cambiado de opinión y la había despedido.

Entonces llamó a la puerta con la mano y se dañó los nudillos. Al no obtener tampoco respuesta alguna, dio la vuelta a la casa y se dirigió al jardín trasero para poder mirar por la ventana a la habitación donde habían estado trabajando. Estaba vacía, al igual que la cocina. Eran ya las nueve menos cuarto.

Había dormido muy mal y había estado soñando con sexo apasionado. Había soñado que se acostaba con Luke entre sábanas color morado…

Regresó al coche y tocó el claxon, aunque por lo que sabía, él dormía en la parte trasera de la casa. A continuación volvió a acercarse a la puerta y a llamar al timbre. Pero siguió sin obtener respuesta.

Decidió marcharse a su casa y arreglar la habitación de Kirk.

Pero cuando fue a arrancar el coche, unas nubes ocultaron el sol y pudo ver el lúgubre aspecto que tenía la mansión Griffin. Era deprimente.

Se preguntó si Luke no se habría resbalado en las escaleras y si no se habría hecho daño. Quizá estuviera enfermo.

Inquieta, se bajó del coche de nuevo, volvió a la parte trasera de la casa y vio que había una ventana abierta bajo una robusta parra

virgen. De niña había sido una escaladora temeraria que no le tenía miedo a las alturas. Se quitó la chaqueta, contenta de haberse puesto sus botas de excursionismo, y comenzó a escalar.

Fue muy fácil y la pequeña aventura la animó un poco. Su vida había sido demasiado aburrida y debía añadir «aventura» a su lista.

Al llegar arriba abrió la ventana de par en par y se metió en la habitación. Cayó al suelo y pudo ver que era un dormitorio, el dormitorio de Luke.

Él estaba profundamente dormido en la cama de matrimonio que allí había, con la cabeza hundida en las almohadas. Estaba desnudo y las sábanas le cubrían hasta la cintura.

Kelsey se acercó a él y pudo ver lo musculoso que era.

Estaba claro que no estaba enfermo. Lo que debía hacer era bajar a la planta de abajo y ponerse a trabajar, pero se quedó sin aliento al murmurar él algo en sueños. Paralizada, observó cómo se daba la vuelta.

Luke se restregó los ojos con las manos antes de abrirlos y mirarla fijamente.

—Estaba soñando contigo —dijo—. Ven aquí.

Kelsey emitió un pequeño gritito al agarrarla él de la muñeca y acercarla hacia sí. Perdió el equilibrio y cayó sobre Luke. Sus pechos presionaron los desnudos pectorales de él, que le puso un muslo por encima y la obligó a tumbarse. Kelsey tuvo tiempo de pensar que estaba en la cama con un hombre alto, moreno y guapo. Entonces él posó los labios sobre los suyos y la besó con delicadeza hasta que ella se derritió de deseo. Gimió su nombre y sintió el calor que desprendía su cuerpo.

Luke le levantó el jersey y le acarició la espalda.

—Tu piel —murmuró—. Sabía que tendría la textura de la seda —dijo antes de comenzar a desabrocharle el sujetador.

Cuando tuvo acceso a los desnudos pechos de ella, comenzó a incitar uno de sus pezones, que adquirió la dureza de una piedra. Ella cerró los ojos y se sumergió en aquel delicioso placer, así como en una voraz hambre que no podía negar. Se echó hacia delante, ávida de saborearlo y desesperada por ofrecer.

Agradecido, Luke disfrutó al acariciarle los pechos y del aroma de su pelo, que le envolvió por completo. Se dijo a sí mismo que tenía que poseerla.

Entonces la cubrió con su cuerpo. La besó con tanta pasión que se quedó sin aliento y sintió lo revolucionado que tenía el corazón. Con rapidez le subió aún más el jersey y comenzó a chuparle los pezones. Ella se arqueó para él; sus ojos reflejaban el deseo que sentía y comenzó a mover las caderas. Luke estaba volviéndose loco de pasión y apretó su sexo en repetidas ocasiones contra los pantalones vaqueros de ella.

Volvió a pensar que tenía que poseerla. Pero no en aquel lugar, no en aquella triste casa…

—Kelsey, tenemos que parar. Dios sabe que te deseo, pero éste no es ni el momento ni el lugar.

Se preguntó a sí mismo si alguna vez había hecho algo parecido, algo que iba contra sus deseos.

Ella lo estaba abrazando por los hombros y tuvo que pararse a pesar en lo que le había dicho él. *Tenían que parar*. Sintió su cuerpo extraño, invadido por el deseo.

Lo empujó con fuerza por el pecho y comenzó a bajarse el jersey para cubrir su desnudez.

—Espera —dijo él, sujetándole la mano—. Deja que te mire.

—Yo…

—Eres preciosa… Acariciarte es como acariciar una perla; eres suave y exquisita.

Aquello era lo último que ella hubiera esperado oír de Luke Griffin. Estupefacta, observó cómo él le miraba los hombros, los pechos, el ombligo… La expresión que estaba esbozando le hizo sentir cómo los ojos se le llenaban de lágrimas. Se preguntó si alguien la había mirado de aquella manera alguna vez, como si fuera la criatura más bella del mundo.

Fue él quien a continuación le bajó el jersey. Sonriéndole, le dio unas palmaditas en el trasero.

—Levántate —dijo—. Vamos a terminar de examinar esas cajas hoy aunque sea lo último que hagamos.

Kelsey se preguntó cómo podía él pasar de darle tanto placer a hablar de cosas triviales. Luke le había dicho que no era ni el momento ni el lugar y se preguntó si todavía quería hacerle el amor…

—Kelsey, ¿estás bien?

Ella vio que él se estaba levantando de la cama y, tal y como había

supuesto, estaba desnudo. Apartó la mirada.

—Estoy bien —contestó con la voz ahogada.

—Café —dijo él autoritariamente—. Es una orden del jefe.

Kelsey se levantó y miró la cama, las paredes… a cualquier parte menos a él. Entonces salió a toda prisa del dormitorio y cerró la puerta tras de sí.

Ruborizaba, se apoyó brevemente en la puerta. Su salida había sido casi tan indigna como su entrada. Oyó cómo Luke andaba por la habitación y se dirigió a bajar las escaleras tan rápido como pudo.

Le agradó llegar a la cocina, donde había limpiado un poco para poder preparar café cómodamente. Cuando el aroma de éste embriagó sus sentidos, se abrochó el sujetador, se echó agua fría en la cara y trató de pensar.

Se preguntó si aquella relación excitante y al mismo tiempo frustrante era lo que quería.

Libertad para ser ella misma, para estar sola… eso era lo que quería. No quería perder algo que había deseado desde hacía mucho.

Pero se planteó si no sería una cobarde. Según lo que había leído ella, se suponía que el sexo liberaba el lado creativo de las personas, pero no le pareció que lo que había ocurrido en la planta de arriba de la casa, en aquel sombrío dormitorio, tuviera mucho que ver con su lado creativo.

Esbozando una mueca, decidió que lo que necesitaba era cafeína. Se sentó a trabajar en la habitación donde lo habían hecho anteriormente y diez minutos después entró Luke.

—El café está muy rico —dijo él distraídamente, sentándose en la mesa de al lado.

Ella pensó que parecía como si no la hubiese estado besando apasionadamente hacía sólo unos minutos. Enfurecida, siguió trabajando en los documentos.

—¿Me olvidé de cerrar la puerta anoche? —añadió él—. ¿Por eso has sido capaz de entrar?

—Escalé la enredadera hasta tu habitación.

—Eres una ladronzuela… ¿dónde aprendiste a hacer eso? —preguntó él, riéndose.

—En la hiedra del viejo roble que había detrás de nuestra casa.

—Debo recordar mantener la plata bajo llave cuando estés por aquí.

—Hazlo.
—Te pones muy mona cuando te enfadas —dijo Luke, riéndose.
—Me alegra que te divierta.
—Haces más que divertirme… ése es el problema. ¿Pero por qué te molestaste en escalar por la enredadera? ¿Por qué no te fuiste a tu casa?
—Pensé que quizá hubieras sufrido un accidente.
—¿Estabas preocupada por mí? —dijo él, impresionado.
—Sí —se sinceró ella, frunciendo el ceño.
—Oh —dijo Luke. No estaba acostumbrado a que nadie se preocupara por él y no estaba seguro de que le gustara la sensación—. Gracias. Pero ahora será mejor que nos pongamos a trabajar. Haremos un descanso al mediodía para comer.

Kelsey pensó que si fuera inteligente abandonaría en aquel mismo momento. Pero agarró un montón de documentos y continuó con su tarea.

Luke pensó que ella tenía un perfil precioso; la nariz recta y una firme barbilla.

Tenía que poseerla, eso no había cambiado. Y sabía que ella lo deseaba a él. Kelsey tenía veintiocho años, edad suficiente como para saber que las aventuras amorosas no duran mucho tiempo…

Al llegar el mediodía, había descubierto informes del colegio de Rosemary en los cuales se especificaba los problemas que ésta había causado de pequeña, problemas mucho más importantes que hablar en clase. Kelsey encontró un recorte de periódico sobre la segunda comparecencia en un tribunal juvenil de la madre de Luke por conducir bebida. A las cuatro y media, mientras ella estaba en la cocina preparando más café, Luke encontró tres cartas.

La primera era de Rosemary para Sylvia. Le exigía dinero y dejaba claro que había sido alejada de la residencia Griffin en su tercer mes de embarazo con menos de cien dólares en el bolsillo. La respuesta de Sylvia, fechada semanas después, era fría y directa; le pagaría el ingreso en una clínica de rehabilitación para adictos, pero nada más. La tercera carta era la furiosa negativa de Rosemary… llena de improperios. Por las fechas de las cartas, él debía tener seis años.

Clínica de rehabilitación para adictos. Con toda su fuerza de voluntad, Luke apartó de su mente las horribles imágenes que le habían invadido. Pero una cosa era obvia; su abuela había sido una

persona ruin y cruel. Su madre había sido una niña rebelde, llena de vida y con ganas de comerse el mundo. Entonces un embarazo imprevisto la llevó al exilio.

Hundió la cabeza entre las manos. ¡Odiaba sentirse agobiado por el pasado!

Cuatro horas después habían vaciado la última caja, caja que contenía tres informes más del tribunal juvenil. Luke los puso sobre el montón que había ido separando.

—Gracias a Dios que hemos terminado.

Kelsey pensó que parecía agotado, pero a la vez muy tenso.

—Luke, salgamos de aquí. Odio esta casa.

—Yo también.

—Vamos a mi casa. Prepararé la cena… aunque no será tan exquisita como la de anoche. Pescado y patatas fritas. Glen siempre dice que lo preparo estupendamente.

Horrorizada, se preguntó por qué estaba haciendo aquello, por qué estaba invitando a Luke a su casa después de lo que había ocurrido aquella mañana. No era una locura, era un suicidio.

¿O era libertad?

Capítulo 4

—¿Que cenemos en tu casa? Estupendo. Ve tú primero y yo te seguiré en cuanto tome una botella de vino de la bodega. Si no vuelvo a ver esta casa nunca más, no me importaría.

—Te comprendo —dijo Kelsey, sonriendo y saliendo hacia el coche.

Diez minutos después, cuando Luke llegó a casa de ella, vio que había encendido velas en la mesa del comedor, mesa preparada para dos. En la cocina probaron el vino que había traído él. Estaba delicioso y, mientras bebía, ella decidió que se iba a divertir.

Protegida por un gran delantal, comenzó a preparar el rebozado para el pescado.

Demasiado inquieto como para sentarse, Luke merodeó por la cocina y permitió que su calidez le envolviera. Vio un calendario de una organización benéfica colgado en la pared.

—Ese es un orfanato excelente.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella—. ¿Has estado allí?

—Sí —contestó él, deseando no haber dicho nada—. En mi último viaje a Hong Kong.

—Entre acuerdos inmobiliarios, simplemente apareciste en un orfanato en Camboya.

—Ya te dije que estaba en Camboya cuando enterraron a Sylvia… por eso fue que no pudieron avisarme a tiempo.

—¿Colaboras con el orfanato? —preguntó ella, frunciendo el ceño.

—Pagué para que lo construyeran —contestó él—. Una organización benéfica lo dirige.

—¿Cuántos orfanatos más has construido, Luke?

—Unos cuantos, aquí y allí.

—¿Cuántos?

—Veinticuatro. Pero no trates de convertirme en un santo.

—Ya existe un «santo Luke» —dijo ella secamente—. El cargo ya está ocupado. No eres un santo, eres un hombre rico que se preocupa por los niños… y que lleva esa preocupación a acción.

—Bébete el vino —dijo Luke. Entonces cambió de asunto—. ¿Puedo pelar patatas?

Kelsey le acercó un cuchillo con la aprobación reflejada en la voz. Ella misma donaba dinero a una organización benéfica desde hacía años.

—La bolsa de patatas está en el armario del fondo.

El delantal que llevaba le quedaba muy grande, tenía las mangas enrolladas y se había manchado la barbilla con el rebozado para el pescado. Luke deseó besarla de nuevo, quería perderse en su boca.

Encontró la bolsa de patatas y comenzó a pelar una. Aquella tarea era algo extrañamente relajante. Los fantasmas que le habían estado persiguiendo desde que había llegado a la residencia Griffin estaban desapareciendo gradualmente.

Las muñecas de Kelsey eran delicadas y pudo ver sus azules venas. Si acercaba los labios a ellas podría sentir su pulso…

Pensó que aquella misma noche iba a acostarse con ella, en su propia casa, rodeado de toda la parafernalia de los tres muchachos que ella había criado.

Al día siguiente se iba a marchar a Manhattan y se preguntó si allí se olvidaría de ella.

Diez minutos después, cuando las patatas se estaban friendo, Kelsey se dirigió a él.

—En la nevera hay kétchup y mostaza… podías llevarlos a la mesa. El vinagre, la sal y la pimienta están en la encimera.

En la puerta de la nevera había dos fotografías sujetadas con imanes. En una se podía ver a tres muchachos rodeando a su hermana. Los cuatro sonreían a la cámara. En otra, una pareja de más edad, también sonriendo, estaba abrazada en el porche de la casa de Kelsey.

—Son mis padres —dijo ella—. Todavía les echo de menos. Llevaban casados más de veinte años cuando murieron y cada día se querían más. De una manera, fue bueno que se marcharan juntos…

Sin saber qué decir, Luke agarró las salsas y salió de la cocina. El salón todavía estaba en un estado de caos. Los tres cuadros de ella lo atraían como si fueran imanes. Se dijo a sí mismo que no podía llevar a Kelsey a la cama para luego olvidarse de ella ya que no era una mujer manipuladora como Clarisse o Lindsay. Kelsey estaba llena de sentimiento y sensibilidad.

Al darse la vuelta, un trozo de papel que había sobre un montón de periódicos captó su atención. En letras rojas había escrito *La lista de la libertad*. Se apresuró a leerla. *Ir a la Escuela de Arte. Viajar. Pintar una obra maestra. Practicar sexo apasionado.*

Aquello último había sido tachado y sustituido por *mantener una*

aventura.

Se sintió muy aliviado al saber que ella quería tener una aventura y se planteó que quizá había dejado allí la lista para que él la viera.

Entonces pensó en lo que ponía en la lista sobre que ella quería pintar una obra maestra. Su amigo Rico era un artista de fama mundial.

—La cena está preparada, Luke —gritó Kelsey desde la cocina—. Ven por tu plato.

El pescado era suave y las patatas fritas estaban deliciosas.

—¿Por qué no te ha robado todavía ninguno de los hombres de Hadley? Eres preciosa y tienes un cuerpo maravilloso… y tu pescado con patatas fritas es lo más parecido al cielo.

—Por aquí hay unos pocos niños y no muchos hombres elegibles.

A Luke no le extrañó que ella hubiese escrito en tinta roja *sexo apasionado.*

—He visto la lista que tienes en el salón… —dijo, echándose limón en el pescado.

—¿Mi lista? —gritó ella—. ¿Dónde? No la dejé fuera, ¿verdad? ¡Luke, no la has leído!

—Sí que la dejaste fuera y sí que la he leído —dijo él, esbozando la más encantadora de sus sonrisas—. Fue difícil no hacerlo… la tinta llama mucho la atención. Así que tengo una propuesta que hacerte. En realidad una propuesta para ambos. Que tengamos una aventura entre nosotros.

Kelsey se ruborizó.

—Iba a llevar la lista a la planta de arriba, pero debo haberme distraído empaquetando el equipamiento de jockey de Glen. No la has leído, ¿verdad?

—Soy el propietario de un centro turístico en una pequeña isla en las Bahamas —dijo él, sonriendo de nuevo—. Mi gran amigo Rico Albeniz va a ir allí a finales de esta semana para pasar un par de días… ¿has oído hablar de él?

Kelsey asintió con la cabeza.

—Lo voy a telefonear esta noche. Tú y yo iremos a la isla mañana y así él te podrá dar un par de lecciones de arte.

—¿Rico Albeniz? Ni siquiera me miraría… ¡es famoso!

—Claro que te mirará… si yo se lo pido.

—¿Estamos hablando de dinero? —dijo ella fríamente, agarrando

unas patatas fritas con el tenedor.

—Es mi amigo.

—Lo siento, pero…

—No he terminado —dijo Luke pacientemente—. Mientras estemos allí, tú y yo compartiremos cama. Tendremos una aventura, ¿no te das cuenta? Un viaje, sexo apasionado y la oportunidad de pintar… podrás borrar tres cosas de tu lista de una sola vez.

—¡Qué eficiente! —dijo ella.

—Se llama saber administrar el tiempo —añadió él con un toque de petulancia mientras comía pescado.

—Viéndolo desde el punto de vista de un empresario.

—Me deseas, Kelsey, y yo te deseo a ti… de una manera en la que nunca antes he deseado a una mujer. No te pareces en nada a las mujeres que han sido mis amantes y debería apartarme de ti. Pero sé que no descansaré hasta que no me acueste contigo.

—No puedo tener una aventura contigo… —dijo ella, boquiabierta.

—¿Por qué no?

—Para empezar, no me puedo marchar mañana. Tengo… responsabilidades —susurró Kelsey.

—No, no las tienes. La última que tenías se marchó hace unos días a la universidad.

—Tengo que vender la casa.

—Serás más capaz de hacerlo tras haber tenido unas vacaciones.

—No tengo…

—¿Dinero? Esta tarde voy a escribir un cheque a tu nombre por los tres últimos días. El vuelo es gratis ya que iremos en mi avión privado y yo soy el dueño del centro vacacional… así que no hay que pagar alojamiento.

—No me refería al dinero. ¡Me refería a que no tengo ropa!

—Con dinero se puede comprar ropa. Mañana por la mañana estaremos en Manhattan durante el suficiente tiempo como para que hagas algunas compras.

—El dinero que me vas a pagar tiene que ir destinado a la escuela de arte, no quiero gastármelo en ropa.

—Entonces yo te la compraré. Tú no necesitarás mucho. Un bikini, un par de vestidos y un par de sandalias.

—Tú compra ropa para ti —dijo Kelsey con frialdad—. Pero no para mí.

—¿Quién ha establecido esa regla?

—¡Oh, basta ya! —gritó ella—. Estamos dando vueltas sobre lo mismo. No voy a tener una aventura contigo.

—Pues esta mañana tuvimos un buen comienzo de una.

—Yo no soy la clase de mujer que mantiene aventuras.

—A mí me parece que tú has estado cuidando de todo el mundo menos de ti durante los últimos diez años, Kelsey. ¿No es por eso que has escrito esa lista? Te estoy ofreciendo un cambio para que hagas algo nuevo. Para que te liberes y para que te diviertas un poco. Para que disfrutes antes de que vendas la casa y de que comiences con la escuela de arte.

Kelsey se mordió el labio inferior… él había dado en el clavo.

—Pero… ¿cómo se lo voy a decir a mis hermanos?

—No lo harás.

—Nunca les he mentido.

—Y no lo vas a hacer, simplemente no les vas a decir toda la verdad. Kelsey, ya no eres responsable de ellos… ahora tienes una vida propia, una que te has ganado a pulso.

Ella deseó que todo lo que estaba diciendo él no tuviera tanto sentido…

—¿Cuánto durará esta aventura? —preguntó débilmente.

—Eso depende de ambos, ¿no es así?

—¿Qué clase de respuesta es ésa?

—La única respuesta posible —contestó Luke, controlando su enfado—. Hay cosas que es mejor dejar claras desde el principio. Yo no pretendo casarme ni tener una relación duradera. Te seré fiel durante el tiempo que seamos amantes y exigiré que tú también lo seas. Cuando llegue el momento de finalizar la aventura, yo seré el primero que te lo diga; no habrá nada solapado ni ningún juego.

Enfurecida, Kelsey pensó que seguramente él había dicho aquello mismo muchas veces.

—¿Has terminado ya?

El frunció el ceño.

—Cada día paso un cierto tiempo ocupándome de los negocios y no quiero que se me interrumpa.

—Está bien. Ahora te toca a ti escucharme. Porque si accedo a seguir adelante con esto, si lo hago, yo también tendría condiciones. La primera es que jamás me interrumpas cuando pinte. La segunda es

que si decido marcharme de las Bahamas antes de que tú estés preparado para dejarme marchar, quiero tu avión privado a mi disposición. La tercera es que el matrimonio es lo último que tengo en mente… lo que persigo es tener libertad, no un anillo de compromiso. La cuarta es que estableceremos un límite en el dinero que nos gastamos en ropa.

Kelsey respiró profundamente y esbozó una fiera sonrisa.

—Creo que eso es todo.

A Luke le impresionó que ella no quisiese tener un compromiso y no comprendió por qué estaba furioso con ella cuando lo que debía era sentirse aliviado.

—Pasaré a buscarte a las nueve y media —dijo—. ¿Tienes pasaporte?

—Lo renové el día que Kirk fue admitido en la carrera de ingeniería forestal.

—Bien, nos vemos mañana. Ten las maletas hechas y estate preparada para esa hora —dijo él antes de marcharse sin darle siquiera un beso.

Cuando llegó Luke a la mañana siguiente, muy puntual, ya lo había arreglado todo para que una inmobiliaria se ocupara de vender la residencia Griffin. Llamó a la puerta y entró. Ella estaba en la cocina bebiendo una taza de café. Iba vestida con unos ajustados pantalones color marrón y un jersey crema. Llevaba puestos unos grandes pendientes en las ojeras.

Él tomó una taza y se sirvió café.

—Lo necesitaba —dijo—. Gracias a Dios que no voy a tener que poner el pie en la cocina de mi abuela nunca más. Iremos en helicóptero hasta la ciudad. ¿Estás preparada?

—Estás suponiendo que he decidido ir, ¿no es así? —dijo ella fríamente.

—Estoy dispuesto a llevarte a rastras si no has decidido venir.

—Te puedes ahorrar la molestia… ya tengo hecha la maleta.

—Un hombre encantador y sexo… no podías resistirte.

—Tachar tres cosas de mi lista… eso es lo que no podría resistir.

—Quizá deberíamos empezar por una de ellas —dijo él, acercándose a Kelsey. La abrazó y la besó en la boca.

Entonces se sintió invadido por la lujuria, le abrió los labios e introdujo la lengua en su boca. Pensó que aquella mujer iba a ser

suya, donde él eligiera y como él quisiera. Eso era todo lo que importaba.

Ella tenía las caderas presionadas contra su erección, excitándolo aún más. Él sintió cómo se le aceleraba el corazón y la agarró de la cintura. Los delicados pechos de Kelsey rozaron sus senos y le devoró la boca, pero sabía que no la iba a poseer en aquel lugar. Ése no era el plan. Se apartó de ella suavemente y le bajó el cuello del jersey para así poder chuparle la garganta. Se percató de que Kelsey estaba temblando y levantó la cabeza.

Vio que ella tenía el deseo reflejado en los ojos. Le acarició el labio inferior con un dedo.

—¿Sexo apasionado? Oh, sí…

—Hasta que no te conocí no sabía qué significaba esa palabra —dijo ella, parpadeando.

—Y ahora sólo la conoces en parte.

—Si hay más, no seré capaz de levantarme.

—Estarás tumbada —dijo él, acariciándole le mejilla.

—Me asustas, Luke —dijo Kelsey, estremeciéndose—. Lo que provocas en mí, la manera en la que me siento cuando me besas… ¿cómo podré soportarlo cuando decidas que ya no quieres estar conmigo?

—Una vez estuve diez meses en una residencia de mojas. La hermana Elfreda decía un refrán, «no busques problemas».

Luke pensó que había vuelto a hacerlo. Le había confiado a Kelsey algo de lo que nunca hablaba. Había querido mucho a la hermana Elfreda… por lo menos eso no se lo había dicho.

Tres horas después, Kelsey se encontraba en un probador tan elegante que apenas se podía concentrar en la ropa. En la lujosa tienda, pese a que no quería gastar tanto dinero, se compró un vestido de lino, una falda larga a juego con una túnica, sandalias, planas y de tacón, bikinis y ropa interior. También compró con su propio dinero un camisón.

Luke la esperaba sentado en una silla mientras leía la sección de negocios del periódico.

—Vamos a comer en el Ritz-Carlton, en el Battery Park —dijo cuando ella por fin terminó de comprar—. Tiene unas vistas estupendas de la Estatua de la Libertad y tú serás la mujer más guapa del local.

A ella se le empañó la vista debido a las lágrimas que inundaron sus ojos. Diez minutos después, mientras estaban sentados en la limusina de Luke, se dirigió a él.

—Luke, no sé cómo agradecerte que me hayas comprado esto… y toda la demás ropa.

—No tienes que hacerlo.

—Me siento como una princesa —dijo, sonriendo insegura.

En ese momento, Luke le dio unas órdenes a su chófer y se detuvieron frente a un edificio en la Quinta Avenida.

—Espera aquí —dijo.

Regresó al coche en diez minutos. Llevaba consigo una cajita en las manos. Entonces una vez estuvieron sentados en el restaurante de la decimocuarta planta y después de que hubiera elegido la comida para ambos, puso la cajita delante de ella.

—Para que combine con el vestido —dijo.

Kelsey se quedó muy impresionada al ver el nombre de la joyería. Al abrir la cajita vio un conjunto de collar, pendientes y pulsera de oro. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Son preciosos —susurró—. ¿Me los puedes poner?

Luke la complació y pensó que aunque les había hecho muchos regalos a las mujeres a lo largo de los años, ninguno las había hecho llorar ni a él sentirse tan bien.

Capítulo 5

Nueve horas después, Kelsey y Luke estaban por fin a solas. Se dirigían hacia la villa privada de él en el centro vacacional. Ella iba vestida con su nuevo vestido de lino conjuntado con un chal y, mientras andaba, podía oír el sonido de las olas chocando contra la arena. Se preguntó si debía coquetear con él, si debía echarse sobre su cuerpo o dirigirle sugerentes miradas.

—Hace una noche muy agradable, ¿verdad? —dijo en una voz que parecía artificial.

Al doblar una esquina en el camino, vieron la villa de él. Tenía las paredes pintadas de rosa y columnas blancas. Estaba rodeada de una bonita vegetación tropical.

Luke abrió la puerta principal y guió a Kelsey hacia un gran vestíbulo. A él siempre le había gustado aquella casa, aunque la villa que tenía en la Toscana era aún más bonita.

Cuando encendió la luz, la cara de ella se vio iluminada por tonos dorados. Pensó que no parecía que ella estuviera disfrutando de aquel paraíso tropical… parecía aterrorizada.

Entonces abrió la puerta que daba al ala este de la villa y ambos entraron.

—Pareces cansada, Kelsey… ha sido un día muy largo, ¿no es así? Creo que deberíamos posponer el sexo apasionado por ahora. Pediré que nos traigan el desayuno a las nueve de la mañana. A las diez tienes una cita en el balneario y estarás allí durante todo el día. Podemos quedar para cenar antes de que llegue Rico. ¡Que duermas bien! Y pásalo bien mañana.

Entonces le dio un casto beso en la mejilla, se dio la vuelta y cerró la puerta tras de sí.

Se dijo a sí mismo que había hecho lo correcto, lo inteligente… ¿o había sido un tonto?

Demasiado confundida como para estar enfadada y demasiado cansada para llorar, Kelsey se dirigió hacia su dormitorio y, al llegar, se metió en la cama.

Luke le había dado un beso en la mejilla como si fuera su hermano y no su posible amante.

Se sintió muy sola y tardó mucho en dormirse.

Pero cuando se despertó, la luz del sol se colaba por las ventanas de

la habitación y se sintió más animada. Vio la bandeja del desayuno y levantó la tapa…

Siete horas después del desayuno, Kelsey regresó a su dormitorio. Lo último que le habían hecho en el balneario en el que había pasado el día había sido una limpieza de cutis y un corte de pelo. Se sentía como una nueva mujer. *Tenía* el aspecto de una nueva mujer.

Guiada por un impulso, se quitó la ropa y se puso el camisón que había comprado en Manhattan. Se miró en el espejo y le pareció ver a una extraña, a una bella extraña… pero era ella. Nerviosa, oyó cómo alguien llamaba a su puerta.

—¿Kelsey? Soy Luke.

Ella abrió la puerta y sonrió. Al ver la expresión de la cara de él, se derritió.

—Te iba a preguntar si querías venir a nadar —dijo Luke, mirándola de arriba abajo.

Kelsey tenía delicados rizos marrones alegrándole la cara y unos exóticos ojos. Estaba esbozando una cautivadora sonrisa.

—No me apetece ir a nadar ahora mismo.

—¿Qué te gustaría hacer, Kelsey?

Ella hizo lo que había deseado hacer la noche anterior; se acercó a él, le acarició el pecho y lo abrazó por el cuello.

—Estoy esperando que me enseñes —dijo.

Luke se dio cuenta de que ella ya no estaba aterrorizada… aunque seguía sintiendo vergüenza.

—No hay nada que me gustaría hacer más que eso —dijo con la voz ronca. Entonces entró, cerró la puerta tras él y la besó.

Ella respondió ante aquello abriendo los labios y acariciando la lengua de Luke con la suya en una repentina explosión de calor que provocó que él se tambaleara y que la abrazara. Kelsey apretó su cuerpo contra el de aquel musculoso hombre, el cual, al sentir los delicados senos de ella presionando su pecho, perdió el control. La tomó en brazos y la llevó a la cama, donde la dejó sobre las sábanas. Durante un momento se quedó de pie mirándola mientras se desabrochaba los botones de la camisa y se inundó de su belleza. Entonces se quitó la camisa y la tiró al suelo, tras lo cual se quitó los pantalones y los calzoncillos.

Desnudo y muy excitado, se echó sobre ella. La besó apasionadamente y las lenguas de ambos bailaron una sensual danza.

Ella tenía un dulce aroma a flores y Luke se volvió loco. Le bajó un poco los tirantes del camisón y le dejó los hombros desnudos. Le besó la clavícula y le bajó el camisón hasta la cintura para liberar los pechos. Con mucha delicadeza comenzó a acariciarle los pezones.

Ella gimoteó su nombre y él le incitó un pezón con la lengua para a continuación tomar su pecho en la boca y saborear su dulzura.

—Luke —jadeó ella—. Oh, Dios, Luke…

Él levantó la cabeza lo suficiente como para bajarle el camisón hasta la cadera y Kelsey se lo quitó apresuradamente. Luke le chupó entonces su otro pezón mientras le acariciaba el ombligo y comenzaba a bajar la mano. Sintió cómo ella abría las piernas y le daba la bienvenida… estaba muy húmeda y caliente. Él se apartó para no caer en la tentación de hacerla suya en aquel mismo momento de la manera más esencial. Había tiempo. Tenía todo el día y toda la noche para poseer a la mujer cuyas caderas le estaban volviendo loco.

Kelsey era suya. Él ya lo sabía.

Ella le estaba acariciando el pecho y jugueteaba con su vello pectoral. Pero entonces comenzó a bajar la mano hasta que tomó su erección. Luke se estremeció ante aquello y se sintió agobiado ante tanto placer…

—¿Quieres que pare? ¿Quieres…?

—¿Qué qué quiero? —Dijo él con voz ronca—. No tienes siquiera que preguntar, Kelsey. Haz lo que te apetezca…

Entonces ella tomó la mano de él y la llevó a su entrepierna. Al tocarla, al acariciar el centro de su feminidad, su suavidad, Luke pudo ver cómo los ojos de ella reflejaban lo mucho que estaba disfrutando. Se acercó a besarla mientras que con sus dedos la seguía acariciando y volviendo loca de placer.

Ella gimió y después chilló mientras su cuerpo se sacudía bajo el de él, que tenía el corazón revolucionado. Kelsey era tan guapa que con sólo mirarla se emocionó.

—No esperaba… no he…

—Has estado perfecta. Y, Kelsey, hay más.

Sin darle tiempo para pensar, la tumbó a su lado. Entonces la agarró por el trasero y la presionó contra su erección, le besó los labios, los pómulos y la garganta…

—Todavía te deseo —susurró ella, restregando sus pechos en la piel

de él y poniéndole una pierna por encima.

Luke se dirigió entonces a la parte más íntima y húmeda de ella, que gritó y hundió las uñas en las caderas de él. En aquel momento la penetró.

Pero encontró resistencia.

Le dio un vuelco el corazón al ver el dolor que reflejaba la cara de ella.

—¿Kelsey… no serás virgen?

Ella cerró los ojos durante un momento, pero a los pocos instantes los abrió y lo miró fijamente.

—Sí, lo soy. Pero…

—¿Nunca antes has hecho el amor? —repitió él, impresionado.

—Eso es lo que significa ser virgen, Luke. Pero no quiere decir…

—¿Por qué no me lo habías dicho? —acusó él, apartándose de ella.

—No sabía cómo hacerlo.

—A mí no me parece muy complicado —dijo Luke entre dientes.

—«Oh, Luke, nunca antes he estado con ningún hombre»… es algo que no se discute a la hora de comer.

—Es por eso que anoche estabas tan nerviosa —dijo él—. Yo pensé que estabas muy cansada.

—Estaba aterrorizada.

—¿Dónde has estado durante toda tu vida? Por el amor de Dios, tienes veintiocho años.

—Tú sabes mi historia —dijo ella, enfurecida—. Tras la muerte de mis padres, crié a tres muchachos en un pueblo muy pequeño. ¿Cómo iba a conocer a nadie? Los pocos chicos con los que tuve citas miraban a Dwayne, a Glen y a Kirk y a continuación perdían mi número de teléfono. Podía haber hecho algo con algún tipo en la parte trasera de un coche… eso siempre puedes hacerlo, no importa lo pequeño que sea el pueblo. Pero a mí me enseñaron que el sexo es importante, no algo que se haga por hacer. Así que no he tenido amantes, Luke. Hasta que tú viniste y me ofreciste sexo apasionado en el Trópico.

—La oferta ya no se mantiene en pie —dijo él cortantemente—. No lo hago con vírgenes.

Kelsey se sentó muy erguida.

—Por primera vez desde que nos conocemos me siento humillada. Muchas gracias.

—Maldita sea, mantuve las distancias hasta que vi tu lista… porque no eras mi tipo. No eres lo suficientemente sofisticada y eres demasiado sentimental. Pero cuando leí que querías mantener una aventura pensé que eso era suficiente como para tener algo contigo.

—¡Te estás comportando como si ser virgen fuera algo de lo que me debería avergonzar!

—No es eso —dijo él—. Pero definitivamente las vírgenes no son mi tipo. Demonios, Kelsey, me sentiría como un canalla si…

—¿Incluso si yo quiero? —interrumpió ella, levantando la barbilla. Estaba ruborizada.

—Eso no tiene nada que ver con ello.

—A mí me parece que tiene *todo* que ver con ello —dijo Kelsey, abandonando su orgullo y hablando desde lo más profundo de su corazón—. Luke, te deseo… no tenía idea de que podía desear a alguien de la manera en la que te deseo a ti. Por favor, hazme el amor. Alguien tiene que ser el primero y yo me sentiría orgullosa y muy contenta si fueras tú.

—No… no puedo hacerlo.

—¿Por qué no?

—Tu novio, marido… la persona con la que vas a pasar el resto de tu vida… con él es con quien deberías perder la virginidad. Tú eres de las que se casan, Kelsey. Sé que lo eres.

—¿Y si no quiero esperar por ese imaginario marido? ¿Qué ocurre entonces?

—Yo no me quiero casar. Te lo he dejado claro desde el principio.

—Pero eres el hombre con el que estoy desnuda en la cama ahora mismo —dijo ella.

—Eso se puede arreglar fácilmente —dijo él, levantándose y poniéndose los pantalones.

—¿Ya está? —susurró Kelsey.

—¿No te das cuenta? ¡Estoy tratando de hacer lo correcto!

—Según tu opinión —dijo Kelsey amargamente, cruzando los brazos sobre sus pechos.

—Soy yo el que tiene conciencia —dijo él, agachándose para agarrar su camisa—. Rico va a llegar un poco más tarde y mañana desayunaremos con él. ¿Por qué no cenas conmigo esta noche?

—Está bien —contestó ella, deseando que él se marchara ya que se iba a desmoronar.

Se sintió más humillada y frustrada que nunca.

Capítulo 6

Luke salió de allí como si le persiguieran cien mujeres enfadadas. Había hecho lo correcto, lo único que podía hacer. Aunque Kelsey no lo creyera, él tenía que hacerlo.

Salió al jardín y se detuvo al lado de la piscina de la villa. Metió los dedos en el agua y pensó que si ésta estuviese más fría se habría lanzado a ella. Kelsey podía ser virgen, pero no frígida. Decidió que al día siguiente le presentaría a Rico y que tras ello le diría que tenía que regresar a sus negocios. Volvería a Manhattan y a mujeres como Clarisse.

Pensó que iba a tener que ser otro hombre el que le ofreciera sexo tórrido, pero con sólo pensar en otra persona acariciándola se puso enfermo… de celos.

Se enderezó y decidió que iría en aquel mismo momento a decirle que se tenía que marchar. Era mejor hacerlo en aquel momento que delante de Rico a la mañana siguiente.

Cuando llegó a la puerta del dormitorio de Kelsey, vaciló. Se dijo a sí mismo que ella podía estar dormida y lo último que quería era despertarla. Puso la oreja en la puerta para tratar de oír algo…

Ella estaba llorando. Se puso tenso y se preguntó qué iba a hacer.

Con mucho cuidado abrió la puerta. Kelsey estaba sentada en la cama llorando desconsoladamente. Entonces se acercó a ella y la abrazó.

—Kelsey, ya está… no llores, por favor, no llores.

—Me siento tan tonta —se lamentó ella—. Debería haberte dicho que era virgen cuando vistes la lista por primera vez, pero pensé que te ibas a reír de mí. Tú tienes tanta experiencia, has estado con tantas mujeres, mientras que todo lo que sé yo son cosas de jockey y cómo lavar calcetines. Lo siento, Luke, lo he arruinado todo. Mañana me iré a casa. No debí haber venido.

—No eres tú la que debe disculparse —dijo él convincentemente—. Salí de aquí como un niño que no consiguió lo que quería. Pero fue porque me quedé impresionado al enterarme de que no habías hecho el amor… eres tan bella, tan atractiva. Que yo fuera a ser el primero… me dejó anonadado. Así que reaccioné como un macho típico.

—Yo quería que tú fueras el primero —dijo ella, sollozando.

—Lo seré… si todavía lo deseas —dijo Luke, preguntándose a sí mismo por qué había cambiado de idea.
—¿Lo dices en serio? —preguntó ella.
—Sí.
—Oh —Kelsey esbozó una leve sonrisa—. Debo tener muy mal aspecto… ¿estás seguro?
—Está oscuro —la consoló él—. Espera aquí.
Entonces se dirigió al cuarto de baño y regresó con una toallita húmeda. Vio que ella se había sentado en el borde de la cama y que estaba sonándose la nariz. Sintió pena por ella, pena y otra sensación que no sabía si podía o quería calificar.
Se acercó a ella y le pasó la toallita por la cara.
—Siento haberte hecho llorar.
—Y yo siento no habértelo dicho.
—Entonces estamos en paz —dijo él—. Seré tan delicado contigo como pueda, Kelsey.
—No seas demasiado delicado —dijo ella, acercándose a darle un beso.
Luke le devolvió el beso y la saboreó. Quería darle lo mejor de sí.
Ella le acarició el labio inferior con la lengua, provocando que a él se le alterara la sangre en las venas. Restregó los senos con delicadeza contra el pecho de él.
—Sigue haciendo eso y tendrás problemas.
—Promesas, promesas —susurró ella.
—Una acción vale más que mil palabras, ¿te refieres a eso? —preguntó él, acariciándole los pechos y jugueteando con sus pezones.
Los incitó de tal manera que ella gimió de placer.
—Quítate el camisón, Kelsey. Enséñame tu cuerpo.
—Tú primero —dijo ella, apartándose de él y comenzando a desabrocharle la camisa.
Una vez abierta, se la bajó por los hombros antes de comenzar a besarle el torso. Entonces le puso la mano en el tórax.
—Puedo sentir cómo te late el corazón —murmuró—. Me hace sentir… muy poderosa… el saber que puedo excitarte de esta manera… simplemente siendo como soy.
Luke le tomó la mano y la guió hacia la parte más íntima de su cuerpo.
—¿Decías que estoy excitado?

Kelsey cerró los ojos y movió la mano con una exquisita delicadeza sobre la erección de él.

—¿Se puede morir de placer?

—Apuesto a que tú lo vas a conseguir conmigo —gimió él—. Dios, Kelsey, ¿qué me estás haciendo?

—Hazme el amor, Luke, enséñame todo lo que me he estado perdiendo.

—Siempre me gustaron los retos —dijo, tumbándose en la cama y haciendo que ella se pusiera sobre él—. Sólo hay una norma; que te sientas libre de hacer lo que quieras.

—¿Y cómo sabré si te gusta?

—Lo sabrás.

Entonces Kelsey lo besó; primero la cara, después la garganta… y comenzó a bajar, invadida por la emoción. Se sentía complementada, sus cuerpos encajaban perfectamente el uno en el otro. Con cuidado, volvió a acariciarle la erección y sintió cómo un escalofrío le recorría el cuerpo.

Luke gritó el nombre de ella y la agarró por los hombros.

—Será mejor que pares, o…

—Tócame, Luke. Aquí. Y aquí también.

Él la alzó un poco y le separó los muslos para tener acceso al húmedo centro de su feminidad. Perdió la compostura. La tumbó de espaldas y volvió a encontrar su feminidad… en aquella ocasión con la lengua. Kelsey sintió cómo todos sus sentidos ardían de pasión… hasta que ya no pudo aguantarlo más. Ahogando un grito, hundió los dedos en el pelo de él y se dejó llevar.

Luke se puso sobre ella.

—Quiero enterrarme en ti… te juro que jamás he deseado a nadie como te deseo a ti.

Debajo de él, Kelsey movió las caderas para tomarlo ya que estaba deseando que la hiciera suya.

Invadida por la pasión, sintió cómo él penetraba los delicados pétalos de su feminidad.

Asombrada ante aquello, se abrió completamente ante él. Sintió un poco de dolor y después su cuerpo invadido por el de él.

—¿Kelsey, estás…?

—Sí, oh, sí. Oh, Luke, Luke…

La manera en la que se estaba moviendo ella lo estaba volviendo

loco y llegó un momento en el cual ya no pudo soportarlo más. Se sintió invadido por una ola de placer y se vació dentro de ella.

Los gemidos de Kelsey se fundieron con los de él. Se quedó muy quieta y se preguntó si alguna vez sería capaz de olvidar aquel momento.

—¿Es siempre así… tan poderoso? ¿Tan agobiante?

—Tendremos que hacerlo de nuevo y ver… Simplemente dame un minuto.

—¿Otra vez?

—A no ser que tú no quieras —dijo él, mirándola a la cara.

—Eres tan guapo —susurró ella—. No sabía que…

—¿Tomo eso como un sí?

—¿Tú qué crees? —dijo ella.

—La próxima vez iremos más despacio. Nos tomaremos nuestro tiempo. Se llama seducción.

—Simplemente tienes que mirarme para hacerlo —dijo Kelsey en voz baja.

Luke se apartó de ella y se tumbó al otro lado de la cama.

—Velas —dijo—. Vi un par en tu vestidor. Quiero verte, Kelsey.

Minutos después, la tenue luz que daban las velas creaba sombras en el techo e iluminaba a la mujer que todavía estaba tumbada en la cama.

Luke se acercó a ella, la tomó en brazos y la llevó frente al gran espejo que había colgado en la pared.

Dejó que se pusiera de pie en el suelo y la colocó delante de él. La sujetó por la cintura y le acarició las caderas y los pechos con delicadeza. Temblando e invadida por el deseo, Kelsey se rindió ante él.

Entonces Luke le dio la vuelta para estar cara a cara y comenzó a besarla sin dejar de acariciarle el cuerpo. Ella le devolvió beso por beso y caricia por caricia. En muy poco tiempo él le hizo sentir un impresionante orgasmo.

La pasión de ella incitó a Luke, que la penetró en aquel mismo momento.

—Íbamos a ir despacio… y ni siquiera hemos llegado a la cama —dijo—. No te he hecho daño, ¿verdad, Kelsey?

—No estoy segura de ser capaz de volver a moverme. Pero aparte de eso, no, no me has hecho daño. Me encanta todo lo que haces.

—La próxima vez iremos despacio…

Kelsey se ruborizó.

—No pensaba, quiero decir que… que lo hubiéramos hecho una vez… y ahora son dos veces…

—¿Dos veces, hmmm? —dijo él, lamiéndole el lóbulo de la oreja provocativamente—. ¿Qué te parece si pido la cena y comemos aquí en la cama? Y ya veremos qué pasa después.

—Luke, me lo estoy pasando estupendamente contigo.

El pensó que ella parecía una mujer satisfecha. Parecía feliz.

Diez horas después, Luke se despertó y oyó el sonido que hacía un cucú fuera de la ventana. Estaba acurrucado contra Kelsey; tenía un muslo sobre el de ella y la estaba abrazado con fuerza con una mano mientras que la otra la reposaba sobre uno de sus pechos. Ella estaba dormida.

Él nunca dormía con sus amantes ya que era algo demasiado íntimo y se preguntó por qué se habría quedado dormido en los brazos de ella.

Tenía ganas de hacerle el amor… por cuarta vez. Se preguntó cuándo se saciaría de ella.

Se movió ya que estaba inquieto; tenía que trabajar aquella mañana y ella pasaría el día con Rico. Se sintió en peligro de involucrarse con aquella mujer a un nivel desconocido para él, un nivel que no quería.

Con cuidado se apartó de Kelsey… pero ella se despertó y le agarró la mano.

—¡Luke! —exclamó tontamente—. No sabía dónde estaba ni… nunca antes me había despertado con un hombre en la cama. Ya es por la mañana. Anoche estaba agotada.

—No me puedo imaginar por qué —bromeó él, sonriendo a su vez.

—Tú no estás agotado… se nota —dijo ella, restregando las caderas contra la ingle de él.

—Tengo que realizar algunas llamadas telefónicas y después tenemos que desayunar. Te presentaré a Rico y me iré a una reunión con los empleados del complejo.

Pero entonces le dio la vuelta y la penetró. Kelsey se sintió invadida por la pasión.

Luke alcanzó la cima del placer en pocos segundos ya que no se podía controlar. Ella lo acompañó. Él cerró los ojos y pensó que

aquella mujer lo había embrujado.

—Luke… ¿ocurre algo?

—Absolutamente nada —contestó él, forzándose a mirarla—. ¿Quién entra antes a la ducha?

—Ve tú primero —dijo ella, que se percató de que él no había sugerido que se ducharan juntos.

Tumbada sobre las sábanas observó cómo él entraba en el cuarto de baño y cerraba la puerta tras de sí. Pensó que si no se equivocaba, Luke se había casi arrepentido de haber hecho el amor con ella aquella última vez.

Rico Albeniz era un hombre bajito con el pelo canoso y un entusiasmo sin medida. Llevó a Kelsey a la selva tropical que había al sur de la isla, donde colocó unos lienzos y le dijo que pintara. Aquella vegetación tropical era demasiado intensa y nueva para ella. El ejerció de profesor y Kelsey disfrutó y aprendió mucho de todo lo que el artista le enseñó.

—Bien, muy bien —dijo Rico al llegar las tres de la tarde—. Ahora vamos a dejarlo ya que es la hora de la siesta. Mañana iremos a la playa y veremos cómo pintas las olas.

—Gracias, Rico. No sé cómo agradecerte esto.

—Mi buen amigo Luke me dijo que tenías talento y tenía razón. El placer ha sido mío.

Ya de regreso en su dormitorio, Kelsey se tumbó en la cama y se quedó dormida durante dos horas y media. Estaba agotada.

Cuando se despertó, vio que tenía un mensaje en su teléfono en el cual se le informaba de que tenía que acompañar a Luke y a Rico a cenar en el restaurante principal del complejo turístico.

Recordó que la noche anterior Luke la había seducido, había sido muy generoso y cariñoso con ella. La había animado a pedir lo que quisiera y a dar lo que deseara. Pero no quería complicarse las cosas teniendo algo serio con él ya que amaba su recién estrenada libertad.

La cena para tres fue una buena idea. Se arregló mucho y por ello llegó tarde a la cita. Vio cómo Luke frunció el ceño al verla y cómo se levantó para recibirla. Le dio dos besos en las mejillas y separó la silla para que se sentara. Ella se sintió como una princesa.

—Gracias. Hola, Rico…

Aceptó la oferta de Luke de servirle vino y decidió que iba a disfrutar de cada minuto de aquella cena. Dos horas después, Rico se

despidió de ellos en el vestíbulo del centro vacacional.

—Regresemos a la villa —dijo entonces Luke.

—Siempre y cuando me pueda quitar los zapatos e ir andando por la hierba. Me están matando —dijo ella, apoyándose en el brazo de él para ayudarse a quitárselos. Tenían mucho tacón.

—Muy sexy.

—¿Vamos a tu casa o a la mía? —bromeó Kelsey, esbozando una picara sonrisa.

—Esta noche vamos a la mía.

La suite de él estaba en el ala opuesta a la de ella. Era lujosa pero muy austera.

—Esta habitación podría pertenecer a cualquiera —dijo Kelsey.

—Me gusta así.

—En realidad no sé casi nada de ti.

—Eso también me gusta que sea así. Aunque hay algo que debes saber… nunca me acuesto con una mujer a no ser que utilice protección. Pero anoche lo hice. Y no sólo una vez… sino cuatro.

Luke parecía estar enfadado. Hacía mucho tiempo había decidido no tener hijos.

—Supongo que no estarás tomando la píldora.

—No, no lo estoy haciendo —dijo ella sin alterarse—. Pero hace unos años, cuando tuve problemas con mi periodo, un especialista me dijo que quizá no sea capaz de concebir. O que por lo menos no fácilmente, así que no creo que debas preocuparte.

—Debió ser difícil enterarte de ello —dijo Luke, que no comprendía por qué no se sentía invadido por el alivio.

—Sí, lo fue. Siempre había querido tener hijos algún día. Pero si no puede ser…

—De ahora en adelante, de todas formas, utilizaremos protección.

—¿Por qué regresaste a mi dormitorio ayer, Luke?

—Para decirte que me iba a marchar de la isla esta mañana —contestó él, encogiéndose de hombros—. Pero entonces te oí llorar y el resto ya lo sabes.

—¿Te arrepientes de no haberte ido? —espetó ella.

—Quizá hubiera sido más inteligente. Más prudente. Pero no, no me arrepiento —dijo, tendiéndole la mano—. Ya hemos hablado suficiente… ven aquí.

Kelsey conocía el tono de la voz de él y se acercó a su cuerpo.

Pero antes de que la besara, se hizo una promesa a sí misma; después de que hicieran el amor iba a descubrir más cosas sobre él ya que se estaba acostando con un hombre que apenas conocía.

Pero entonces, cuando él la besó, se olvidó de todo, de todo menos de la sensación de tener los labios de él posados en los suyos y de la necesidad de estar desnuda en sus brazos.

—Desde la última vez… desde esta mañana… parece que sea para siempre —murmuró Luke.

Tras aquello, ninguno de los dos dijo nada más… hasta que ella estuvo desnuda en sus brazos, completamente saciada de una manera deliciosa…

—Lo hemos hecho más despacio —dijo él perezosamente—. Quizá.

—¿Quién lo está contando? —dijo ella, riéndose.

—No puedo saciarme de ti —bramó Luke.

Entonces ella comenzó a seducirlo lentamente…

Capítulo 7

A la mañana siguiente, Kelsey estuvo durante tres horas pintando con acuarela y tratando de capturar el movimiento del mar. No iba a disfrutar de mucho tiempo con Rico y éste la estaba presionando para que aprendiera mucho. Ella estaba encantada.

—Ya es suficiente —dijo Rico finalmente—. He traído un picnic para que comamos aquí en la playa. He estado observando a Luke… se siente muy atraído por ti.

—Él se siente atraído por muchas mujeres —dijo Kelsey tras dar un trago a su cerveza.

—Le gustan las mujeres, pero eso no es a lo que me refiero. Esto es… muy diferente.

—No me cuenta nada sobre su pasado, Rico —dijo ella, sintiendo el corazón revolucionado.

—Su niñez fue muy difícil. Cuando sólo tenía catorce años podía haber terminado en la cárcel. Es un mérito que no lo hiciera… y ha conseguido muchas cosas.

—¿En la cárcel? —susurró ella—. ¿Cuando tenía catorce años?

—Ya te he contado demasiado. Por favor, ayúdame a comerme esta deliciosa piña.

Kelsey pensó que cuanto más tiempo pasaba con Luke más enigmático se volvía éste. Comió en silenció y estuvo pintando durante una hora más, tras lo cual regresaron a la villa. Luke no estaba y se sintió muy sola. Telefoneó a Dwayne.

—Hola —dijo cuando su hermano contestó—. ¿Cómo estás?

—Hola, hermana. Analizando la anatomía del tobillo. ¿Sabías que…? —comenzó a decir su hermano.

Kelsey escuchó con detenimiento, asombrada por la pasión que Dwayne reflejaba en la voz. Se iba a convertir en un médico estupendo.

—¿Y tú qué tal? —preguntó su hermano.

—Estoy de vacaciones —dijo ella, tratando de parecer natural.

—¿Dónde?

—En una pequeña isla en las Bahamas —contestó, explicándole rápidamente el trabajo que había realizado para Luke—. Así que he pagado la matrícula para la escuela de arte e incluso me queda un poco de dinero extra.

—¿Estás sola?
—No. Estoy con Luke. Él es el propietario de este centro vacacional.
Dwayne silbó exageradamente, tanto que le hizo daño a su hermana en el tímpano.
—Estás volando alto, Kelsey. He leído acerca de él. Crea dinero muy fácilmente y es muy mujeriego. ¿Te has acostado con él?
—Sí. Pero no se te ocurra decírselo a nuestros hermanos.
—Antes solías irte de fiesta… pero te perdiste muchas cosas al tener que cuidar de nosotros. Será mejor que él se porte bien contigo. No está casado, ¿verdad? ¿Has conocido a su familia? ¿Cuántos años tiene?
Sintiendo cómo le daba un vuelco el corazón, Kelsey se percató de que no sabía la edad de Luke.
—El sólo es una diversión, Dwayne —dijo—. No necesito conocer la historia de su familia.
—Así que no sabes mucho sobre él, ¿no es así? Ten cuidado, hermana. Él es muy poderoso…
—Voy a acudir a la escuela de arte y ni diez hombres como Luke Griffin me van a detener.
—Pásalo bien y no te enamores de él.
—No hay peligro de ello. Te voy a dar un número de teléfono donde podéis llamarme —Kelsey le dio el número—. Ahora voy a nadar en la piscina… y después quizá pida piña con papaya.
—Una mujer tiene que hacer lo que tiene que hacer.
—Ten cuidado con esos tobillos —dijo ella, riéndose—. Te quiero, Dwayne.
—Yo también te quiero.
Al colgar el teléfono, Kelsey pensó que lo que tenía que hacer era disfrutar de aquella lujosa villa. Nadar en la piscina la relajó y después se dirigió al centro vacacional vestida con un sarong y una camisa de lino blanca sobre su bikini. Allí se enteró por la recepcionista de que Luke había salido de la isla aquella mañana por cuestiones de negocios. Se esperaba que regresara por la tarde y se encontraría con ella a las ocho en el restaurante.
Él ni siquiera se había molestado en decirle que se iba a marchar durante el día y ello la enfureció. Pero bajo el enfado se escondía dolor… ella le había dado el poder de hacerle daño.

Entonces se dirigió a andar por la playa y comenzó a agarrar caracolas y fragmentos de coral.

Media hora después se quitó el sarong, la camisa, y se metió en el agua. Cerró los ojos y dejó que su cuerpo flotara de espaldas.

—Pareces una ninfa…

Al oír aquello abrió los ojos y vio que Luke se estaba acercando a ella.

—Has vuelto.

—Hace una hora —dijo él.

—Me enteré de que te habías ido por la recepcionista y me he sentido muy mal.

—Yo sabía que iba a regresar antes de la noche. No tenía nada que ver contigo.

—¡No me trates como si no existiera!

—¿Es eso lo que hago cuando estamos juntos en la cama?

Luke llevaba puesto un pequeño bañador que dejaba ver lo musculoso y masculino que era.

—No —contestó ella—. Hablo del resto del tiempo.

—Pero ése era el acuerdo.

—El acuerdo no era obligatorio. Y, mientras estemos juntos, me gustaría que me informaras de dónde estás.

—Te pones muy guapa cuando te enfadas —dijo él con dulzura, tomándola en brazos. La besó en la boca y se excitó de inmediato.

—¡No quiero seguir con el acuerdo! —dijo ella, empujándole el pecho y echando la cabeza para atrás.

—Si tengo que volver a salir de la isla te lo haré saber antes de marcharme. Has pegado fuerte, señorita.

—¿Cómo se supone que voy a llegar a ti si no?

—¿Todavía no lo sabes? —dijo él, sonriendo—. ¿Dónde has estado los últimos días?

Kelsey puso la mano sobre la parte más vulnerable del cuerpo de él.

—Eso es tener confianza —dijo Luke.

—O ser estúpida —dijo ella, sintiéndose invadida por el deseo.

—Prefiero mi versión —con la alegría reflejada en los ojos, Luke la tomó en brazos y la sacó del agua.

Entonces la llevó al lugar donde había colocado una toalla sobre la arena a la sombra de las palmeras.

—Nunca hemos hecho el amor al aire libre —dijo, tumbándola de espaldas.

Con el corazón revolucionado, Kelsey se quitó ambas partes del bikini. Una vez desnuda, abrió los brazos ante él.

Luke se quitó a su vez el bañador y se echó sobre ella. La besó y le acarició el cuerpo hasta que ella se sintió consumida por él. Entonces la levantó para que se sentara a horcajadas sobre él. Kelsey aceptó la erección de él y comenzó a moverse y a gemir intensamente.

Entonces ambos se perdieron en un paraíso de placer.

Jadeando, ella se derrumbó sobre el desnudo y sudoroso pecho de él. Eran sólo uno…

Los días pasaron. Rico se marchó de la isla y Luke delegó tanto trabajo como pudo para poder pasar tiempo con Kelsey. La llevó a hacer windsurf, a bucear y a navegar en barco. Pasearon por la playa, se bañaron en la piscina y en el océano. E hicieron el amor de una manera sensual, desesperada, apasionada… mezclada con risas.

Luke no pensaba en qué ocurriría cuando todo aquello terminara. No quería hacerlo.

—Pasado mañana voy a ofrecer un baile y una cena para los asistentes a la convención. Quédate un día más, Kelsey, y regresa conmigo —le dijo una mañana mientras estaba en la cama con ella.

—Debería regresar ya… tengo mi primera entrevista en la escuela de arte a finales de semana y tengo que poner la casa en venta.

—Un día más. Mi avión privado te llevará a tu casa.

—No tengo vestido de noche.

—Compra uno en la boutique del centro vacacional. ¿No quieres ir?

Ella lo estaba deseando con tal desesperación que la asustaba.

—Supongo que podría quedarme —dijo.

—¿Me lo prometes? —dijo Luke, sintiendo un nudo en la garganta.

—Claro, te lo prometo —dijo ella—. Será una oportunidad más para exhibir mi maravilloso conjunto de oro.

—Las promesas importan —dijo él, impresionado al haber dicho aquello.

—Está bien —dijo Kelsey, asombrada—. Iré contigo… he dicho que lo haría.

—Bien. ¿Por qué no vamos a hacer windsurf? ¿Te parece bien a las once y media?

El día del baile, Kelsey pasó la tarde en el balneario. De vuelta en

su habitación se duchó y se puso su vestido nuevo de seda azul, combinado con unas sandalias doradas. Se puso las joyas y se acercó al espejo.

Se quedó asombrada de que la elegante mujer que tenía delante fuera ella. Llevaba el pelo peinado para atrás con unos pocos mechones sueltos.

Entonces oyó cómo Luke llamaba a la puerta y se dirigió a abrirle.

La elegante camisa que llevaba puesta él le daba un aire de sofisticación y marcaba su musculatura.

—Estás muy guapo —dijo ella.

—Y tú pareces una flor —dijo él—. Ven aquí, Kelsey.

Sin vacilar, ella se acercó a él, que se percató de que la fragancia de ella olía levemente a flores.

Kelsey se iba a marchar al día siguiente y él se preguntó cómo iba a poder soportar estar sin ella.

Mientras la besaba, pensó que no tenía que hacerlo. Sus oficinas centrales estaban en Manhattan… así como la escuela de arte de ella.

—Vas a ser la mujer más sexy de la cena —dijo entre dientes mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

—Será mejor que lo dejemos —jadeó ella—. O nunca llegaremos a la fiesta.

—Sí —dijo él, besándola de nuevo—. Es mala suerte que yo sea el anfitrión.

El teléfono que había junto a la cama de ella sonó y Luke, maldiciendo, la soltó.

—Puede que sea para mí… responde, por favor, Kelsey.

—¿Dígame? —contestó ella al teléfono.

—Soy Dwayne… me alegra encontrarte. Glen ha sufrido un accidente de coche esta tarde, hermana. No está grave, pero ahora mismo está ingresado en el hospital general de Massachusetts y pensé que querrías saberlo.

Kelsey se quedó pálida. Agarró el teléfono con fuerza.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué lesiones tiene?

—Había nieve y comenzó a llover… la carretera estaba muy resbaladiza. Glen se ha roto las costillas, tiene magulladuras por el cuerpo y ha sufrido una conmoción cerebral. Se va a quedar ingresado en observación hasta mañana.

—Iré a verle tan pronto como pueda. ¿Te puedes quedar con él

hasta que llegue yo?

—Claro. Kirk también va a venir.

—Te telefonearé a tu móvil una vez sepa cuándo puedo tomar un avión. Gracias, Dwayne. Dile a Glen que lo quiero —dijo, colgando el teléfono a continuación.

Se quedó helada; era aterrador lo rápido que podían cambiar las cosas. Se dio la vuelta y vio que Luke la estaba mirando. Le contó lo que había ocurrido con su hermano.

—Me tengo que marchar ahora mismo… ¿podría utilizar tu avión privado?

—Respira profundamente —ordenó él—. Y dime por qué te tienes que marchar con tanta prisa.

—¡Te acabo de decir por qué!

—No me malinterpretes, Kelsey… Siento que tu hermano haya sufrido un accidente de coche y me alegro mucho de que no haya resultado gravemente herido. Pero ése es el asunto… no está malherido. Así que… ¿por qué estás tan aterrorizada?

—Mi hermano está ingresado en un hospital. Me tengo que marchar.

—No se está muriendo, ni está en la UCI. No está crítico… ¿tengo razón o no?

—Sí —contestó Kelsey entre dientes—. No lo comprendes, ¿no es así? Es mi hermano, tengo que…

—Marcharte mañana por la mañana. Me prometiste que vendrías conmigo esta noche al baile.

—¡Ya lo sé! Pero las cosas han cambiado… no sabía que esto iba a ocurrir.

—Me lo prometiste —dijo Luke—. Si te marchas, estarás rompiendo esa promesa.

—Para alguien como tú, a quien le da un ataque si se menciona la palabra *compromiso*, le estás dando demasiada importancia a una promesa.

—¿Siempre abandonas todo y sales corriendo cuando te llama alguno de tus hermanos?

—Estás celoso —dijo ella.

Luke la agarró por el brazo.

—No seas tonta. Supuse que podía confiar en ti, Kelsey… pero creo que me equivoqué.

—Tengo que comprobar por mí misma que Glen está bien. Ellos son mi familia, Luke, la única familia que tengo.

—¿Y qué soy yo?

—Tú eres el hombre con el que me he acostado durante los últimos ocho días —contestó ella dolorosamente.

—¿No te estás olvidando de las noches?

—¿Me vas a permitir utilizar tu avión privado o no?

—Ese era el acuerdo. Yo, por lo menos, cumplo mi palabra.

—Me parece que no has tenido mucha vida familiar, Luke —dijo Kelsey sin alterarse—. Pero aun así, pensaba que lo comprenderías.

Luke pensó que ella lo estaba abandonando y le dio un vuelco el estómago. Kelsey estaba rompiendo su promesa. Repentinamente se vio inundado por todas las promesas de su madre… cada una de ellas rota como si no hubiesen importado nada.

—Hablaré con el piloto ahora mismo —dijo, acercándose al teléfono y hablando con él—. Podréis salir en menos de una hora.

—Si hubiese regresado a casa hoy, tal y como tenía planeado, tú habrías ido solo al baile.

—Eso es lo que haré —no pudo evitar decir Luke—. Aunque quizá no *permanezca* solo. Me tengo que marchar, me están esperando. Adiós, Kelsey.

No se acercó a besarla ya que si lo hacía estaría perdido.

—Adiós —dijo ella.

Luke se dio la vuelta y salió de la habitación. Había permitido que Kelsey se acercara demasiado a él. Estaba comenzando a necesitarla…

Cuando Kelsey entró en la habitación del hospital, Kirk silbó groseramente y Dwayne se quedó con la boca abierta. Ella llevaba puesto un vestido de cachemir y unas botas de cuero.

—Deberías marcharte de vacaciones más frecuentemente, hermana… estás estupenda —dijo Glen débilmente.

Kelsey se acercó a darle un beso con los ojos llenos de lágrimas.

—Anoche me diste un susto más grande que cuando te caíste del roble hace nueve años.

—¿Cómo iba a saber yo que la cuerda se iba a romper? —dijo él—. El seguro se hará cargo de los gastos de reparación del coche. Más tarde me darán el alta y podré salir del hospital.

Kirk miró a su hermana con detenimiento.

—Llevas una ropa muy bonita, pero no es sólo eso. Tienes un aspecto distinto —le dijo.

—Ha estado con un hombre, ésa es la diferencia —dijo Glen.

—No vamos a comenzar a hablar sobre mi vida sexual —dijo Kelsey enérgicamente.

—¿Dónde está él? —Preguntó Dwayne—. Tenemos que conocerlo.

—No ha venido.

—¿Te ha dejado que hicieras todo este viaje sola?

—Ha puesto a mi disposición su avión privado y una limusina alquilada —dijo ella.

—¿Vas a seguir viéndolo cuando comiences a asistir a la escuela de arte? —intervino Kirk.

—Lo dudo. Sólo ha sido una aventura, corta y dulce. Ahora ya se ha acabado y preferiría cambiar de tema —contestó ella con frialdad.

—El tipo es un estúpido —dijo Dwayne mordazmente.

—No pareces muy contenta —añadió Kirk.

—He estado muy preocupada por Glen —dijo ella evasivamente—. En el avión había mucha comida, así que he robado alguna cosa. Espero que sigáis teniendo el mismo apetito que cuando vivíais en casa.

Entonces les enseñó los dulces y quesos que había llevado del avión. No quería hablar de Luke, ni en aquel momento ni nunca. Pero su determinación sólo duró hasta que aquella misma tarde fue al aeropuerto. Glen ya estaba en su casa recuperándose y Kirk iba a regresar a la universidad. Dwayne iba a tomar un taxi que le llevara a su residencia.

Éste estaba ojeando un periódico mientras esperaban el vuelo de Kirk…

—Luke Griffin… ¿no es éste el tipo que te llevó a las Bahamas?

Kelsey asintió con la cabeza y se forzó en no esbozar ninguna expresión. Su hermano le acercó el periódico.

—Pues parece que no te está echando de menos.

Allí estaba Luke, en la página de sociedad. La fotografía captaba el momento en el que él, vestido de esmoquin, sonreía a una elegante mujer rubia que lo tenía agarrado por el brazo.

Clarisse Andover, que llegó desde París, disfrutó de la compañía del anfitrión del baile, Luke Griffin.

Al leer aquello, a Kelsey se le empañaron los ojos.

—Ya conocía su reputación antes de ir con él de vacaciones —dijo entre dientes.

—Desgraciado —comentó Dwayne.

—Yo ya lo tengo superado —dijo Kelsey, tratando de que pareciera que lo decía en serio—. Supongo que lo que hace es tratar a cada mujer con la que está como si fuera lo más importante que jamás le hubiera pasado. Yo casi me lo creí, tonta de mí.

—Malnacido —gruñó Kirk.

Sintiéndose aliviada, Kelsey oyó cómo llamaban para embarcar a los pasajeros del vuelo de su hermano y diez minutos después le decía adiós a Dwayne.

—Llámame si necesitas un hombro sobre el que llorar —fue lo último que le dijo éste.

Lo necesitaba… en aquel mismo momento. Estaba destrozada.

Capítulo 8

Luke dio un portazo a la puerta de su ático, se quitó la corbata y la chaqueta. Era el momento de hacer una lista. No iba a volver a tener más citas ni con Liz, ni con Marlene, ni con Úrsula, la modelo más requerida en aquel momento, que era muy guapa pero extremadamente aburrida.

Se preguntó por qué no simplemente dejaba de tener citas; quizá de aquella manera mejorara su carácter. Recordó a Kelsey y lo agradable que era. La echaba de menos, tanto en la cama como fuera de ella.

Los números cuatro, cinco y seis de su lista establecían que no debía pensar en Kelsey, que no debía seguir despertándose por la noche buscándola y que no debía quejarse porque ella no estuviera allí.

No la había sustituido en la cama. No había tenido ni ganas de hacerlo.

Hacía exactamente nueve semanas desde que Kelsey había abandonado la isla…

El día después de que ella se hubiese marchado, él había telefoneado al hospital de Massachussets, desde donde le habían informado de que Glen North ya había sido dado de alta.

Así que no había sido necesario que ella rompiera su promesa.

Realizando un par de acertadas llamadas telefónicas, se había enterado de que la casa de los North había sido vendida. Y de que Kelsey había sido admitida en la escuela de arte.

Pero ella no había hecho ni el más mínimo intento de ponerse en contacto con él.

Se preguntó si sería por eso que estaba de tan mal humor. Estaba acostumbrado a que las mujeres lo persiguieran. En realidad, ella no podía haber entendido la importancia de la promesa que le había hecho. La razón era simple; él nunca le había contado nada sobre su madre ni sobre sus promesas incumplidas. No le había hablado del dolor, físico y psíquico, que ello le había causado de pequeño.

Pensó que quizá ella hubiera visto la fotografía de Clarisse y de él en el periódico, eso explicaría su silencio… Él mismo se había enfurecido al haberla visto al día siguiente.

Suspirando, miró por las ventanas de su ático, desde las cuales

había unas magníficas vistas de Central Park. Se preguntó por qué demonios tenía que estar la escuela de arte en Manhattan, prácticamente frente a su edificio…

Nueve semanas después de haber salido de las Bahamas para ver a Glen, Kelsey pasó la primera noche en el carísimo apartamento que había alquilado en Manhattan. Estaba cansada y necesitaba dormir. También echaba muchísimo de menos su casa y a sus hermanos.

Pero, por lo menos, no echaba de menos a Luke. Al insensible, dominante e infiel Luke.

Suspirando, se dio la vuelta en la cama. Había vendido su casa y la mayor parte de los muebles. La última entrevista en la escuela de arte iba a realizarse en dos días, aunque ya sabía que había sido aceptada.

Pero si tenía que ser sincera tenía que admitir que sí que echaba de menos a Luke. Lo echaba muchísimo de menos. Y por las noches era cuando peor lo pasaba.

Se dijo a sí misma que lo que echaba de menos era el sexo y no a él. Pero si eso era cierto… ¿por qué se encontraba tan sola?

El silencio de Luke contribuía en gran medida a aquella sensación de soledad. Durante los días que había pasado con él en las Bahamas, Luke se había convertido en un amigo para ella. Habían mantenido interesantes conversaciones, habían reído juntos, habían nadado y jugado…

Pero entonces Dwayne había telefoneado y Luke le había dejado claro que no era su amigo. Y que no tenía decencia.

Al poco rato se quedó dormida.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, oyó el ruido del tráfico. Se preguntó si iba a ser capaz de vivir en una de las ciudades más ruidosas del mundo. Entonces comenzó a sentirse mal y se dirigió al cuarto de baño, donde vomitó.

Pensó que había agarrado la gripe y se dijo a sí misma que era lo último que necesitaba.

Con cuidado se levantó, se echó agua en la cara y se lavó los dientes. Estaba muy pálida, pero se sentía un poco mejor. Recordó que había estado sintiendo náuseas durante los días anteriores. Abrió el botiquín del cuarto de baño para buscar enjuague bucal. Lo encontró junto a sus tampones.

Al verlos, sintió cómo el terror la invadía. Se preguntó desde hacía cuánto no tenía el periodo.

Entonces recordó que no lo había tenido desde antes de ir a las Bahamas. Había estado tan ocupada, tan distraída con listas y plazos de entrega, que no se había percatado de su retraso.

Luke y ella no habían utilizado protección aquella primera noche que habían pasado juntos. Le había asegurado a él que no podía haberse quedado embarazada. Y *no* podía estarlo.

Pero la semana anterior había notado que sus pechos estaban más hinchados y sensibles de lo normal. Y durante las últimas tres semanas había estado agotada.

Se dijo a sí misma que estaba demasiado cansada; había logrado muchas cosas en los anteriores nueve meses. Y, si le sumaba el estrés por el abandono de Luke, tenía una muy buena razón para pensar que ése era el motivo de su retraso menstrual.

Aun así, buscó entre unos documentos que tenía en su escritorio y encontró el nombre de la clínica más cercana. Llegó a las diez de la mañana y un doctor la vio a las once y media. Quince minutos después regresó andando a su apartamento.

Estaba embarazada. De un hijo de Luke Griffin. Se sintió invadida por el pánico. Pero a la vez estaba contenta ya que ella, Kelsey North, había concebido un bebé. Aunque el terror se apoderó de ella de nuevo al instante… en su lista no aparecía la palabra «embarazo».

Al llegar a su apartamento se preguntó si debía decírselo a la gente en la escuela de arte, cómo se lo diría a sus hermanos y cómo evitaría que éstos persiguieran a Luke con una pistola.

También se preguntó si sería capaz de criar a un niño ella sola y qué ocurriría cuando se le terminara el dinero.

Aterrorizada, pensó que nunca debía haber vendido la casa. No podía tener a su hijo en aquel mugriento apartamento de Manhattan.

Se sentó en la cama y miró el póster que había colocado en la pared; era de la Toscana, un lugar al cual siempre había querido ir.

Se preguntó si Luke no tenía derecho a saber que iba a ser padre. Pero si insistía en tener una relación cercana con el niño, se vería encadenada a él durante años. Se dijo a sí misma que en realidad Luke Griffin no querría tener nada que ver con un bebé. Pero no debía ser ella quien lo decidiera; era él quien debía hacerlo.

Pensó que lo mejor sería telefonearlo a su despacho, tras su entrevista en la escuela de arte, para que se vieran en un lugar neutral.

Al día siguiente por la tarde, Kelsey salió de la entrevista. Había sido muy exhaustiva y le había puesto muy nerviosa, pero en última instancia la habían admitido. El profesor Dougald había mencionado que estaba respaldada por Rico Albeniz, lo que no causó ningún problema. Pero entonces mencionó que Luke Griffin también la había apoyado; había realizado una gran donación a la escuela de arte.

Ella se había quedado muy decepcionada ya que, al contrario de lo que pensaba, no había sido admitida en la escuela solamente por sus méritos.

Se preguntó cómo se había atrevido él a hacer algo así. Pero iba a descubrir la respuesta… en aquel mismo momento.

El edificio Griffin era espectacular, pero ella no estaba de humor para admirarlo. Entró y se dirigió a la recepcionista.

—¿Está el señor Griffin?

—Creo que sí. ¿Tiene una cita concertada?

—No, pero dígale que Kelsey North está aquí. Estoy segura de que encontrará un minuto para verme.

—Un momento, por favor, señorita North —dijo la recepcionista, marcando una extensión en su teléfono—. Está aquí la señorita North; quiere ver al señor Griffin. ¿Puedes preguntarle a él, por favor? ¿La va a ver? Le digo que suba.

Entonces sonrió a Kelsey.

—Suba en el ascensor de la izquierda; lleva directamente a la planta de Luke. La recepcionista la está esperando y la guiará a su despacho.

—Gracias —dijo Kelsey.

Al llegar a la planta que le había indicado, vio que la recepcionista era una guapa rubia.

—Soy Kelsey North. Vengo a ver a Luke Griffin.

—El señor Griffin ha dicho que pase usted directamente. Es la última puerta al final del pasillo, señorita North.

Kelsey se dirigió al despacho de Luke y, sin llamar, entró.

Capítulo 9

Luke estaba sentado detrás de la pantalla de un ordenador. Al cerrar Kelsey la puerta tras de sí, se levantó y le sonrió.

—Kelsey —dijo—. ¡Qué agradable sorpresa!

El tenía los botones superiores de la camisa desabrochados y ella pudo ver su garganta. Invadida por la lujuria, recordó cómo había besado apasionadamente aquella parte de su piel. Darse cuenta de que todavía lo deseaba la enfureció.

—Acabo de descubrir que has apoyado mi candidatura a entrar a la escuela de arte mediante una cuantiosa donación. ¿Cómo te atreves a entrometerte en mi vida?

La esperanza que había albergado Luke de que ella hubiera ido allí para retomar su romance murió. Furioso consigo mismo, habló con frialdad.

—Ya les había donado dinero antes. Tú no eres el centro del universo.

—Uno de los profesores me habló de la donación y lo relacionó con mi admisión. Así que ahora nunca sabré si hubiera conseguido entrar única y exclusivamente por mi talento.

—Claro que lo hubieras hecho. ¿En una escuela con tal reputación? Yo podría haber donado millones, pero si tú fueras una artista patética te habrían rechazado.

—¡No tenías derecho a respaldarme después de la manera en la que me trataste! Todavía no puedo creer que quisieras que fuera a un estúpido baile cuando mi hermano estaba en el hospital. Ni siquiera trataste de comprender.

—Le dieron el alta en menos de veinticuatro horas —dijo Luke imprudentemente.

—¿Cómo sabes cuándo le dieron el alta?

—Sólo tuve que realizar una llamada telefónica.

—¿Has realizado más llamadas telefónicas relacionadas conmigo?

—Descubrí que habías vendido la casa.

—Por lo menos sé que no la compraste tú… obtuve muy poco por ella —dijo Kelsey, ruborizada.

Luke la miró y pensó que todavía la deseaba. La deseaba ardientemente.

—Así que… —dijo ella, furiosa— me sustituiste en la cama en

cuanto me marché y después me acechas con llamadas telefónicas. Eso se llama acoso, Luke. ¿No está esa palabra en tu vocabulario?

—Todavía tengo que sustituirte en mi cama —dijo él con total exactitud.

—Tú… ¿qué has dicho?

—Lo que has oído. Supongo que viste aquella fotografía de Clarisse conmigo en las páginas de sociedad, ¿no es así?

—Por supuesto que la vi —dijo Kelsey, enfurecida—. Parecía que ella estaba deseando desnudarte… y tú la estabas sonriendo como si fuese lo mejor que te ha pasado en la vida.

—Aquella noche estaba muy confundido, Kelsey. Ni siquiera vi al fotógrafo. Sí, Clarisse y yo salimos durante un par de meses el año pasado. Pero ya se ha acabado y no retomaremos nuestra relación. No me he acostado con nadie desde que tú te fuiste —se sinceró Luke, mirándola a los ojos—. No te lo puedo demostrar, pero es verdad.

—Ya veo —dijo Kelsey.

—Hice una lista cuyo encabezamiento decía «Dejar de tener citas». Cada mujer con la que salí, o me aburría demasiado o me irritaba.

—Pero tú no estabas simplemente irritado conmigo la noche que me marché. Estabas furioso.

—Mi madre rompió cada una de las promesas que me hizo —dijo él, pensando que ella se merecía saber la verdad—. Como resultado, el cumplimiento de las promesas es extremadamente importante para mí.

La comprensión se reflejó en la cara de Kelsey y él prosiguió.

—Pero más allá de ello, me estaba involucrando demasiado contigo. Estaba rompiendo mis propias reglas.

—Tú querías sexo, no intimidad.

—Cuando tu hermano telefoneó, me dio la excusa perfecta para finalizar nuestra aventura. Así que insistí en que mantuvieras una promesa cuya importancia tú no comprendías y te forcé a que eligieras entre Glen y yo.

—Jugaste sucio.

—Tú dijiste que querías libertad.

—Así es… Tienes razón. Y todavía la quiero —dijo ella—. Alguien como yo no entraba dentro de tu juego.

—Todavía sigue siendo así.

—Así que me diste la espalda como si no existiera —dijo Kelsey con

el dolor reflejado en la voz.

—No había compromisos. Ése fue el acuerdo.

—¿Entonces por qué apoyaste mi candidatura para la escuela de arte? —bufó ella.

—Después de que tú te marcharas, hablé con Rico. Él estaba muy entusiasmado sobre tu talento y me dijo que era esencial que entraras en la mejor escuela. No estaba seguro de que con sólo su nombre bastaría ya que se le conoce mejor en Europa y Sudamérica que aquí. Así que él me dijo que si yo pudiera influir un poco sería estupendo —explicó Luke, encogiéndose de hombros—. Confío completamente en su opinión. Y entregué a la escuela el dinero que obtuve por la venta de la residencia Griffin.

—¿Aquella espantosa casa? —dijo Kelsey.

Luke se acercó a ella y pudo oler la fragancia floral de su perfume.

—Parece cosa del destino que el lugar en el que nos conocimos te dé algo que siempre has querido… la escuela de arte —Luke vaciló—. Quizá esto suene arrogante, pero ni siquiera tengo que preguntarte si me has sustituido en tu cama. Tú no harías eso rápido ni casualmente.

—En realidad… —dijo ella— mientras vendía la ropa deportiva de mis hermanos, mientras limpiaba la casa de arriba abajo, mientras negociaba con la inmobiliaria y mientras encontraba un apartamento en Manhattan que no me arruinara en una semana, tuve varias orgías que duraron toda la noche.

—No lo creo —dijo Luke, cuya sonrisa se borró de su cara—. No estoy seguro de poder mantener mis manos alejadas de ti.

Entonces la abrazó. Kelsey pensó que estar en sus brazos de nuevo era como estar en el cielo. Le hervía la sangre en las venas y se estaba derritiendo por dentro. Cuando Luke la besó, gimió profundamente. Consumida por él, le acarició la boca con la lengua.

Apretándola contra su erección, Luke le mordisqueó el labio inferior.

—Mi cama ha sido como un desierto sin ti —dijo con la voz quebrada.

Kelsey le estaba desabrochando la camisa y, una vez lo hizo, le acarició el pecho y el estómago. Estaba recordando, disfrutando… Entonces Luke la volvió a besar apasionadamente y ella le devolvió la misma pasión.

Él le quitó el abrigo y después comenzó a subirle el jersey. Al sentir frío en su desnuda piel, Kelsey dio un grito ahogado.

—La puerta…

—Nadie me interrumpe cuando estoy en mi despacho, no son tontos.

Luke se sintió invadido por la lujuria al presionar ella sus caderas contra su dureza. La empujó contra la pared, le desabrochó el botón de los pantalones y le bajó la cremallera. Entonces cubrió con su mano el húmedo centro de su feminidad. Como si aquella caricia hubiese sido todo lo que había estado esperando, Kelsey se arqueó, momento en el que él le quitó el jersey por encima de la cabeza.

Tras hacerlo, le quitó el sujetador y lo tiró al suelo. Los pechos de ella, firmes y carnosos, tenían los pezones muy endurecidos y pensó que parecían más grandes de lo que él recordaba. También se percató de que tenía la cintura más ancha. Continuó acariciándola hasta llevarla al clímax…

—Kelsey, ¿estás embarazada? —preguntó una vez ella hubo disfrutado.

Ella se quedó helada y se sintió aterrorizada.

—Sí.

—¿Soy yo el padre? —preguntó él, aunque en realidad sabía que así era.

—Sí, el bebé es tuyo.

—¿Y cuándo pretendías decírmelo?

—Me enteré ayer.

—Quizá debería haberlo preguntado de otra manera… ¿me lo pretendías decir? —dijo Luke, enfadado.

—¡Desde luego que sí! Decidí que tenía que hacerlo —entonces se atrevió a decir algo—. Tú creciste sin tu padre, ¿verdad?

—Jamás lo vi. Ni siquiera sé quién es.

—Yo quería darte la oportunidad de participar en la vida de tu hijo —dijo ella, mordiéndose el labio inferior.

—En las Bahamas dijiste que probablemente no serías capaz de concebir.

—Eso fue lo que me dijeron y lo que yo creí.

—¿Y cuándo tenías planeado contármelo?

—¡Ya basta! —gritó Kelsey, agachándose para agarrar su sujetador y su jersey. Se los puso apresuradamente—. Te creí cuando dijiste que

no te habías acostado con Clarisse… pero tú no me crees cuando te digo que te iba a contar lo del embarazo, ¿verdad?
—Un hijo no aparecía en mi lista —dijo él con dureza.
—Tampoco en la mía.
—¿Vas a abortar?
—¡No! Ni se me ha pasado por la cabeza.
Algo dentro de él se relajó.
—¿Lo saben tus hermanos? —quiso saber.
—¿Estás de broma? —Dijo ella, esbozando una irónica sonrisa—. Será mejor que tengas cuidado cuando te encuentren.
—¿Tan mal están las cosas?
—Oh, sí. Dwayne y Kirk vieron tu fotografía en el periódico… junto a Clarisse. Piensan que soy una crédula… una forma educada de decir que soy una estúpida.
Luke se agachó para agarrar su camisa mientras ella se abrochaba los pantalones.
—¿Qué vas a hacer con respecto a la escuela de arte? —preguntó él.
—Todavía no he tenido tiempo de pensar las cosas con seriedad, pero la escuela tiene semestres. Asistiré a los dos primeros y faltaré a clases cuando nazca el bebé.
—¿Y el dinero?
—Me las arreglaré —contestó ella con dureza—. Esto no versa sobre dinero, Luke.
—Todo versa sobre dinero.
—En tu mundo quizá sea así. Pero no en el mío —entonces añadió, horrorizada—. Este bebé no es ninguna clase de plan para quedarme con los millones de los Griffin. No creerás eso de mí, ¿verdad?
—Vas de frente, Kelsey, no utilizas estratagemas —dijo él.
—Oh —Kelsey estaba emocionada al ver que él comprendía algunas cosas. Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Eso está bien.
Luke le secó las lágrimas con las yemas de los dedos.
—No llores. No puedo soportarlo.
—Son las hormonas —dijo ella, sonriendo—. Tengo que comprar un libro sobre el embarazo. Voy a tomarme un par de días antes de que comiencen las clases para hacer un plan, para establecer cómo voy a manejar esta situación.
—¿Dónde? —preguntó Luke, enfurecido al percatarse de que ella no

le estaba incluyendo a él.
—¿Dónde qué?
—¿Dónde vas a establecer tu plan?
—En mi apartamento. En mi carísimo y horrible apartamento.
—Vamos a verlo —dijo él, poniéndose la camisa y abrochándose el cinturón.
—¿Quieres verlo? ¿Ahora?
—Ahora es un buen momento —dijo, ayudándola a ponerse el abrigo. Incapaz de resistirse, le dio un beso en la nuca al sacarle el pelo del abrigo.
Ella se estremeció y él sintió cómo su cuerpo reaccionaba.
—Vamos —dijo bruscamente.
Se dirigieron al apartamento de ella en la limusina de Luke. Al llegar, él no dijo nada y siguió a Kelsey.
Al entrar dentro del apartamento, Luke recordó que él mismo había vivido en lugares como aquél cuando había sido pequeño. Y en lugares peores, mucho peores. Le preocupó pensar en ella saliendo de clase por la noche y andando sola por aquellas calles para acabar metida en una diminuta habitación. Entonces miró el póster que había colgado en la pared.
—¿Por qué la Toscana? —preguntó ya que reconoció el lugar.
—Siempre he querido visitarla —contestó ella—. Ya has visto dónde vivo, Luke. Una vez que haya hecho mis planes, te informaré de lo que decida.
—¿Es eso una indirecta para que me marche? ¿Para que te deje pensar a solas?
—Estoy cansada y, por ahora, ya hemos dicho todo lo que había que decir.
—Oh, no, no lo hemos hecho —dijo él dulcemente—. Te estás olvidando de un factor muy importante… del padre del niño. Que quizá también tenga planes.
—¿Planes? —dijo ella, tensa—. ¿Qué quieres decir?
—Todavía no estoy seguro. Y ésa es la razón por la que tú y yo vamos a salir a cenar… para poder hablar.
—No te enteras… yo tengo que tomar mis propias decisiones primero. Y después ya hablaremos.
—Hicimos falta los dos para concebir este bebé y seremos necesarios los dos para planear cómo manejar esta situación. Agarra

tu bolso y marchémonos.

Levantando la barbilla de manera desafiante, Kelsey se quitó el abrigo y lo dejó sobre la cama. Pero se dio la vuelta demasiado rápido y se mareó. Se tambaleó contra la pared y Luke se acercó a tomarla en brazos. Estaba muy pálida.

—Por el amor de Dios —bramó él—. ¿Cada cuánto ocurre esto?

—Ésta es sólo la cuarta vez que me ha ocurrido —dijo ella entre dientes—. Debo recordar que tengo que tomarme las cosas con calma.

—¿Está tu maleta en el armario? —preguntó él.

—No necesito ninguna maleta para salir a cenar.

—Deja que decida yo qué es lo que necesitas —dijo, colocándola sobre la estrecha cama—. Y quédate ahí mientras yo hago tu maleta.

—Deja de manejar mi vida —espetó ella, incorporándose.

—Las cosas han cambiado, Kelsey. Ahora somos tres —dijo Luke, sacando la maleta del armario—. Necesitas a alguien que te organice las cosas —entonces comenzó a meter ropa en la maleta. También metió su pasaporte— Con esto será suficiente. ¿Necesitas descansar más o podemos irnos?

—¡No voy a volver a las Bahamas!

—No te he dicho que lo hicieras —dijo él, sacando su teléfono móvil y manteniendo una pequeña conversación a través de él—. Tenemos una reserva en Scranton's. Está cerca de aquí.

—Tú sólo quieres lo mejor de lo mejor.

—La vida es corta —dijo Luke, cerrando la maleta—. Puedo llevar a la vez esto y a ti.

—Eres como una apisonadora —dijo ella, echando chispas—. Aplastas todo a tu paso.

—De esa manera consigues lo que quieres.

Kelsey se levantó y se apoyó en la pared.

—¿Me estás diciendo que me voy a quedar en tu casa esta noche? ¿Que voy a hacer de nuevo el amor contigo?

—¿Es eso lo que quieres hacer?

—¡Qué listo, Luke! Responde tú la pregunta —dijo ella, suspirando. Estaba exasperada.

—Vamos a cenar a Scranton's.

—Si todo lo que tienes en mente es el sexo, debes saber que no tienes que gastarte el dinero invitándome a cenar.

—Tengo hambre de otras cosas aparte de ti… así que cenaremos, hablaremos y practicaremos sexo. Todo en ese orden.

—No voy a renunciar a la escuela de arte. He esperado demasiado para poder entrar —dijo ella.

—No hay ninguna razón por la que debas renunciar.

—Desearía, aunque sólo fuera por un minuto, poder leerte la mente.

—Mis pensamientos sólo son para adultos.

—Uh, voy a comer muchísimo y la cena te va a costar una fortuna —Kelsey esbozó una mueca—. Pero no voy a beber vino.

Al llegar al restaurante, pensó que estaba sentada delante del hombre más sexy de todos, cuyos ojos azules la estaban derritiendo por dentro.

Capítulo 10

Mientras cenaban, Luke y Kelsey hablaron de temas triviales, como el postmodernismo o la temporada de jockey. No hablaron del embarazo ni de sus planes.

Una vez terminaron de cenar, se montaron en la limusina que les esperaba a las puertas del restaurante. Kelsey se sentó y reposó la cabeza en el hombro de Luke.

—Uno de los síntomas es que estoy cansada todo el tiempo —murmuró, cerrando los ojos.

Cuando los abrió, la limusina estaba aparcada frente al avión privado de Luke en la pista de aterrizaje.

—Pensaba que íbamos a ir a tu casa.

—Y lo vamos a hacer. A mi casa de la Toscana.

—No puedo…

—Te traeré de vuelta antes de que comiencen tus clases. Dijiste que siempre habías querido ir a la Toscana.

—Si hubiera dicho Borneo… ¿habrías preparado un viaje allí también?

—Lo hubiera hecho. Planearemos lo que hacer en el porche bajo los olivos en vez de en tu apartamento. Hay una cama preparada para ti en el avión.

—Ya estás manejando mi vida de nuevo.

—Aparte de bella eres inteligente… eres increíble.

Kelsey frunció el ceño. Podía negarse a ir o simplemente montarse en el avión.

Bajó del coche y subió al avión de Luke, donde durmió durante varias horas. Cuando se despertó sintiendo náuseas matutinas, se encerró en el lujoso cuarto de baño y dio gracias de que Luke estuviera en la cabina con el piloto. Al aterrizar en el aeropuerto de Florencia, Luke la guió fuera, donde les esperaba un coche de su propiedad, un Maserati color rojo. Hacía calor.

Él se percató de que ella se quedó mirando el coche.

—Me encanta este coche.

—Entiendo por qué.

—Lo compré hace dos años —dijo, abriendo el maletero y colocando en él las maletas—. Se tardan dos horas en llegar a la villa. La ciudad más próxima es Cortona. Te gustará, ya verás.

Kelsey pensó que tenían que hablar de temas muy serios. No iba a ser fácil para ella criar sola a su hijo y quizá sí que debían planear algo juntos, decidir cómo hacer las cosas. Estuvo tan ensimismada en sus pensamientos que tardó en percatarse de que habían salido del aeropuerto.

—Los árboles están llenos de hojas —dijo, maravillada—. No me dijiste que aquí sería primavera. Oh, mira, ¿es eso un olivar? Las hojas tienen color plateado. ¡Y mira aquel pueblo tan bonito!

Cuando por fin llegaron a la villa de Luke, ella pudo ver que tenía unas puertas de hierro que daban a un jardín renacentista. La villa era del mismo estilo, estaba construida con ladrillos color rosa pálido. Frente a ella había una elegante fuente de delfines.

—Todavía no es la época de las rosas —señaló Luke—. Te volveré a traer en mayo cuando las praderas estén llenas de amapolas y de margaritas. O en agosto, cuando los girasoles hayan florecido… a van Gogh le hubiera encantado.

—En mayo estaré en clase —dijo Kelsey lacónicamente.

—Tus clases terminan los viernes por la mañana y no se reanudan hasta el lunes al mediodía —dijo él, sonriendo—. Hay tiempo para hacer un viaje rápido… Vamos dentro. Carlotta tendrá el desayuno preparado en el porche.

Pocos minutos después, Kelsey estaba sentada en una mecedora bajo el sol en el precioso porche de la villa, donde una hermosa parra cubría la pared. Comió *ricotta* con miel y *panforte*, una tarta cubierta de canela, fresas y zumo de naranja.

—Luke, me estás mimando demasiado —dijo, sonriendo y levantando su vaso—. Incluso te has acordado de la leche.

—Te tengo que cuidar por el bien del niño —dijo él, besándole la mano—. Nos casaremos este fin de semana. Mi agente londinense tiene un amigo que es clérigo y vendrá aquí. Me aseguraré de que tus hermanos también vengan. Disfrutaremos de una pequeña luna de miel aquí, en la villa, tras lo cual tú te podrás mudar a mi casa de Manhattan y asistir a la escuela de arte.

Pálida debido a la impresión, Kelsey cambió de posición en la mecedora.

—Espera un momento —jadeó—. ¿Has dicho que nos *casaremos*?

—No te quedes tan sorprendida. El matrimonio es la única manera lógica de actuar.

—¿Lógica? —repitió ella sin comprender—. ¿Qué tiene que ver la lógica con esto? La gente se casa porque se ama, no porque sea lo *lógico*.

—Quizá si aplicáramos un poco más de lógica, las cifras de divorcios descenderían —dijo Luke con sequedad—. Nos vamos a casar porque estás embarazada.

—*Ambos* estamos embarazados.

—Está bien, está bien —concedió él. Era cierto; el niño era de ambos—. Ningún hijo mío crecerá sin un padre y una madre que vivan en la misma casa, sin estabilidad. Eso no es negociable.

—¡A mí me parece que nada es negociable!

—Por mucho que me gustaría, no podemos volver atrás en el tiempo —dijo él de manera cortante—. Yo soy más responsable por todo este lío que tú ya que yo era el que tenía experiencia. Así que me tengo que ocupar de los resultados.

Kelsey se enfadó aún más.

—*Lío* —dijo—. *Resultados*. Es gracioso, pero yo pensaba que hablábamos de un bebé.

—Y así es. Maldita sea, por eso es que estamos manteniendo esta conversación.

—Que tú odias tanto como yo.

—Desde el principio te dije que el matrimonio no era para mí.

—Entonces acabarás odiándome. Me tendrás rencor. ¿Y qué bien le hará a nuestro hijo crecer en una casa en la que su padre no quiere estar casado con su madre? Baja al mundo real, Luke; criar a los hijos sin pareja no es tan malo.

—De ninguna manera —dijo él.

—¿Y esto es lo que tú llamas mantener una conversación?

—Vamos a hacerlo bien.

—Quizá te estés olvidando de algo. El matrimonio tampoco estaba en mis planes. El bebé es un hecho, el momento en el que ha venido es atroz y ambos somos responsables de ello, pero yo necesito el mayor grado de libertad posible ya que llevo años sin ella. ¿Casarme contigo? Eso no implica libertad.

—Pues criar a un hijo sola tampoco lo implica.

—Me las arreglaré —dijo ella tercamente.

Luke no se podía creer que ella no lo aceptara de inmediato.

—Empecemos de nuevo —dijo, tratando de calmar su enfado—.

Primero; en la cama encajamos a la perfección. Segundo; yo te respeto. Y el respeto es fundamental, Kelsey, es la base para cualquier matrimonio decente.

—¿Y tercero? Tú no me amas y yo no te amo a ti. ¿Cómo podemos criar juntos a un hijo si no nos amamos? Es el *amor* lo que es fundamental, Luke.

—¿Así que te crees todas las tonterías románticas que te cuentan en la radio y en la televisión?

Kelsey se enderezó.

—No me insultes. Yo crecí con unos padres que se amaban el uno al otro profundamente.

—Entonces es que tuviste muchísima suerte —dijo él bruscamente.

—¿Qué ocurriría si nos casamos y uno de nosotros se enamora de otra persona? ¿Nos divorciaremos?

—Yo no me enamoraré —dijo Luke, forzando una sonrisa—. No está en mi lista, así como tampoco lo está el divorcio. Nos casamos para siempre… porque el matrimonio es una promesa. Tiene que serlo.

—Para mis padres sí que lo fue. Solían discutir apasionadamente y después los veíamos abrazándose en cualquier rincón… Mis hermanos y yo sabíamos que se amaban. Contábamos con ello. ¡Luke, no podemos criar a un niño sólo con lógica y respeto!

—Sí, podemos. Lógica, respeto y estabilidad.

—Estabilidad —dijo ella despacio—. Es la segunda vez que lo mencionas. ¿Cuánto tiempo viviste con tu madre?

—Eso a ti no te importa.

—De todas maneras seguramente no me case contigo… pero a no ser que me digas por qué le tienes fobia a los compromisos y por qué evitas a toda costa hablar de tu madre, no me caso seguro.

Luke echó su silla para atrás y se levantó.

—Oh, sí. Lo harás —dijo.

Kelsey se levantó a su vez y lo miró a la cara.

—¿Sigue viva tu madre? ¿La ves alguna vez?

—¿Robaron algo tus hermanos de pequeños? —contestó él—. ¿Buscaron comida en algún contenedor de basura porque tenían hambre?

—No —susurró ella—. ¿Fue eso lo que tú tuviste que hacer?

—Mi madre murió hace años —dijo Luke, furioso—. Y tú te vas a

casar conmigo, Kelsey. No me importa nada si el matrimonio es lo último que ambos deseamos, o si los dos perdemos nuestra libertad. Nuestro hijo se va a criar con sus dos padres. Tú y yo.

Ella se quedó mirándolo en silencio. En su cabeza se repetía la imagen de un pequeño niño moreno con tanta hambre que tenía que robar de los contenedores…

Se acercó a él y le acarició el brazo, pero Luke se apartó de muy malos modos.

—No sientas pena por mí.

—Siento pena por el niño que un día fuiste; tendría un corazón de piedra si no lo hiciera.

Aquello dejó impresionado a Luke e instintivamente la abrazó. La suavidad y calidad de su cuerpo le hicieron estremecerse. Le levantó la barbilla y la besó. Sintió cómo sus lenguas se entrelazaban y la tomó en brazos, hundiendo la cara brevemente en el pelo de ella. Entonces la metió dentro de la casa.

Kelsey se agarró con fuerza a la camisa de él. Estaba emocionada ya que hacer de nuevo el amor con Luke le daría una intimidad y una conexión que deseaba con todas sus fuerzas y que ambos necesitaban. ¿Cómo si no iban a curar las heridas del pasado?

El la llevó en brazos hasta su dormitorio…

—Hace tanto tiempo… demasiado tiempo —dijo con dureza. Entonces la dejó en el suelo.

—Sí —dijo Kelsey, consciente de lo que iba a hacer.

Envuelta por el azul de sus ojos, se bajó la cremallera del vestido y se lo quitó, así como las medias y las braguitas. A continuación se desabrochó el sujetador y lo tiró al suelo. Entonces se sentó en el borde de la cama, levantó las piernas y se dejó caer de espaldas sobre el colchón.

Durante un momento, Luke se quedó paralizado. Ella era preciosa, su piel era como marfil y sus ojos y su pelo de un intenso color marrón. Con el corazón revolucionado, se quitó su propia ropa. Pensó que iba a morir si no la poseía.

Se echó sobre ella, la besó y le acarició cada curva de su cuerpo, consciente de que Kelsey estaba igualmente excitada. Su cuerpo era muy bello y estaba caliente…

Sentía hambre, necesidad de ella.

Entonces ambos se pusieron de rodillas y la agarró por el trasero,

embriagado por el perfume de su piel, por su sabor y por su deliciosa suavidad. Se besaron tan profundamente que apenas podía respirar. Abandonando cualquier intento de control, la tumbó en las almohadas y la penetró con fuerza.

Kelsey gritó el nombre de él, que comenzó a acelerar el ritmo y que pronto estuvo al borde del precipicio de la pasión. Sintió cómo ella le seguía y ambos cayeron juntos…

Jadeando, Luke se tumbó en la cama al lado de ella. La necesitaba…

Una vez más le había hecho perder el control.

Capítulo 11

Los tres hermanos de Kelsey llegaron en avión a la mañana siguiente, así que hasta por la noche Luke y ella no tuvieron tiempo para estar a solas. Kelsey parecía frágil y cansada.

—¿Te han hecho muchas preguntas mis hermanos? —preguntó.

—Sí —dijo Luke—. Y los admiro por ello. Te quieren mucho.

La verdad era que Dwayne le había amenazado con pegarle una paliza si le hacía daño a su hermana, pero Kelsey no tenía por qué enterarse de ello.

—Supongo que tienes razón —dijo ella, suspirando profundamente —. Luke, hay algo que tengo que decirte. Si tienes dudas… si te has pensado mejor lo de la boda… no es demasiado tarde para anularla —entonces esbozó una fría sonrisa—. Sin importar lo que digan mis hermanos.

—No vamos a anularla —dijo él. Estaba muy tenso.

—Quiero que estés seguro de lo que vas a hacer. Las promesas que vamos a hacer mañana son muy importantes.

—Pero tenemos que hacerlo. Por el interés del niño.

—Es nuestro hijo —indicó ella, invadida por el dolor—. No es un bebé anónimo.

—Me referiré a él como quiera —dijo Luke, acercándose a la ventana más cercana.

—Nos estamos apresurando demasiado. Deberíamos esperar un poco.

—¿Para qué? Lo único que conseguirás será que el embarazo se note más.

—¡Estoy cambiando toda tu vida! —gritó ella—. No creas que no me dé cuenta.

—Aquella primera noche que te llevé a la cama fui yo el que me metí en tu dormitorio. Si te hubiera dejado sola nada de esto habría pasado —dijo Luke.

Kelsey se mordió el labio inferior para intentar dejar de temblar.

—No puedo soportar casarme con alguien que se siente forzado a hacerlo.

—Bonitos sentimientos, Kelsey… pero llegan demasiado tarde.

—Me educaron para que aprendiera a aceptar las consecuencias de mis actos, pero nunca pensé que tuviera que ir tan lejos… que tuviera

que atraparme en un matrimonio sin amor. Luke, ¿por qué no lo reconsideras? Podrías darme una pequeña cantidad de dinero mensual en vez de ello. Para ti no significaría nada, pero para mí supondría una gran diferencia.

—No —dijo él.

—¡Ni siquiera me estás escuchando! Podrías ver al niño cuando quisieras; jamás te negaría ese derecho. Pero, por favor, no me fuerces a un matrimonio que ninguno de los dos desea.

—No voy a ejercer de padre cada dos fines de semana —dijo Luke violentamente—. Quiero estar siempre junto a él o ella. No es tan complicado, no comprendo por qué no lo entiendes.

—Te arrepentirás de este matrimonio —dijo ella dolorosa pero sinceramente—. Ambos lo haremos. Bueno, los *tres* lo haremos.

—Simplemente asegúrate de aparecer mañana delante del cura… no vayas a dejarme plantado.

—¿Adonde podría ir? No tengo otra opción que asistir a la boda.

—He hecho que trajeran varios vestidos de novia desde Roma. Carlotta los ha puesto en tu habitación. Mañana, a la una de la tarde. En el patio —dijo él. Entonces miró su reloj—. Ya es hora de que vayamos con los demás para cenar.

Al día siguiente por la tarde, bajo un simple toldo colocado en el porche, Glen, Kirk y Rico esperaban de pie, al lado de Luke y del clérigo, a que llegaran Dwayne y Kelsey.

Luke tenía la boca seca y estaba tenso. Pensó que quizá Kelsey estuviera huyendo de allí en aquel mismo momento. Pero entonces algo captó su atención…

Kelsey se estaba acercando al improvisado altar del brazo de Dwayne. Había elegido un sencillo vestido blanco sin mangas. El velo le caía sobre los hombros y el ramo de novia estaba compuesto por lilas.

La elegancia y compostura de ella le llegaron al alma. Había mantenido su promesa.

Entonces Kelsey se colocó a su lado y el clérigo comenzó a hablar. Dwayne la dejó allí y Glen agarró el ramo de novia. Kirk le levantó el velo. La belleza de ella, aunque ya le era familiar, provocó que le fallara la voz al emitir los votos.

Entonces tomó su dedo y le puso el anillo de oro que había comprado en el pueblo.

El clérigo dio la bendición y Luke la besó levemente en los labios. Carlotta y su marido, Mario, firmaron como testigos, tras lo cual se retiraron a la cocina para servir las copas de champán y la comida.

Kelsey, mirando a su recién estrenado marido, se dirigió a él.

—Será mejor que comas mucho. Carlotta ha estado toda la noche cocinando.

Luke pensó que el hecho de que ella le estuviera sonriendo, aunque sabía que era una actuación, era digno de admirar.

—A Carlotta le caes bien —comentó—. Me dijo que ya era el momento de que encontrara una mujer de verdad.

—Yo ni siquiera soy italiana.

Kelsey se dio la vuelta para abrazar a sus hermanos y a Rico, que le dio dos besos en las mejillas. Tras el pequeño banquete, Luke y ella acompañaron al clérigo, a los hermanos North y a Rico al aeropuerto. Entonces regresaron a la villa.

Y en aquel momento en el que por fin estaba a solas con Luke, no sabía qué decir y pensó que debía haber huido cuando había tenido la oportunidad.

Carlotta y Mario les estaban esperando en el porche para brindar por los recién casados. Los comentarios de él provocaron que su esposa se ruborizara y que Luke riera.

—¿Qué estaba diciendo Mario? —le preguntó Kelsey a su marido una vez estuvieron a solas.

—Estaba comentando la anchura de tus caderas y mi virilidad.

—Oh —dijo ella, forzándose en sonreír—. ¿Virilidad, uh? ¿Me lo vas a demostrar?

—Es tarde, Kelsey, y debes estar cansada. ¿Por qué no te vas a la cama y yo voy después?

—No estoy tan cansada —dijo ella, parpadeando.

—Si comes por dos, también deberías descansar por dos.

—Jamás haría nada que le hiciera daño al bebé —dijo ella sin alterarse.

—Bien —dijo él al llegar a la puerta del dormitorio de ella. Le dio un beso en la punta de la nariz—. ¡Que descanses! Te veré por la mañana —entonces se dio la vuelta y se marchó.

Pensó que aunque se había tenido que casar no quería perder todo el control de la situación. El sexo con Kelsey le volvía loco, pero le daba a ella demasiado poder, por lo cual decidió que si tenía que vivir

sin sexo para mantener el control lo haría.

No necesitaba a Kelsey. No necesitaba a nadie.

La luna de miel terminó.

Pero en realidad nunca había comenzado. Kelsey estaba tumbada en la cama, en su propia cama, en su propia habitación. Estaba en el lujoso ático de Luke. Oyó cómo su marido se vestía, su marido… que apenas la había tocado desde el día de la boda. La noche anterior, cuando habían regresado a Manhattan, él le había enseñado su dormitorio, que estaba separado del suyo. Entonces había desaparecido para comprobar sus correos electrónicos.

Se preguntó por qué la estaba evitando y qué iba a hacer al respecto.

En aquel momento no podía hacer nada ya que cada vez que se levantaba tenía que salir corriendo al cuarto de baño por sus ya familiares náuseas matutinas.

—¿Luke? —dijo—. ¿A qué hora regresarás?

—Como muy tarde a las seis y media —contestó él—. Cenaremos fuera. He contratado a un cocinero que comenzará a trabajar el mismo día que comiencen tus clases. Vendrá seis días a la semana.

—¿Has contratado un cocinero?

—Se llama Marcel y me lo han recomendado mucho. Tú no tendrás tiempo de cocinar una vez comiences con las clases.

Las clases comenzaban en tres días.

—No tardará todo el día en preparar la cena —dijo ella.

—Hará la compra, te preparará el desayuno, esa clase de cosas. Más adelante haremos una fiesta de celebración de nuestro matrimonio. Tengo un coordinador de eventos que trabaja para mí que se hará cargo de todo. Me tengo que marchar, Kelsey. Tengo una reunión a las nueve y media.

Entonces le dio un breve beso en la mejilla.

—Te veré esta noche.

Pocos segundos después, Kelsey oyó cómo él cerraba la puerta del ático tras de sí. En ese momento se levantó y se dirigió al cuarto de baño para vomitar. Una vez hubo terminado, se preguntó por qué habría contratado Luke al cocinero sin consultarla…

Lo mismo sucedía con la fiesta que había mencionado él; no le había preguntado su opinión.

Pero en vez de quedarse allí quejándose, decidió marcharse de

compras.

Cuando a las seis y veinte Luke regresó al apartamento, pudo oler a comida y se preguntó si no le había dicho a Kelsey que iban a salir a cenar.

Entonces ella apareció en el vestíbulo. Llevaba en su mano un vaso de vino e iba vestida con un traje verde oscuro.

Estaba muy guapa y él, armándose de valor, se puso una armadura imaginaria contra ella. Bebió un gran trago de vino.

—Has elegido una buena botella —dijo.

—No distingo unas etiquetas de otras… cerré los ojos y saqué una del botellero. La cena está casi preparada.

—He hecho una reserva en Cisco's.

—Puedes cancelarla —dijo ella, acercándose a él—. Quería que ambos cenáramos en casa.

—¿En casa? —Repitió él, que nunca había tenido un hogar—. Éste sólo es el lugar donde cuelgo mi sombrero.

—Ahora ya son dos sombreros —dijo ella con ligereza.

—¿Has preparado la cena?

—Yo… y el restaurante que hay aquí cerca.

—¿Podemos dejar la cena para más tarde? Mañana tengo un día de perros y me gustaría darme una ducha.

—Claro.

Al regresar ella a la cocina, Luke volvió a beber un poco de vino y lo saboreó. Suspirando impaciente, se dirigió a su dormitorio y se aflojó la corbata. Pero cuando se la quitó, así como también la camisa, apareció Kelsey. Estaba muy ruborizada.

—¿Por qué no me doy una ducha contigo?

—Será mejor que no… Me estoy muriendo de hambre ya que no he comido al mediodía. No tardaré ni un minuto —dijo él, dirigiéndose al cuarto de baño.

—Bueno —dijo ella, siguiéndole para ver su reacción ante el cambio de decoración del cuarto de baño—. Esto no te ha costado nada porque lo he comprado yo con mi dinero. ¿Te gustan los cambios, Luke?

—Es como si el cuarto de baño hubiese renacido.

—Así que no te importa que lo haya hecho, ¿verdad?

—No… me gusta —dijo él, pensando que si lo que había querido decir ella sobre construir un hogar era aquello… no estaba tan mal.

—Hay más —dijo Kelsey—. En el comedor. Pero lo primero es lo primero —entonces se dio la vuelta y se levantó el pelo—. ¿Me puedes bajar la cremallera, por favor?

—Kelsey —dijo él—. Este no es el momento ni el lugar. Márchate… ¿no querrás que se queme la cena?

—¿Estás siempre de tan mal humor cuando llegas del trabajo?

—No quiero que se me hagan propuestas sexuales en cuanto entro por la puerta, si es eso a lo que te refieres.

—No tienes por qué preocuparte —dijo ella, profundamente herida—. No volverá a ocurrir.

Entonces se marchó del cuarto de baño y cerró la puerta tras de sí.

Tenía dos opciones; o encerrarse en su dormitorio para llorar o servir la cena como si nada hubiese pasado. Se dirigió a la cocina ya que no quería que Luke supiera con qué facilidad podía herirla.

Cuando la puerta se cerró detrás de Kelsey, Luke se quitó la ropa y se dijo que debía mantener el control. Pero debía haberse imaginado lo difícil que iba a ser darle la espalda a la mujer que era su esposa.

Se duchó y salió del cuarto de baño pocos minutos después vestido con unos pantalones vaqueros y un jersey. Se dirigió a la cocina.

—¿Me puedes ayudar a servir la cena? —dijo ella al verlo entrar.

Luke comenzó a servir el arroz y las verduras. Pensó que aquello no le gustaba ya que ella le estaba domesticando.

Se dirigió al comedor con los platos en las manos, pero se detuvo en seco al llegar y ver la elegante nueva decoración de la sala. En el centro de la mesa había un jarrón con lirios frescos.

—No me pude resistir a poner flores.

—Yo nunca te he comprado flores —dijo él, sintiendo algo extraño en el corazón.

—Me compraste un precioso ramo de novia —dijo ella, esbozando una leve sonrisa. Al ver que él miraba a la pared, añadió—. Son cuatro de mis cuadros favoritos. Espero que no te importe… las paredes estaban tan vacías.

—Había estado planeando comprar algo para colgar en las paredes… pero prefiero que sean tus cuadros los que las adornen.

—Hoy he visto una alfombra preciosa. Una antigüedad persa —dijo ella mientras se sentaban a la mesa—. Quedaría estupendamente en esta sala. Pero estaré pendiente de las rebajas y compraré algo que sea igual de bonito.

—Lo que nos lleva al asunto del dinero —dijo Luke, comiendo un poco de curry— Dame las facturas de lo que te gastes y yo te devolveré el dinero.

—¡No, no harás eso! Ni siquiera lo consulté contigo antes de gastarme todo ese dinero.

—Vamos a dejar algo claro desde el principio —dijo él con ecuanimidad—. Soy yo el que tiene dinero; tú eres sólo una estudiante de arte. Por lo tanto yo pago las facturas.

—Te estaría utilizando —dijo ella con voz poco amistosa—. Y no haré eso.

—Por una vez te puedes tragar tu puritanismo. Mañana te daré una tarjeta de crédito y abriré para ti una cuenta bancaria… y entonces podrás ir a comprar la alfombra.

—¡Ni siquiera has preguntado lo que cuesta!

—Hemos dejado atrás las peleas… pero ésta la ganaría yo.

—No puedo vivir de ti. No lo haré.

—Te casaste conmigo tanto en la riqueza como en la pobreza. Y soy rico, muy rico.

—¿Cuánto? —quiso saber ella con recelo.

Cuando él le dijo el valor de su fortuna, a ella se le quedaron los ojos como platos.

—¿Cómo lograste tener tanto dinero?

—Hace años descubrí que tenía talento para invertir en el mercado de valores y me ha ido muy bien. Así que si quieres, puedes comprar cincuenta alfombras.

—Estamos juntos en esto —dijo Kelsey, levantando la barbilla—. Yo tengo que contribuir ya que si no, me convertiría en un cero a la izquierda, en una mujer mantenida.

—Yo nunca te describiría como un cero a la izquierda —dijo Luke lacónicamente—. No eres una mujer mantenida, maldita sea… eres mi esposa.

—Si soy tu esposa… ¿por qué no te acuestas conmigo? —preguntó ella, camuflando su emoción.

—Eso es mi problema —dijo él, consciente de que era una respuesta sin sentido.

—Yo diría que es *nuestro* problema.

—El matrimonio no estaba en mis planes, Kelsey… y lo manejaré como yo quiera.

—Es la misma actitud que cuando me obligaste a casarme contigo. Sin conversación ni negociación.

—Así es como me comporto yo. No he llegado donde estoy por ser un tipo muy agradable.

—Yo no soy uno de tus negocios… ¡soy una mujer de carne y hueso!

—Mientras tanto, yo pagaré las facturas y tú comprarás lo que quieras. Cuando regrese de trabajar mañana, quiero ver la alfombra persa en el suelo.

—¿No te preocupa que tu tarjeta de crédito y yo nos volvamos locas? —contestó ella—. ¿No te preocupa que compre la tienda entera?

—Hazlo —dijo él—. Permíteme que te diga una cosa, Kelsey. Tú eres la primera mujer que he conocido, aparte de la hermana Elfreda, que no ha querido meter las manos en mi dinero.

—Ese es el asunto… es *tu* dinero.

—Nos casamos por la iglesia, ¿te acuerdas? Te he dotado con mis bienes. Fin de la discusión.

—Pero eso no quiere decir que tenga que utilizarlos. No estás jugando limpio.

—No prometí que no lo haría. Ni tú tampoco. Sólo tienes que llorar, Kelsey.

—Oh —dijo ella, esbozando una cómica expresión con los ojos y permitiendo que se le llenaran de lágrimas— ¿Así?

—Sí —dijo él—. Así.

—En Hadley asistí a clases de teatro y era la mejor en simular llorar.

—Bébete la leche —ordenó él—. Vivir contigo no va a ser aburrido.

—Lo mismo te digo —dijo ella, levantándose de la silla y acercándose a besarlo—. Adivina una cosa. Vas a decirle al cocinero que sólo venga por las tardes cinco días a la semana. Puede preparar la cena y marcharse. De esa manera, si decido seducirte en la nueva alfombra del salón, no me tendré que preocupar de que haya alguien en la cocina.

El calor de los labios de ella había quemado las defensas de Luke, que tuvo que ejercer su autocontrol para no abrazarla.

—Así que es por eso por lo que quieres una alfombra, ¿no es así? —dijo.

—¿Por qué si no? —contestó ella, esbozando una inocente sonrisa.

—Ahora eres tú la que está jugando sucio —dijo él en tono grave.

—Esto no es sólo sobre preservar la espontaneidad de nuestra vida sexual, Luke… hay otras cosas en la vida aparte de ti. Necesito privacidad por las mañanas, tanto si es para prepararme unos huevos revueltos como si es para pintar una obra maestra.

—Mañana hablaré con Marcel.

—Bueno, eso ha sido fácil… He hecho macedonia de postre. Tengo que cuidar las calorías.

—Contraté a Marcel para darte tanta libertad como fuera posible.

—Eso ha sido muy amable de tu parte —dijo ella, esbozando una sospechosa y dulce sonrisa. Levantó su vaso de leche para brindar—. Por nosotros, Luke.

—Por nosotros.

Capítulo 12

El primer día de clase de ella, Luke tenía una reunión en la ciudad. Kelsey pensó que él ya se había marchado cuando corrió al cuarto de baño para vomitar como de costumbre…

—Kelsey, ¿estás bien?

—Sí —dijo ella con voz ronca. Deseó que él no estuviera allí.

—¿Qué ocurre? —quiso saber él, abriendo la puerta del servicio.

—¡Márchate! —espetó ella justo antes de volver a vomitar.

Pero entonces él se arrodilló junto a ella y la agarró por los hombros.

—Sufres náuseas matutinas… ¿por qué no me lo habías dicho?

—Ahora ya lo sabes —dijo ella entre dientes, deseando a Luke con todas sus fuerzas al sentirlo tan cerca. Quería apoyarse en él, quería que él la abrazara para siempre—. Tengo que lavarme la cara.

Luke la ayudó a levantarse y observó cómo se lavaba. Estaba muy pálida.

—¿Te ocurre esto cada mañana? —preguntó.

—Tengo suerte. En cuanto vomito se me pasa. No debería durarme mucho más tiempo… compré un libro sobre el embarazo y eso es lo que dice.

—¿Estás segura de que estás bien? —Dijo Luke—. Yo debería marcharme; tengo una reunión con un analista de mercado japonés. ¿Pero por qué no retrasamos la fiesta hasta que no te encuentres mejor?

Kelsey se acercó a besarlo en la mejilla y se percató de cómo reaccionaba el cuerpo de él.

—No tenemos que hacerlo. Tengo muchas ganas de conocer a tus amigos. ¿Nos vemos a las seis y media? Le he pedido a Marcel que prepare estofado de carne ya que es la comida favorita de Glen.

Cuando Luke fue a buscar su abrigo al salón para marcharse, vio que en la mesita del café estaba el libro del que le había hablado Kelsey. Lo agarró y salió de la casa, esperando que las enseñanzas sobre el embarazo que éste le ofreciera lo ayudaran a quitarse de la cabeza la imagen del delicado cuello de Kelsey…

En cuanto Luke se marchó, Kelsey se dirigió a ducharse. Una vez lo hubo hecho y ya más relajada, se dirigió al dormitorio de él envuelta en una toalla roja.

Impulsivamente se tumbó en la cama y presionó la mejilla en la almohada. Todavía olía a él y se sintió embriagada por su perfume…

No era tan tonta como para pensar que si hacían el amor todo iba a estar bien entre ellos, pero por lo menos tendría la certeza de que la deseaba. Pero desde la boda, él no le había dado ninguna señal de que siguiera atraído por ella, lo que le hacía sentirse muy sola.

Entonces se levantó ya que tenía que acudir a clase; no quería llegar tarde el primer día.

Cuando Kelsey llegó a casa al día siguiente por la tarde, se sintió muy nerviosa. Era ridículo ya que no había razón alguna para tener miedo. Había comprado algo muy lógico… y con su dinero.

Esperaría hasta después de que hubieran cenado para mostrarle a Luke el regalo que había comprado con la esperanza de que se acercara a ella de nuevo.

—¿Cómo te ha ido en clase? —preguntó Luke al salir del salón. La besó en la mejilla.

—¿Es eso lo mejor que puedes hacer? —dijo ella con descaro.

—¿Has tenido un modelo de carne y hueso? ¿O era un bodegón?

—Un bodegón. La clase ha estado bien, ha sido muy interesante.

Luke la siguió a la cocina.

—Huele bien —dijo—. Espaguetis a la boloñesa y ensalada. Pareces cansada.

—Lo estoy. Estos primeros días de clase son como un torbellino. Pero estoy aprendiendo mucho.

—¿Quieres que encienda las velas? —preguntó él, dirigiéndose al comedor.

Esa era su táctica; mantenerse alejado de Kelsey. Pero no era fácil ya que no se la podía quitar de la cabeza. Regresó a la cocina para tomar los platos.

Estaba echando crema a su café después de la cena cuando Kelsey dijo rápidamente.

—Hoy he comprado algo. Algo muy importante.

—¿Otra alfombra? —Preguntó Luke—. Seguro que me gusta. Hasta el momento me ha gustado todo lo que has comprado.

—No es para la casa. Es para ti. Yo… espera un segundo, voy por ello.

Kelsey regresó al poco rato. Llevaba consigo una pequeña cajita de una joyería.

—Toma.

Luke abrió la caja. En ella había un anillo de oro con el diseño de dos manos entrelazadas.

—Cuando nos casamos, tú me diste un anillo —dijo ella—. Yo no tuve la oportunidad de comprarte uno en la Toscana. Ayer vi éste en el escaparate de la joyería y me enamoré de él. Así que hoy lo he comprado.

Luke se quedó impresionado y no hizo ningún intento de sacar el anillo de la cajita.

—¿No te gusta? —preguntó ella, susurrando.

—¿Por qué te casaste conmigo, Kelsey? —quiso saber él—. Sé que te forcé mucho… pero aun así tú te podías haber negado.

—Al principio sí que dije que no, ¿no te acuerdas? Tenía miedo de casarme contigo. Tenía mucho miedo y estaba muy agobiada.

—¿Qué te hizo cambiar de idea?

—Me tenía que casar contigo, Luke. Nuestro hijo se merece tener un padre y tú te mereces la oportunidad de ser padre… nunca has tenido uno.

—Ya veo —dijo él, pensando en lo generosa que era ella.

—Luke, si no quieres el anillo lo puedo devolver. Muchos hombres no los llevan… debería haberte preguntado primero.

—No —dijo él—. No quiero que lo devuelvas. ¿Por qué no me lo pones?

Kelsey se quedó mirándolo durante un rato.

—No sé lo que estás pensando… ¿estás seguro de que lo quieres?

—Sí —contestó él, sonriendo—. Me gusta el diseño.

Con torpeza, ella sacó el anillo de la cajita. Al comprarlo se había imaginado que él la iba a tomar en brazos y que incluso la iba a llevar a la cama. Pero Luke parecía con más ganas de marcharse de allí que de otra cosa.

—Ya está —dijo una vez se lo puso. Armándose de valor, llevó la mano de él a uno de sus pechos.

—No te rindes, ¿verdad? —dijo Luke, apartando la mano.

—¡Ya casi no me tocas! —dijo ella desde lo más profundo de su corazón.

—En este matrimonio regirán mis normas —dijo él.

—Me pregunto cómo me tratarías si no me respetaras —espetó amargamente.

—Kelsey, no quiero seguir discutiendo sobre esto. Ve a darte una ducha caliente, ponte algo cómodo y descansa.

—En otras palabras; que me aparte de tu vista —dijo ella, levantándose de la silla.

Se dirigió al cuarto de baño, donde se quedó mirando las toallas rojas como si nunca antes hubiera visto una. Pensó que Luke odiaba el anillo y se dijo a sí misma que en realidad él nunca se habría casado con ella si no hubiese estado embarazada.

Irónicamente, el regalo que le había hecho le había dejado claro que él no estaba contento con aquel matrimonio.

Estremeciéndose, se quitó la ropa y se metió en la ducha. Se sentía muy sola y asustada.

Dejó que el agua le resbalara por la piel y se miró el cuerpo. Ya casi no tenía cintura, tenía un poco de tripa y venas azules en los pechos. Quizá él ya no la encontraba atractiva y por eso no se acercaba a ella. Ya no lo excitaba.

Se puso a llorar y se dijo a sí misma que cualquiera pensaría que estaba enamorada de él.

Y en ese mismo momento se percató de la verdad… *estaba* enamorada de él. Amaba a Luke con toda su alma.

Deseó decírselo, pero no podía. El no la amaba a ella y conocer sus sentimientos sólo lograría añadir una carga más a aquella vida que él no deseaba.

Se dirigió al dormitorio y se echó en la cama. Comenzó a leer apoyada en las almohadas y tomó notas al mismo tiempo. Dos horas después, Luke entró en la habitación.

—Tienes que dormir —dijo—. Voy al videoclub por una película.

—Terminaré de leer mañana —dijo ella, sacando su camisón de debajo de la almohada.

A Luke se le aceleró el pulso y se acercó a agarrar el dobladillo del jersey de ella.

Kelsey sintió cómo le daba un vuelco el corazón. Hacer el amor con Luke, consciente de que lo amaba… era lo que necesitaba. Pero él retiró la mano…

—Quizá también me pase por el despacho —dijo—. No me esperes despierta… te veré por la mañana.

Entonces se fue. Kelsey se desnudó, se puso el camisón y se metió en la cama. No tenía idea de cuánto tiempo había estado allí tumbada

con los ojos abiertos o si se había quedado dormida. Pero repentinamente estaba despierta y sentada en la cama. Oyó pisadas provenientes del salón.

Miró el reloj y se percató de que Luke sólo llevaba fuera media hora. Así que no podía ser él. Se puso su albornoz y se levantó de la cama. El teléfono más cercano estaba en el dormitorio de Luke, al otro lado del pasillo.

Sin pararse a pensar, ya que si lo hacía se metería en la cama para taparse con las sábanas, abrió la puerta de la habitación con mucho cuidado. Sin hacer ruido salió al pasillo.

Oyó un libro caer al suelo en el salón y pisadas acercándose a ella. Aterrorizada, cerró los ojos.

—Kelsey… ¿qué ocurre?

Al oír aquello abrió los ojos. Se mareó y Luke la tomó en brazos antes de que cayera al suelo.

—¿Estás enferma? ¿Es el bebé?

—Pensé que era un la… ladrón —tartamudeó ella.

—¿Un ladrón? —Dijo él, riéndose sin humor—. Los días en los que robaba ya han pasado hace mucho.

—Dijiste que ibas a ir a tu oficina… así que no pensé que pudieses ser tú.

—Cambié de idea —Luke le levantó la barbilla con los dedos—. Si pensaste que era un ladrón, ¿qué demonios hacías andando por la casa en camisón?

—¿Qué se supone que iba a hacer? ¿Esperar a que me mataran en la cama? No tengo teléfono, Luke. El más cercano está en tu dormitorio y yo no duermo allí, ¿recuerdas?

—Maldita sea, no pensé en eso. Kelsey, lo siento. Decidí no ir a la oficina porque llueve mucho.

Brevemente, apoyó la cabeza en el hombro de ella, que hundió las manos en su pelo y le dio un pequeño masaje en el cuero cabelludo.

—¿Serás ahora capaz de dormir? —Preguntó él, levantando la cabeza—. Voy a ver una película, pero cerraré la puerta del estudio para no molestarte.

Ella pensó que sí que quería que la «molestara»…

—Ven a la cama conmigo y abrázame, Luke… hasta que me quede dormida.

Él se estremeció por dentro y se preguntó cómo podía negarse. La

había asustado muchísimo. Tomó su mano, la condujo de vuelta a su dormitorio y se tumbó a su lado en la cama.

Kelsey se abrazó a él y apoyó la cabeza en su pecho.

—Me siento segura contigo aquí —susurró.

Luke se quedó allí tumbado y se forzó en pensar cualquier cosa que no fuera la calidez y la suavidad del cuerpo de Kelsey, que se quedó dormida al poco rato. Entonces él se marchó.

Capítulo 13

Dos días antes de la fiesta, Kelsey había decidido que necesitaba un vestido nuevo. Estaba embarazada, pero eso no era razón para no arreglarse y ponerse guapa. Había vuelto a la tienda en la cual Luke y ella habían comprado antes de ir a las Bahamas. Allí encontró un vestido dorado muy bonito que le hacía parecer radiante. Pagó el vestido con su dinero.

En aquel momento, cuando tenían previsto salir en una hora, Luke entró en su habitación, donde ella se estaba dando los últimos retoques de maquillaje.

—No dejes que me olvide de que sólo me he puesto rímel en un ojo —dijo entre dientes.

Él estaba impresionante vestido de esmoquin y se quedó mirándola a través del espejo. Pudo ver su escote y la necesidad se apoderó de su cuerpo.

—No importa si no te he visto durante cinco minutos, cinco horas o cinco días —dijo—. Nunca me imagino que puedas estar tan bella como estás.

La esperanza se apoderó del pecho de Kelsey. Él todavía la encontraba bella… Se dio la vuelta y le dio un beso en la boca. Luke la abrazó y por un momento ella pensó que había ganado. Pero entonces él la apartó.

—Tengo algo para ti —dijo, sacando una cajita de su bolsillo y abriéndola.

La cajita contenía una elegante gargantilla de oro con un diamante en forma de lágrima y unos pendientes a juego. Tomó la gargantilla y se la puso.

—He recorrido mucho camino desde Hadley —dijo ella, mirándose en el espejo.

—Eres la misma mujer, simplemente llevas ropa más cara. Eso es todo.

—No tenías que haberme comprado más joyas.

—Quería hacerlo.

Kelsey se preguntó si era para que no lo dejara en ridículo delante de sus colegas. Estaba tontamente asustada ante aquella fiesta ya que iba a conocer a mucha gente poderosa y, seguramente, a algunas de las antiguas amantes de Luke. Deseando que él la amara, tomó los

pendientes y se los puso.

—Gracias, Luke —dijo, admirando el aspecto tan impresionante que tenía y aplicándose rímel en el otro ojo. No podía llorar ya que estropearía su maquillaje.

Una hora después ya estaban en la fiesta. Por una parte no fue tan mal como había esperado ya que Luke estuvo todo el tiempo a su lado. Pero por otra fue incluso peor ya que cuando la música comenzó a sonar, él la sacó a bailar. Ella le siguió el ritmo. Se sentía muy cerca, pero a la vez muy lejos de él. Se sintió desesperada, pero de ninguna manera iba a mostrar sus sentimientos… tenía demasiado orgullo como para hacerlo.

—Me siento como Cenicienta.

—Pues no desaparezcas a medianoche —bromeó Luke.

—¿Dónde iría? —dijo ella, sonriendo—. He quemado mis puentes. Lo sabes tan bien como yo.

—No estoy convencido de que un puente quemado, ni dos, fueran a detenerte.

Kelsey se percató de que él no estaba tan seguro de ella como parecía.

Cuando la canción terminó, bailó con el secretario personal de Luke, con un diplomático belga y con un magnate griego. Después comió en el delicioso bufé de la fiesta.

—Voy a refrescarme un poco —dijo tras un rato, tirando de la manga de Luke—. Ahora vuelvo.

Él le sonrió como si ella fuese la única mujer de la sala, pero sabía que simplemente lo hacía para convencer a sus amigos y asociados.

—Me quedaré por aquí para que me puedas encontrar de nuevo —dijo Luke.

Al llegar al servicio de señoritas, Kelsey se metió en un compartimiento y cerró la puerta. Le agradó estar sola. Entonces oyó a un grupo de mujeres entrar al servicio.

—Me encanta tu vestido, Clarisse —dijo una de ellas. Kelsey se quedó helada.

—Es un Valentino… lo compré la semana pasada en París. Bueno, queridas, ¿qué os parece la nueva novia?

—Es muy guapa.

—Luke parece muy apegado a ella.

Clarisse se rió con malicia.

—Por ahora. Luke nunca se apega más de seis meses a una mujer. Todos lo sabemos.

—Luke nunca se había casado… eso también lo sabemos —dijo otra mujer.

—Ella lo ha atrapado… se ha quedado embarazada, cariño. El truco más antiguo que existe. Una vez nazca el mocoso, Luke desaparecerá.

—Tienes que admitir que ha sido muy lista. Imagínate la pensión alimenticia que le va a pasar.

—Es una pequeña don nadie de ninguna parte —dijo Clarisse con desdén—. Va a la escuela de arte, ¿habéis oído alguna vez algo más ridículo?

—Tranquilízate, Clarisse. Luke volverá a estar en circulación antes de que termine el año. Todos lo sabemos. ¿Qué piensas del nuevo perfume de Dior?

Sintiéndose enferma, Kelsey se apoyó en la puerta. Minutos después, las mujeres se marcharon y ella se quedó a solas. Había sido una estúpida al no haberse percatado antes de que la gente que había sido tan educada con ella en la fiesta la estarían criticando a sus espaldas.

Se dijo a sí misma que los cotilleos eran ciertos; ella estaba embarazada y él atrapado. Pero Luke no se separaría de ella mientras su hijo fuese pequeño ya que le afectaría mucho la separación. ¿Pero cuántos años suponía eso? ¿Dieciocho? ¿Veinte?

Salió del compartimiento, se aplicó pintalabios frente al espejo y practicó a sonreír. Cuando estuvo segura de que no se notaba su angustia, salió del servicio. Luke todavía estaba de pie al lado de la mesa del bufé. Y la mujer que estaba a su lado era la misma que ella había visto en las páginas de sociedad. Clarisse. Con su vestido de Valentino.

Pero Kelsey no pretendía volver al cuarto de baño y encerrarse. De ninguna manera. Aquélla era su fiesta. De Luke y ella. Su lugar estaba al lado de él.

Anduvo entre la multitud y saludó a algunos de los asistentes. Iba con la cabeza alta, pero cuando se acercó a Luke la adrenalina se había apoderado de sus venas. Él le sonrió al posar ella la mano en su brazo.

—Kelsey, ésta es Clarisse Andover. Clarisse, me gustaría que conocieras a mi esposa, Kelsey.

—Una fiesta como ésta debe ser bastante agobiante para ti —dijo Clarisse.

—En absoluto —contestó Kelsey, sonriendo abiertamente a Luke—. Mi marido quiere que la gente me conozca… y no hay nada de malo en ello.

—Pero no es el ambiente en el que tú te mueves… teniendo en cuenta tu entorno.

—Yo crié a mis tres hermanos, Clarisse… un curso intensivo para adaptarse a todo.

—Vas a tener que adaptarte a esto. Quizá algunos de nosotros conozcamos a Luke mejor que tú.

Kelsey notó cómo el brazo de él se ponía tenso bajo su mano.

—Vivir con un hombre noche y día, compartir su casa y su cama… es una manera encantadora de llegar a conocer a alguien —dijo, sonriendo de nuevo a Luke.

Estaba mintiendo, pero sólo lo sabía Luke. Y él no diría nada.

—¿No serás tan ingenua de pensar que los matrimonios pueden durar para siempre? —dijo Clarisse.

—Creo en las promesas que me hace un hombre bueno. Y confío en mi marido.

—¡Qué dulce! —exclamó Clarisse, esbozando una maliciosa sonrisa.

—Yo hubiera dicho ¡qué real! —Dijo Kelsey— Espero que sigas con tu vida y que encuentres la felicidad con otra persona, Clarisse. La manera en la que aceptamos los cambios dice mucho de nosotros, ¿no estás de acuerdo?

—Espera un momento… conociendo a Luke, vas a tener más cambios de los que quieres.

—Quizá yo no lo conozca desde hace tanto tiempo como tú —dijo Kelsey seriamente—. Pero estoy dispuesta a apostar mis nuevos diamantes a que lo conozco mejor que tú. Ah, tu vestido es muy bonito… Es un Valentino, ¿no es así?

Enfurecida, Clarisse se dirigió a darle un beso en la boca a Luke, pero él se apartó a tiempo y ella acabó besándolo en la mejilla.

—Espero que seas muy feliz, cariño —le dijo, indicando con su voz que no lo creía probable—. Hablaré contigo más tarde.

Al marcharse la mujer, Kelsey se dirigió a Luke.

—Así que ésa es Clarisse… me parece que no tienes muy buen gusto, Luke.

—Está herida… la noche que te marchaste de las Bahamas se tiró a mí. Yo la rechacé y ella se enfureció, así que esta noche estaba tratando de causar todo el daño que podía —dijo Luke—. Pero tú la has puesto en su lugar, Kelsey.
—Lo dudo —contestó ella, parpadeando—. Ahora quiero un poco de esa tarta… parece deliciosa. Y después quiero bailar contigo para olvidarme de este mal rato.
—Yo no invité a Clarisse, pero ha venido acompañando a otra persona. Debí haber planeado mejor esta fiesta… te he traído aquí entre toda esta gente, la mayoría extraños.
—Puedo valerme por mí misma —dijo ella.
—Sí, puedes hacerlo —dijo él, mirándola—. Le dijiste que confiabas en mí… ¿es cierto?
—Sí —contestó Kelsey—. Lo es.
Luke le tomó la mano y le besó los dedos.
—Gracias —dijo—. Has dicho que quieres tarta, ¿verdad?
Aquel contacto físico llenó de felicidad a Kelsey, felicidad que se reflejó en sus ojos.
Los días pasaron. Mientras que Kelsey había sentido una cercanía momentánea con Luke en la fiesta, el efecto no se había extendido a su vida diaria. A veces pensaba que eran como dos extraños que habían sido forzados a vivir juntos y que se trataban con mucha educación.
Incluso se preguntó si él no estaría teniendo una aventura con otra mujer, pero se dijo a sí misma que no lo creía capaz de hacer algo así. Él iba a cumplir sus promesas.
Muchas veces Luke tenía que viajar por negocios. Dos semanas después de la fiesta se marchó a Estocolmo y después a Oslo para mantener reuniones.
El día antes de la llegada prevista de él, Kelsey decidió unirse a un grupo de estudiantes que iban a un bar a celebrar que acababan de hacer un examen. Se divirtió mucho y se quedó hasta más tarde de lo que había previsto. Cuando por fin llegó a casa, al meter la llave en la puerta ésta se abrió.
—¿Dónde *demonios* has estado?
—¡Luke! —gritó ella, asustada—. Se suponía que no ibas a llegar a casa hasta mañana.
—He terminado antes de lo previsto —dijo él, agarrándola por los

brazos—. Estaba a punto de telefonear a la policía.

—¿A la policía? ¿Para qué?

—No sabía dónde estabas.

—Tengo veintiocho años —dijo ella, enfadada—. Soy perfectamente capaz de cuidarme yo sola. Y no tienes por qué saber en qué lugar estoy a cada minuto.

—Cuando regreso a casa y no estás, ni hay ninguna nota ni mensaje que me informe de dónde estás…

—¡No me dijiste que ibas a regresar antes!

—Quería darte una sorpresa —dijo él con maldad—. Supongo que lo he hecho. ¿Con quién has estado, Kelsey?

—¿Me estás acusando de estar con otro hombre? —preguntó ella, incrédula.

—Simplemente responde a la pregunta.

—Después de clase un grupo de estudiantes fuimos a un bar llamado Tony's… He cenado ensalada de espinacas y me he negado a bailar. Pero me he divertido, Luke… y eso ya es más de lo que he estado haciendo últimamente *contigo*.

Luke pensó que ella había estado disfrutando de su libertad.

—¿Ya te has aburrido de mí? —gruñó.

—Estoy cansada de que me trates como si fuera un mueble.

—No seas tonta… eres mi esposa.

—Para ti soy una posesión más, eso es lo que quieres decir. También estoy cansada de que me trates como si fuera de porcelana, como si me fuera a romper si me miras de reojo.

—Estás embarazada —dijo él.

—No es una enfermedad. Es un estado muy natural.

—No me importa cómo lo quieras llamar… deberías haberle pedido al chófer que te trajera a casa en limusina.

—He venido en taxi. Debes estar contento de que no vine en metro o andando.

Entonces se creó un tenso silencio, roto por el sonido del timbre del teléfono.

—Ése será Alex —dijo Kelsey—. Querrá saber si he llegado bien a casa.

Respondió apresuradamente al teléfono.

—Hola, Alex… sí, estoy bien. He llegado bien a casa. Muchas gracias… mañana nos vemos.

—¿Quién es Alex? —bramó Luke, apretando los puños.
—Luke, no vamos a ir por ese camino… él es un estudiante mayor, está casado y tiene dos hijos. Sólo estaba protegiéndome, eso es todo.
—De ahora en adelante, quiero que telefonees aquí y que dejes un mensaje si vas a salir después de clase. De esa manera sabré dónde estás —ordenó él, muy enfadado.
Aquello no era irrazonable, pero Kelsey no se sentía muy razonable.
—Frecuentemente yo no sé dónde estás tú… no estás mucho por aquí.
—Siempre puedes telefonearme al teléfono móvil —dijo él cortantemente— Mañana te voy a comprar uno a ti… debería haberlo hecho hace semanas.
Kelsey no quería hablar de teléfonos móviles. Estaba enfurecida, tiró el abrigo al suelo y se quitó las botas.
—Quiero hacer el amor contigo, Luke Griffin. Ahora mismo. En el suelo, sobre la alfombra del comedor, o incluso en la cama —dijo, pero se le quebró la voz—. ¿Cómo si no voy a acercarme a ti?
—No —dijo él, cerrando de nuevo los puños.
Kelsey no iba a suplicarle y estaba desesperada por marcharse de allí ya que se iba a poner a llorar. Pero al darse la vuelta se tropezó con el abrigo. Luke se apresuró a ayudarla y la abrazó estrechamente.
—Te podías haber caído —dijo entre dientes, sintiendo cómo le daba un vuelco el corazón.
Ella hundió la cara en el pecho de él, embriagándose de su fragancia. Deseó decirle que lo amaba. Al levantar la cabeza, él la besó apasionadamente.
Kelsey cerró los ojos y le devolvió el beso. Sintió cómo la lengua de él la invadía y la llenaba de alegría.
Entonces Luke la tomó en brazos y hundió la cara en su pelo. Pensó que tenía que poseerla, tenía que tenerla en su cama, desnuda y servicial. No podía esperar más y ya no podía parar. Con sólo un beso, ella lo había vuelto loco y no se podía controlar.
Sintió los rizos de Kelsey acariciándole la mejilla y sus pechos presionando el suyo. La llevó a su dormitorio. Al dejarla en el suelo, apartó las sábanas y comenzó a quitarle la ropa.
Impaciente, se quitó su propia ropa, la abrazó y la besó como si no hubiera mañana.

Ella le devolvió el beso con pasión y entonces él se arrodilló y le chupó los pechos…

—Te deseo —gimió ella—. Oh, Luke, ¡cuánto te deseo!

Entonces ambos se tumbaron en la cama. Luke la agarró por el trasero y la penetró. Ella estaba más que preparada; estaba caliente, húmeda, esperando… Gritó y él sintió cómo le vibraba el cuerpo.

Consumido por ella, Luke continuó haciéndole el amor con pasión. Kelsey lo abrazó con las piernas para que la penetrara más profundamente hasta que llegó un momento en el que él ya no pudo más y se tuvo que dejar llevar por un océano de placer.

Kelsey lo estaba sujetando por las costillas.

—Oh, Dios, lo necesitaba —dijo entre dientes.

El también. Obviamente. Pero había hecho exactamente lo que había prometido no hacer.

—Te juro que no haré esto cada vez que vayas a un bar.

—¡Vaya! —dijo ella—. Estaba pensando que debía ir a Tony's todas las noches.

—Duérmete, Kelsey. Ha sido un día muy largo —dijo él, apartándose de ella.

—Siento que nos hayamos peleado. Pero la manera que hemos tenido de arreglarlo ha sido estupenda.

Entonces Kelsey se quedó dormida. El se levantó y se fue a dormir a su propio dormitorio ya que si no, sabía que durante la noche volvería a ocurrir algo. No podía controlarse…

Capítulo 14

Una tarde de mayo, mientras Kelsey estaba de pie al lado de la ventana del salón, pensó que la libertad y la desesperación eran una mala combinación.

Normalmente adoraba la primavera, pero aquel año estaba demasiado triste como para apreciarla. Había comenzado a pensar si había sido un sueño que él le había hecho el amor aquella noche después de volver de Tony's. Pero la conclusión a la que había llegado había sido que él le había hecho el amor porque estaba falto de relaciones sexuales. Desde entonces no había vuelto a acercarse a ella.

Se puso tensa al oír que él llegaba y la furia se apoderó de su cuerpo al verlo entrar al salón con un ramo de flores.

—Tulipanes. Debes echar de menos tu jardín en esta época del año —dijo él.

—Las puedes dejar en la cocina —espetó ella—. Más tarde las pondré en un jarrón.

—¿Qué ocurre? —preguntó él, que había estado esperando aquel momento desde hacía tiempo.

—¿Estás seguro de que quieres saberlo?

—Cuéntame.

—He perdido mi tiempo y tu dinero comprando toallas rojas y alfombras persas. Pensé que si añadía un poco de color a este lugar podría convertirlo en un hogar. Pero tú nunca estás aquí, así que… ¿cómo va a ser nunca un hogar?

—Ahora estoy aquí.

—Durante las últimas tres semanas has estado fuera durante trece días, cuatro días has estado en la oficina hasta las nueve de la noche y pegado a la televisión el resto del tiempo… ¿a eso lo llamas estar en casa?

—No he estado mucho en casa a propósito —dijo él—. Tú eres una mujer inteligente; debes haberlo supuesto.

—No hemos ido al teatro ni a ningún concierto durante semanas. Te avergüenzas de mí, ¿verdad? Es por eso que desapareces. No quieres que te vean conmigo en público porque todo el mundo sabe que te atrapé para que te casaras conmigo.

—¿De qué demonios estás hablando? —preguntó él sin comprender.

—En la fiesta, oí a Clarisse y a algunas de sus amigas diciendo que yo había sido muy lista y que tú me ibas a tener que pagar una cuantiosa pensión alimenticia cuando decidieras que «una esposa y un mocoso» no son de tu gusto.

—Ten en cuenta quién dijo eso.

—Te he convertido en el centro de las risas del mundo financiero, Luke. El brillante empresario embaucado por una mujer de campo.

Luke se acercó a ella y la agarró de los hombros.

—Eso son estupideces y lo sabes. Hace mucho tiempo aprendí que cuando sobresales del paquete, el paquete hará todo lo posible para volver a meterte dentro. Así que yo me he puesto una coraza y he seguido adelante con mi vida. Parece que tú vas a tener que hacer lo mismo y realmente lo siento.

—Si no te avergüenzas de mí, ¿por qué no hemos asistido al último éxito de Broadway o a la nueva exposición del Mel?

—Porque no ha habido tiempo.

—Ésa no es una buena respuesta —dijo ella, apretando los puños.

—Te he estado ofreciendo tanta libertad como he podido —dijo él, irritado—. Tiempo para que lo pasaras con tus compañeros de escuela. Tiempo para estudiar. Tiempo para pintar en tu nuevo estudio.

Kelsey se sintió un poco culpable y se preguntó cómo podía estar enfadada con Luke cuando éste se había gastado una pequeña fortuna en construir un estudio en la casa para ella.

—Has estado en Bangkok, París, Estocolmo y Oslo en las últimas semanas —dijo, olvidándose de cualquier sentimiento de culpa—. Has hablado más por teléfono de lo que hablas con tu mujer. ¿A eso lo llamas «darme libertad»? Yo lo llamaría evitar todo contacto físico.

—¿Recuerdas cómo encabezabas tu lista? —dijo él, enfadado—. Se llamaba «La lista de la libertad». Habiéndote dejado embarazada y habiendo insistido en que te casaras conmigo, te he robado esa libertad. Así que estoy tratando de compensarte… de darte todo el espacio que pueda.

—Quizá deberías dejarme decidir a mí cuánta libertad necesito.

—¿Sabes una cosa? No me importa nada lo que digan Clarisse y sus amigas. Kelsey, tú nunca has tratado de atrapar a nadie.

—Solía engatusar a los chicos con galletitas de chocolate para que cortaran la hierba del jardín.

—Eso es diferente. Con ellos necesitabas todas las estratagemas posibles.

Apoyando las manos en el pecho de él para tratar de dominar su enfado, Kelsey lo miró directamente a los ojos.

—Ya no te excito, ¿no es así? Por lo menos no como antes. Ése es el verdadero problema.

—No estás hablando en serio, ¿verdad?

—Ojalá. Llevo vestidos de premamá y soy tan sexy como un hipopótamo.

—Por el amor de Dios, cuando estés de nueve meses y no puedas verte las uñas de los pies, todavía seguirás siendo la mujer más sexy del planeta.

—Oh —dijo Kelsey, sintiendo cómo las lágrimas inundaban sus ojos —. ¿De verdad piensas eso?

—No llores. No puedo soportarlo.

—Si soy tan sexy… ¿por qué nunca hacemos el amor? Desde que estamos casados sólo te has acostado una vez conmigo, Luke. Una.

Él se apartó de ella y miró por la ventana.

—¿Crees que es fácil? El estar apartado de ti me va a matar.

—¿Entonces por qué lo haces?

—En parte para mantener seguro al bebé. En aquella ocasión perdí el control y no puedo arriesgarme a que eso vuelva a ocurrir… no es seguro ni para el bebé ni para ti.

—El libro de embarazo que me compré dice que no ocurre nada por practicar sexo.

—¿La clase de sexo que tú y yo practicamos? Lo dudo.

—Así que una vez nos casamos decidiste que no debíamos hacer el amor —dijo ella hostilmente. —Supuse que debíamos calmarnos un poco. —Tomaste una decisión que nos afecta a ambos sin consultarme y sin decírmelo después. No tenías derecho a hacer eso.

—Nos afecta a los tres —dijo él—. Y alguien tenía que tomar la decisión.

—¡Me gustaría ahogarte con esos tulipanes!

—Ya he tenido suficiente —dijo Luke repentinamente—. Vamos a comer fuera. Ponte alguno de tus vestidos nuevos de premamá y te llevaré a Scranton's.

Con los ojos brillantes, Kelsey se acercó a él y lo abrazó. Lo besó con una mezcla de enfado y desesperación mientras restregaba sus

pechos contra el torso de él.

—No, Kelsey —dijo Luke, apartándola de su cuerpo—. No sigas con esto.

—Esto no versa sólo sobre libertad y sobre mantener seguro al bebé… hay más cosas. No quieres intimidad, ¿verdad, Luke? Quieres mantener el control, todo el tiempo, a cada minuto del día. Y cuando estamos juntos en la cama tú pierdes el control y me odias por ello.

—Está bien, no quiero intimidad… ¿cuál es el problema?

—Cuando eras pequeño, ¿por qué tenías que robar? ¿Dónde estaba tu madre cuando eso pasaba? ¿Qué fue lo que te hizo?

—¡Eso no es de tu incumbencia!

—Si no quieres que me marche, será mejor que lo compartas conmigo.

Luke se planteó la vida sin Kelsey… y era inconcebible.

—La última vez que mi madre se marchó yo tenía ocho años. Vivíamos en una pensión en una mala zona de Boston. Antes ya se había ido, por tres o cuatro días cada vez, y yo había aprendido a cuidarme solo. Las drogas, Kelsey. Estaba enganchada a las drogas. Cada vez que se drogaba y veía el mundo de color rosa, me prometía que las cosas iban a cambiar. Me decía que no iba a permitir que la pandilla de Bart me diera más palizas, que me iba a llevar a comer pescado y patatas fritas y que se iba a quedar en casa por las noches.

—¿Que no te diera más palizas? —balbuceó Kelsey.

—Yo no quería estar en su pandilla, ni en ninguna otra. Ya por aquel entonces era un solitario.

—¿Y tu madre no te protegió?

—Sus promesas duraban el tiempo exacto que la dosis de droga. La última vez que se marchó no me preocupé hasta que no pasaron cuatro o cinco días. Pero entonces pasó una semana y Bart me dio una nueva paliza, por lo que no acudía al colegio. Tenía hambre y robé unos plátanos en una frutería. Había un policía en la esquina de la calle y me vio… así que terminé en el reformatorio. Días después encontraron a mi madre en un callejón. Había muerto de una sobredosis.

—Oh, Luke…

—Casas de acogida de las que me escapaba, hurtos, juzgados juveniles. Hice de todo. Pero entonces me mandaron a un convento durante diez meses. Allí conocí a la hermana Elfreda. Ella me salvó de

mí mismo… quise mucho a aquella mujer.

—¿Ella también está muerta?

—Murió hace siete años. Ella fue la que me habló de la importancia de los orfanatos. No le gustaba mucho la vida que llevaba, pero estaba contenta de que ayudara a que los niños abandonados tuvieran un lugar seguro al que acudir.

—Me alegro mucho de que la conocieras —dijo Kelsey, emocionada.

—Si no hubiera sido así, tú y yo no estaríamos aquí ahora mismo.

—Yo jamás abandonaré a nuestro hijo… ni le haré promesas que no pueda cumplir.

—Lo sé —dijo él, mirándola a los ojos.

—Siento mucho que tuvieras que crecer de esa manera. Ningún niño debería verse expuesto a la clase de cosas que sufriste tú.

—Nunca hablo sobre mi pasado y no comprendo por qué lo estoy haciendo contigo.

—Porque yo tenía que saberlo.

—Después de heredar la residencia Griffin y descubrir cosas sobre Sylvia y sobre su manera de vivir, supuse que mi madre tenía buenas razones para rebelarse. ¿Quién sabe? Quizá las drogas le dieron algo que siempre había negado. No me dio la impresión de que Sylvia supiera mucho de amor… echó a su única hija a la calle por un solo error.

—Ahora soy yo la que está embarazada —dijo Kelsey sin alterarse.

—La historia se repite, ¿verdad? ¿Estás planeando marcharte?

—No —contestó ella—. Es lo último que quiero hacer.

—¿Ni siquiera ahora que sabes la verdad? Tu marido es un ladrón que tuvo a una drogadicta por madre.

—¿Robaste o incumpliste la ley para crear tu fortuna?

—¿Después de haber conocido a la hermana Elfreda? No me hubiera atrevido.

—Estoy muy orgullosa de ti, Luke. Sobreviviste a una situación terrible, te has creado una vida maravillosa y estás haciendo todo lo que puedes para evitar que otros niños sufran lo mismo que tú tuviste que sufrir. Antes de que nos casáramos me dijiste que me respetabas… ¿cómo no podría respetarte yo a ti?

Luke se quedó mirándola. Estaba paralizado. Siempre había supuesto que si le contaba su pasado a cualquier mujer ésta saldría

corriendo horrorizada.

—Sabes más de mí que cualquier otra persona, incluido Rico —dijo, emocionado.

—Tomaré eso como un cumplido —dijo ella, a punto de llorar.

—Vamos a comer.

—Luke, yo preferiría que nos fuéramos a la cama.

—No me agobies, Kelsey. No en este momento.

—Si simplemente me abrazaras… no tenemos que hacer el amor.

—No.

—Está bien —dijo ella, decepcionada—. Vamos a Scranton's.

Cuando regresaron a casa del restaurante, Kelsey se dirigió directamente a la cama. Estaba exhausta y se quedó dormida enseguida. Pero comenzó a tener una pesadilla…

—Kelsey, despierta, estás soñando, ¡despierta!

Ella sintió una mano agarrándola por el hombro. Se despertó y abrió los ojos, horrorizada. Pero entonces vio que era Luke quien la agarraba.

Comenzó a llorar desconsoladamente y él la abrazó.

—Estabas teniendo una pesadilla —le dijo—. Estabas gritando.

—Estaba muy asustada —dijo ella, abrazándolo a su vez con fuerza. Comenzó a contarle su pesadilla, en la cual se estaba hundiendo en la arena de la playa mientras un extraño miraba—. No podía escaparme, ni siquiera podía moverme…

Luke pensó que la pesadilla de ella era un reflejo de la realidad; Kelsey estaba atrapada y no podía alejarse de él.

—Quiero que hagas algo por mí —dijo ella.

—Si puedo, lo haré.

—Llévame a la Toscana —dijo—. A tu villa.

—¿Por qué, Kelsey?

En vez de contestar, ella hundió su cara en el desnudo pecho de él. Luke se sintió invadido por la lujuria.

—Podríamos marcharnos mañana por la tarde, cuando termines tus clases por el fin de semana.

—Sé que acabas de regresar de Bangkok y que debes estar muy cansado… pero realmente quiero ir a la Toscana. La semana que viene tenemos tres días libres en la escuela, así que si tú estuvieras libre podríamos quedarnos durante más tiempo.

—Claro, podemos hacerlo —dijo él, consciente de que Kelsey

apenas pedía nada.

—Me encantó la villa —dijo ella—. Sentí que allí podía estar feliz. Simplemente necesito volver a ir, eso es todo.

Luke ya sabía que Kelsey no era feliz en Manhattan.

—La limusina pasará a buscarte después de tus clases y yo me encontraré contigo en el aeropuerto —dijo—. Si tienes tiempo, haz la maleta por la mañana.

—Gracias, Luke.

El vuelo fue muy turbulento, por lo que Kelsey no durmió mucho. Cuando finalmente llegaron a la villa estaba muy oscuro. Carlotta había preparado una cena ligera que Kelsey se comió con los ojos casi cerrados. Entonces se fue a la cama ya que estaba agotada.

Cuando se despertó, se percató consternada de que era casi mediodía. Se vistió y fue a buscar a Luke. Hacía calor y las rosas habían florecido. Él estaba sentado a la mesa del porche bebiendo café. Al verla llegar se levantó de la silla y le sonrió.

—Carlotta ha ido al pueblo ya que hoy se celebra el desfile anual —dijo—. Ha dejado el desayuno preparado para ti. ¿O es ya la comida?

—Es la combinación de ambos —dijo Kelsey. Sentía una gran opresión en el pecho y se dijo a sí misma que debía sincerarse…

Capítulo 15

—Luke, he venido aquí porque tengo que hablar contigo —dijo Kelsey, nerviosa.

—No me vas a abandonar… no te voy a dejar hacerlo —dijo él.

Pensó que ella había tenido tiempo para pensar en su pasado y que quería marcharse.

—Ya te dije… —comenzó a decir ella.

—¿Me traes aquí, al lugar donde nos casamos, para decirme que se ha acabado? De ninguna manera, Kelsey.

—No quiero dejarte. Pero quizá tú sí que quieras dejarme a mí.

—No —dijo él cortantemente— No quiero.

—Estás seguro.

—Tan seguro como que estoy aquí sentado oliendo las rosas. ¿Qué quieres decirme?

—Me he enamorado de ti —anunció ella, ruborizada.

Luke se quedó mirándola. Algo parecido al pánico se apoderó de su estómago.

—Tienes un talento para tomarme por sorpresa. ¿Te importaría repetir eso?

—Estoy enamorada de ti.

—Eso era lo que pensaba que habías dicho.

—Yo no tenía planeado enamorarme. Simplemente ocurrió.

—No pareces muy contenta.

—No lo estoy —dijo ella—. Te he atrapado en un matrimonio del que te arrepientes, te he robado tu libertad y tú no me amas. Final de todo.

—Dejemos una cosa clara —dijo él, tratando de pensar con claridad — Soy yo el que te ha robado la libertad a ti.

Kelsey lo miró a los ojos por primera vez durante aquella conversación.

—Quiero intimidad, Luke. No libertad. ¿Cómo me voy a sentir atrapada cuando te amo y llevo a tu hijo en mis entrañas?

—Pero no has estado contenta —dijo él, esbozando un gesto de dolor.

—Tú has estado apartándome de ti —inconscientemente, Kelsey apoyó las manos en su tripita— Hasta que no nos peleamos hace un par de noches, yo pensaba que no podías soportar siquiera verme

desde que se me había empezado a notar el embarazo. Ahora sé que eso no es verdad, pero nada ha cambiado.

—Tú te habías ganado tu libertad… y entonces te dejé embarazada. ¿Cómo crees que me siento? —Dijo Luke, respondiendo él mismo a su propia pregunta—. Muy culpable.

—Me encanta estar embarazada. Porque te amo —dijo ella, sonriendo abiertamente.

—¡Me gustaría que dejaras de decir eso!

—Y a mí me gustaría que te comportaras más como un marido de verdad.

—Me asustas, Kelsey. Has despertado en mí emociones que no sabía que tema, necesidades tan profundas que todo lo que puedo hacer es correr. Cuando era pequeño, necesitaba a mi madre. Pero ella me falló y no me puedo permitir necesitarte a ti, ¿comprendes?

—Yo no te fallaré, te lo prometo —dijo ella apasionadamente.

—Siento haberte hecho daño —se disculpó él—. He estado pensando mucho en mi madre durante estos últimos días. Fue abandonada por el hombre que la dejó embarazada, su madre la echó de casa, se quedó sin dinero y sin saber qué hacer. Si te imagino a ti en esa situación, no puedo soportarlo.

—Tú nunca me harías eso —dijo Kelsey dulcemente.

—Dudo que su propia madre, Sylvia, la quisiera. ¿Cómo voy a culparla por escapar de ese dolor mediante las drogas? ¿O por no saber cómo ejercer de madre para mí?

—La has perdonado, eso es lo que quieres decir —dijo ella con los ojos llenos de lágrimas.

—¿El perdón? —dijo él sin comprender—. ¿Es sobre lo que versa todo esto?

—Tuviste una infancia horrible, Luke. Pero había razones, había circunstancias atenuantes. Yo vi la residencia Griffin y no era la casa de una mujer que supiera amar.

—En eso tienes razón. ¿Así que dices que he perdonado a mi madre porque ahora comprendo por qué se comportó como lo hizo?

—Nuestro hijo no será criado de esa manera.

—Pero hay un legado, Kelsey. Yo no soy capaz de amar a nadie. No me enseñaron a hacerlo.

—Quisiste a la hermana Elfreda —le recordó ella.

—Eso fue diferente —dijo Luke—. Estoy hablando sobre ti. Mi

esposa. Dudo que nunca vaya a ser capaz de amarte como te mereces. No está dentro de mí… y tú te mereces mucho más que eso.

Kelsey se mordió el labio inferior y se preguntó qué pasaría si él tenía razón.

—Estaba deseando decirte que estoy enamorada de ti —dijo—. He tardado todo este tiempo en darme cuenta de que el amor es una clase especial de libertad. Me hace más fuerte como mujer. Y como artista también.

Luke se quedó mirándola en silencio. Ella estaba tan bella como siempre, tan segura de sí.

—Ven a la cama conmigo —dijo él con la voz quebrada—. Quiero abrazarte y hacerte el amor. Quizá sea eso lo mejor que puedo hacer.

—Te he echado tanto de menos —dijo ella, suspirando.

—Te prometo que te voy a dar todo lo que pueda —dijo Luke, cortando impulsivamente una rosa.

—Ten cuidado con las espinas —murmuró Kelsey, sonriendo.

—Por nada del mundo te haría daño. Aunque parece que es todo lo que soy capaz de hacer —entonces vaciló—. Pero si no puedo darte lo que quieres, seguiré haciéndote daño. Es inevitable.

—Quizá yo te ame lo suficiente como para compensarlo —dijo ella, que no quería creerlo.

Pero Luke no pensaba que fuera tan simple y se percató de que el pánico que se había apoderado de su estómago todavía le acechaba. Entonces tomó a Kelsey en brazos y la llevó a su dormitorio, donde la dejó en la cama y se tumbó a su lado. Comenzó a besarla de manera lenta y profunda mientras le acariciaba el cuerpo.

Kelsey le acarició el pecho y él se estremeció. Mirándola a los ojos, se quitó la camisa.

Prenda por prenda, ambos se fueron despojando de la ropa hasta estar desnudos en la cama.

Luke le chupó el cuello y bajó a sus pechos, a sus endurecidos pezones. Entonces puso la palma de su mano sobre la barriguita de ella.

—Nuestro hijo, Kelsey.

—Nuestro. Tuyo y mío. Serás un buen padre, sé que lo serás.

—Lo haré lo mejor que pueda —dijo él, bajando su mano.

Todo lo que deseaba en aquel momento era darle placer y estuvo acariciándole el centro de su feminidad hasta que Kelsey se retorció

de placer. Entonces la penetró.

—Ahora, Luke —jadeó ella—. Ahora…

En aquel momento, ambos se vieron invadidos por un océano de placer…

Tras un rato, Kelsey se quedó dormida en brazos de Luke. Pero él se apartó de ella ya que sabía que no iba a poder dormir. Se vistió, le dejó una nota y salió fuera del dormitorio. Entonces se dirigió a los viñedos dando un paseo.

No había sido sincero con ella al decirle que sólo había querido a la hermana Elfreda. Cuando era pequeño también había querido a su madre, pero Rosemary había destruido aquel amor. Y con sólo ocho años, él había jurado no volver a querer a nadie.

No había dejado que nadie se le acercara demasiado… hasta que llegó Kelsey, la cual nunca le traicionaría.

Se preguntó si la dulzura que sentía cuando la abrazaba, si el hambre que sentía de su cuerpo y su confianza en ella no serían distintos aspectos del amor. Kelsey era su fe y su destino.

Cuando por fin regresó a la villa, Luke pensó que había sido necesario que apareciera Kelsey en su vida para que se enfrentara con las heridas del pasado.

No sabía cómo amar… era un fracaso como persona.

Al llegar al dormitorio vio que ni Kelsey ni su vestido estaban ya allí. Detrás de la nota que había dejado él, ella había escrito algo.

Voy a ver el desfile. ¿Nos vemos en la panadería? Tengo muchas ganas de panforte y de ti. Cariño, Kelsey.

Ella había dibujado un pequeño corazón rodeado de rosas bajo su nombre.

Luke se metió la nota en el bolsillo. Decidió ir andando al pueblo ya que sería más fácil que ir en coche. Justo cuando iba a agarrar sus llaves y salir de la villa, Mario salió corriendo de la cocina. Estaba agitando las manos y farfullando en italiano.

—Un accidente, *signor*, un terrible accidente.

—¿Un accidente? ¿Dónde? ¿Quién?

—En el pueblo, durante el desfile. Un toro se salió del camino y persiguió a algunas personas, corneando a varias de ellas… Oh, *signor, signor*…

Kelsey. Ella había ido al pueblo a ver el desfile. A Luke se le heló la sangre en las venas.

—¿Está Kelsey en casa? ¿Y Carlotta?
—Carlotta sí, *signor*. Pero la joven…
—Voy para allá ahora mismo. Quédate aquí por si no la encuentro y ella regresa a casa. Telefonéame a mi móvil si te enteras de algo.
Entonces se apresuró a salir de la villa. Se montó en su Maserati y se dirigió al pueblo, deseando con todas sus fuerzas que no le hubiese pasado nada ni a ella ni al bebé. No podría soportar que le hubiera ocurrido algo, su vida no tendría sentido sin ella.
El amor se apoderó de su cuerpo. Amaba a Kelsey. La amaba en cuerpo y alma.
Se puso enfermo al pensar en que fuera demasiado tarde para decírselo…
La había amado desde hacía semanas, meses, desde que la había visto en las escaleras con aquellos pantalones vaqueros ajustados y el pelo alborotado sobre la cara. Se había dicho a sí mismo que aquello era lujuria y después se había alejado de ella. ¡Había sido un estúpido!
Aparcó el coche en las afueras del pueblo y corrió hacia la clínica. Al acercarse y oír el sonido de las sirenas, el terror se apoderó de su cuerpo.
La clínica estaba en un estado caótico. En la puerta vio a varias personas en camilla… Kelsey no estaba allí. Entró y abrió puertas sin ningún reparo para ver si la encontraba. Tenía el corazón revolucionado y las manos heladas. Si no la encontraba en aquel lugar, iba a rastrear las calles en su busca.
Al asomarse a la última habitación del pasillo, la vio. Tenía el vestido manchado de sangre. Estaba sentada y abrazaba a un niño pequeño cuya madre estaba al lado suyo en una camilla.
—*Va bene* —estaba diciendo Kelsey—. *Va bene*.
Entonces Luke entró y ella giró la cabeza.
—¡Luke! —gritó, aliviada—. ¿Le puedes decir al niño que su madre está bien? No está gravemente herida. Creo que tiene un brazo roto y la clavícula dislocada. Pero no sé cómo decírselo.
—Tienes el vestido manchado de sangre.
Kelsey no sabía de qué estaba hablando Luke, pero se percató de que estaba pálido.
—Oh… —dijo, mirándose el vestido— debo haberme manchado al ayudar a los heridos. Hice un curso de primeros auxilios cuando mis

hermanos eran pequeños.

—¿No estás herida? —preguntó él, agarrándola con fuerza del brazo.

—No, estoy bien. Por favor, dile al niño que no tiene que preocuparse.

Luke se arrodilló y le habló en italiano al pequeño. Lo tranquilizó todo lo que pudo.

—*Grazie, signor* —susurró la madre.

En ese momento entró un médico por la puerta para examinar a la madre, a quien se llevó a hacer unas radiografías. Kelsey sentó al niño en su regazo.

—Quizá pudiéramos llevarlos a su casa cuando a ella le den el alta —dijo—. Creo que el padre está fuera. ¿Están bien Carlotta y Mario? He estado muy preocupada por ellos.

—Están los dos en casa.

—Todo ocurrió tan rápido; fue horrible.

Luke le pasó un brazo por los hombros y pudo sentir el calor que desprendía su cuerpo. Estaba viva. Tanto ella como el bebé estaban seguros en sus brazos. La pesadilla había terminado.

Kelsey le contó cómo uno de los toros del desfile se había asustado cuando un globo estalló…

—La gente estaba gritando y se escondía en las entradas a las casas. Gritaban los nombres de sus hijos… ha sido terrible. Pero no ha muerto nadie —dijo, sonriendo tímidamente—. ¿Le decimos a la madre que la vamos a llevar a su casa? También podíamos llevarles comida… Carlotta siempre hace suficiente para diez personas.

—Carlotta tenía cinco hijos muy glotones y las viejas costumbres tardan en desaparecer —dijo Luke—. Sí, vamos a buscar a la madre… en un minuto.

Entonces miró a su alrededor y se percató de que aquella sala era el entorno menos romántico posible, pero no podía esperar a estar de vuelta en el porche y rodeados de rosas.

—Tengo algo que decirte.

—¿Llevará mucho tiempo?

—No —contestó él, sonriendo—. Finalmente he entrado en razón. Me he saltado todos los límites de velocidad en Italia cuando Mario me dijo que había habido un accidente en el desfile… Dios, Kelsey, tenía tanto miedo de que te hubiera ocurrido algo —dijo con voz

entrecortada.

—Yo estaba en la parte alta de la calle cuando el toro se soltó. Siento que te hayas asustado por nada, Luke. ¿Pero no deberíamos ir donde se hacen rayos X y…?

—No me estás prestando atención.

—Quizá deberías sentarte —dijo ella con recelo—. No tienes muy buen aspecto.

—En la última media hora me he echado diez años encima. Demonios, en realidad veinte —entonces se rió—. Aquí estoy, tratando de decirte que te amo y tú ni siquiera me escuchas.

Kelsey emitió un pequeño sonido indescifrable y lo miró como si se hubiese vuelto loco.

—No estás hablando en serio —dijo—. Este no es el lugar ni el momento para…

—¿Te das cuenta de lo que te digo? Estoy enamorado de ti, Kelsey —continuó con voz profunda—. Estoy perdidamente enamorado de mi preciosa esposa.

—El toro me ha noqueado y me ha dejado en coma —dijo ella con voz ronca—. O estoy profundamente dormida y esto es un sueño.

Luke se agachó y le besó los labios con todo su amor.

—¿Te parece esto real?

—Oh, sí —dijo ella con fervor. Sintió cómo le daba un vuelco el corazón—. Dímelo otra vez, Luke, para que sepa que no estaba soñando.

—Te amo, Kelsey. Lo he hecho desde que fui a tu casa y me dijiste que no querías cenar conmigo. He sido demasiado estúpido, o demasiado testarudo, como para admitir cuánto te necesito. Quería controlarlo todo, incluida cualquier emoción que pareciera que se me estaba escapando de las manos. Pero esta tarde, cuando pensé que quizá te había perdido y que ya era demasiado tarde… no quiero volver a sentir lo que he sentido durante esa media hora.

—El amor nos hace ser muy vulnerables —susurró ella.

—Y nos aporta mucha felicidad. No puedo expresarte con palabras lo mucho que te amo.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Kelsey, encandilada.

—Vas a tener que aguantarme, cariño.

—¿Para toda la vida? —Para siempre.

La mirada de él llenó a Kelsey de felicidad.

—¡No sabes cuánto he deseado oírte decir eso! Luke, tenemos mucha suerte, nosotros y el bebé.

—Te juro que lo voy a hacer lo mejor que pueda… tanto para ti como para nuestro hijo. O… ¿quién sabe? Para nuestros hijos.

—Dos —dijo ella—. Un niño y una niña sería estupendo.

Luke le acarició la mejilla con un dedo.

—También he aprendido otra cosa. Mi hogar está donde estemos los dos juntos.

—¿El ático se convertirá en nuestra casa?

—Con toallas rojas y todo. No te das cuenta, ¿Kelsey? Tú has aportado todos los colores del arco iris a mi vida.

Ella sonrió con tanta ternura que Luke sintió un nudo en la garganta debido a la emoción.

—Siento haber tardado tanto… haberte hecho tanto daño.

Kelsey se levantó y se puso de puntillas para besarlo.

—Estás perdonado.

—El día de nuestra boda prometí amarte, ¿recuerdas?

—Amarme y respetarme —dijo ella con dulzura.

—Es una promesa que voy a cumplir para siempre.

Ya no habría más promesas incumplidas y Kelsey estaría a su lado por el resto de su vida. Se preguntó si habría habido alguna vez un hombre más feliz de lo que era él en aquel momento. La besó de nuevo, consciente de que ella era todo su mundo, consciente de que por fin había encontrado su hogar.

Fin